

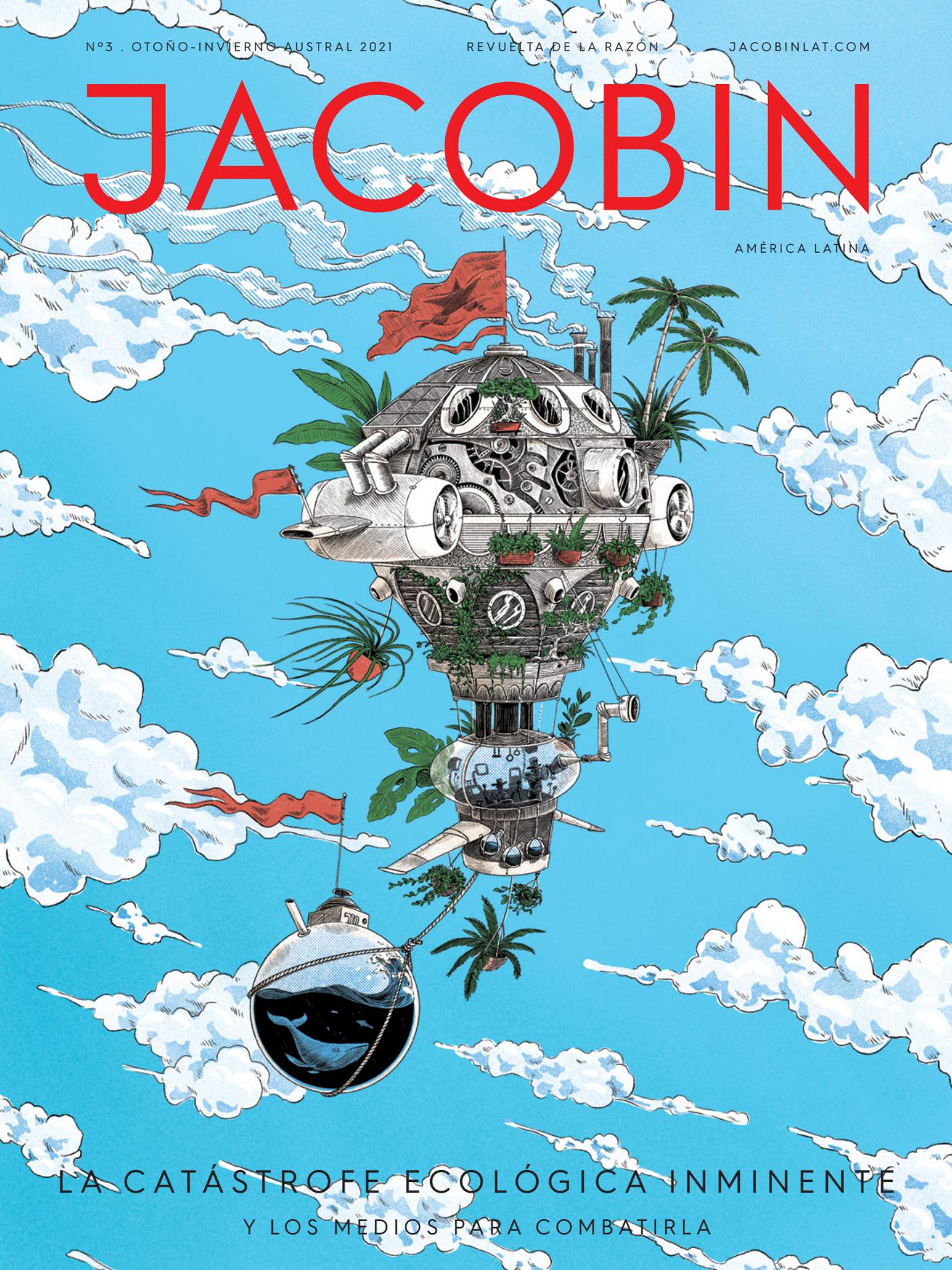
Nº3 . OTOÑO-INVIerno AUSTRAL 2021

REVUELTA DE LA RAZÓN

JACOBINLAT.COM

JACOBIN

AMÉRICA LATINA



LA CATÁSTROFE ECOLÓGICA INMINENTE
Y LOS MEDIOS PARA COMBATIRLA



El muro que separa el arte de la industria, y también el que separa el arte de la Naturaleza, se derruirán. Pero no en el sentido de Jean-Jacques Rousseau, según el cual el arte se acercará cada vez más a la Naturaleza, sino en el sentido de que la Naturaleza será llevada cada vez más cerca del arte. El emplazamiento actual de las montañas, ríos, campos y prados, estepas, bosques y orillas no puede ser considerado definitivo. El hombre ha realizado ya ciertos cambios no carentes de importancia sobre el mapa de la Naturaleza; simples ejercicios de estudiante en comparación con lo que ocurrirá. La fe sólo podía prometer desplazar montañas; la técnica, que no admite nada «por fe», las abatirá y las desplazará en la realidad. Hasta ahora no lo ha hecho más que por objetivos comerciales o industriales (minas y túneles); en el futuro lo hará en una escala incomparablemente mayor, conforme a planes productivos y artísticos amplios. El hombre hará un nuevo inventario de montañas y ríos. Enmendará rigurosamente y en más de una ocasión a la Naturaleza. Remodelará en ocasiones la tierra a su gusto. No tenemos ningún motivo para temer que su gusto sea malo.

León Trotski, *Literatura y revolución*

Colectivo editorial

EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

EDITORA ASOCIADA

Florencia Oroz

COORDINADOR DE REDACCIÓN

Nicolas Allen

EDITOR INTERNACIONAL

Denis Rogatyuk

TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva
Anahí Durand Guevara
Franck Gaudichaud
Hilary Goodfriend
Georgina Martínez Antúnez
Karina Nohales
Thea Riofrancos

RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

DIRECCIÓN GRÁFICA

Alejandro Ros

ASISTENCIA DISEÑO

Silvia Canosa

ARTE DE TAPA

Panco Sassano

DISEÑO WEB

dosRíos - Diseño &
Comunicación
Florencia Crocchia
Gastón Mato

CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui
Enrique Dussel
Verónica Gago
Álvaro García Linera
Claudio Katz
Claudia Korol
Michael Löwy
Massimo Modonesi
Maria Emilia Tijoux

PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

DISTRIBUYE



siglo veintiuno
editores

Jacobin es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura. La revista impresa se publica trimestralmente.

SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 900 (digital solidaria)
ARS 1500 (digital estándar)
ARS 1250 (impresa
y digital solidaria)
ARS 2500 (impresa
y digital estándar)
USD 12 (digital solidaria)
USD 29 (digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,
C1019ABA, Argentina
jacobinlat.com
redaccion@jacobinlat.com

©2021 Jacobin América Latina
ISSN: 2718- 6466
Junio 2021

Se imprimió en
Latingráfica
en junio 2021



Escriben

Martín Arboleda es profesor de sociología en la Universidad Diego Portales y autor de *Planetary Mines. Territories of Extraction under Late Capitalism*.

Sabrina Fernandes es doctora en Sociología por la Universidad de Carleton, Canadá, y editora de Jacobin Brasil.

Peter Frase forma parte del equipo editorial de Jacobin Magazine y es autor de *Four Futures: Life After Capitalism*.

Nancy Fraser es profesora de Filosofía y Política en la New School for Social Research. Es co-autora de *Feminismo para el 99%*, entre otros libros.

Eduardo Gudynas es investigador en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES). Su último libro es *Transiciones. Post extractivismo y alternativas al extractivismo en Perú*.

Matthew Huber es profesor adjunto de Geografía en la Universidad de Siracusa. Es autor de *Lifeblood: Oil, Freedom, and the Forces of Capital*.

Naomi Klein es periodista y activista. Sus últimos libros son *No Is Not Enough: Resisting Trump's Shock Politics and Winning the World We Need* y *On Fire: The Burning Case for a Green New Deal*.

Michael Löwy es director de investigaciones del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Autor de *Ecosocialismo, La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, entre otros libros.

Facundo Nahuel Martín es doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Publicó *Teoría crítica de la modernidad. Marxismo, movimientos sociales y proyecto emancipatorio*, entre otros libros.

Jason W. Moore es profesor de Sociología en la Universidad de Binghamton (EE. UU.). Es autor de *Capitalism in the Web of Life* y *A History of the World in Seven Cheap Things*.

Christian Parenti es profesor asociado de Economía en el John Jay College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Sus últimos libros son *Tropic of Chaos: Climate Change and the New Geography of Violence* y *Radical Hamilton: Economic Lessons from a Misunderstood Founder*.

Luiz Bernardo Pericás es profesor de Historia en la Universidad de San Pablo y autor de *Che Guevara y el debate económico en Cuba* y *Os cangaceiros: ensaio de interpretação histórica*, entre otros libros.

Pedro Perucca es sociólogo, periodista, editor de revista *Sonámbula* e integrante de *Proyecto Synco*, observatorio de ciencia ficción, tecnología y futuros.

Marco Petruccioli es doctor en Filosofía por la Universidad de la Sorbona de París y es profesor de Historia de la Filosofía. Estudia las relaciones entre imaginación y ciencia, con especial énfasis en la ciencia ficción.

René Ramírez Gallegos es economista, especializado en políticas públicas sociales, desigualdad, pobreza. Fue Secretario de Educación, Ciencia y Tecnología del Ecuador, durante el gobierno de Rafael Correa.

Thea Riofrancos es doctora en Ciencias Políticas, profesora en Providence College y autora de *A planet to win* y de *Resource Radicals: From Petro-Nationalism to Post-Extractivism in Ecuador*.

Jaime Vindel es doctor en Historia del Arte y Máster en Filosofía y Ciencias Sociales. Investigador principal del proyecto: “Estética fósil: una ecología política de la historia del arte, la cultura visual y los imaginarios culturales de la modernidad”.

El Colectivo Zetkin es un grupo de académicos, activistas y estudiantes que trabajan en la ecología política de la extrema derecha. Encabezado por Andreas Malm, el grupo incluye a Claudia Custodio Martínez, Line Skovlund Larsen, Ernesto Urrusti Frenk, entre otros miembros.



F DE FRENTE
06
GAMBITO DE REY
La catástrofe ecológica
inminente (y los medios
para combatirla)

08
LÍNEAS DE SUMINISTRO
La pandemia es un portal

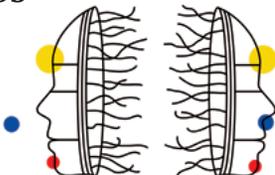
14
BATALLA CAMPAL
Extractivismo y soberanía
en América Latina

M MEDIOS DE DEDUCCIÓN
24
EMPIRISMO VULGAR
La Ley que quiere
todo el mundo

27
TENDENCIAS
Así estamos

30
MISERIA DE LA TEORÍA
Si fracasamos

38 THEA RIOFRANCOS
Uno se divide
en dos



50 FACUNDO NAHUEL MARTÍN
Prometeo y el
Ayllu universal

A LAS ARMAS DE LA CRÍTICA
60
GLOSARIO
La crisis climática
es una lucha de clases

64
CARNE DE CAÑÓN
De la fábrica global
a la mina planetaria

C CAPITAL CULTURAL
76
PUNTO DE FUGA
¿Un porvenir
luminoso?

82
TELÉFONO ROJO
Películas para el
fin del mundo

88 NANCY FRASER
«Nuestra única
esperanza es un
populismo de izquierda
que evolucione hacia el
socialismo»

100 PETER FRASE
Hacer lo que
sea necesario

G LA GUILLOTINA
108
THERMIDOR
El peligro del
fascismo fósil

114
GIRONDINS
¿La vieja historia
del capitalismo verde?
con mi trabajo

E EXCEDENTE
120
LABORATORIO
Un mundo por ganar

130
EL BASURERO DE LA HISTORIA
La palabra enseña,
pero el ejemplo guía



De Frente

PERO CON DISTANCIA

La catástrofe ecológica inminente (y los medios para combatirla)

El debate de los últimos años en torno al Green New Deal dejó en claro al menos una cosa: 2030 es la fecha límite para dar respuesta a los dilemas que nos plantea el cambio climático. A medida que se vuelve evidente que sin cooperación internacional es prácticamente imposible cumplir con este plazo, crece también la conciencia sobre los peligros que nos esperan del otro lado en caso de que no seamos capaces de tomar las medidas necesarias.

Aun así, todo indica que las emisiones actuales de Australia, Canadá y la Unión Europea harán que la temperatura global incremente 3°C. Las emisiones de los Estados Unidos, por su parte, llevarán a un incremento de 4°C. Si los «líderes globales» del Norte se están quedando cortos, ¿qué podemos esperar nosotros en el Sur Global?

La izquierda estadounidense y europea se entusiasmó con la presentación de planes de transición y ahora se está enfocando especialmente en el rol de la energía renovable. Está claro que es un paso muy importante a la hora de reducir las emisiones. Sin embargo, no es suficiente: se requiere un análisis más atento de los fundamentos de la producción de energía, y será necesario que estos países reconsideren sus propios modos de vida y de producción (al menos si se pretende que los países de América Latina también tengan la oportunidad de descarbonizarse y resistir al saqueo centenario de sus recursos minerales).

Debemos comprender que el capitalismo dependiente obliga a los países del Sur Global a prestar servicios al sistema mercantil, y la intervención y la presión imperialistas reducen las posibilidades de alcanzar la soberanía en términos ecológicos. Las valientes campañas que presionan a favor de la descarbonización en el Sur Global podrían llegar a modificar realmente las estructuras de autonomía y control de recursos en

estos países y ayudar a salir de la dependencia y del imperialismo.

Con todo, la izquierda latinoamericana no es santa en esta historia. Aun reivindicando a la Pachamama y al «buen vivir», las gobiernos progresistas en la región promovieron el extractivismo industrial. El desarrollo mediante el cual se sacó a millones de personas de la pobreza reveló ser, a la vez, un desarrollo en beneficio del crecimiento capitalista.

Sin embargo, sería un error escindir la historia del desarrollismo en la izquierda latinoamericana de lo que representó en términos de respuesta al imperialismo y a las presiones económicas que pesaban sobre la región. La dinámica de dependencia que afecta a América Latina —y la convierte en una enorme granja o en una enorme mina— influencia el modo en que la izquierda percibe las vías posibles hacia la soberanía: si los países más ricos lo lograron gracias al desarrollo industrial y al intercambio de mercancías, ¿por qué no hacer lo mismo con la riqueza que producimos en nuestro propio terreno?

Es necesario que consideremos la dinámica que se despliega entre los países del centro y de la periferia del capitalismo no solo cuando criticamos la vía actual de desarrollo, sino también cuando intentamos imaginar una nueva alternativa. En este sentido, es posible poner en cuestión al menos tres elementos:

En primer lugar, está claro que muchos proyectos de Green New Deal del Norte Global no consideran el impacto que tiene la extracción de minerales en el Sur Global, aun cuando estiman con precisión el crecimiento de la demanda de litio y níquel que generará la transición hacia las energías renovables. De manera vergonzosa, la mayoría de estos planes se circunscribe a una visión estrictamente nacional que toma el flujo mundial de mercancías como algo dado. El suministro

tro de materias primas es percibido como algo garantizado en cualquier escenario y sin conflictos. Al mismo tiempo, no se dice prácticamente nada sobre la responsabilidad de compartir los avances tecnológicos con los países que proveen estos recursos a expensas de sus propias comunidades. América Latina es una región clave a la hora de considerar estas desigualdades.



En segundo lugar está el problema de las compensaciones. Con frecuencia, los gobernantes de los grandes países capitalistas se reúnen en la ONU o en sitios similares y debaten la creación de fondos para ayudar al Sur Global a proteger sus bosques y hasta a invertir en energía solar y eólica. Sin embargo, esto está lejos de ser suficiente. Tales esquemas obedecen a un enfoque financiero del desarrollo y muchas veces involucran fondos verdes que terminan representando un mayor beneficio para las empresas privadas del Sur que para la infraestructura necesaria en una transición. Además, los fondos y las transferencias son percibidos como «regalos benevolentes» de las naciones desarrolladas, en lugar de presentarse como lo que realmente son: compensaciones por el daño causado durante siglos en ecosistemas y comunidades que no terminan de recuperarse del colonialismo. Las venas de América Latina todavía están abiertas y es necesario enfrentar los planes del Norte global con acciones anticoloniales y con una perspectiva decolonial.

En tercer lugar, las transición a la que obliga el cambio climático requiere que nos tomemos en serio la justicia social y las reivindicaciones anticapitalistas. En una época de negación del colapso medioambiental y de *fake news*, las consignas sobre «creer en la ciencia», aunque muy importantes, no bastan para que el mundo comprenda que la crisis del cambio climático es parte de una crisis ecológica más amplia y que resolver la primera implicará abordar muchos de los problemas que plantea la segunda. Si los proyectos de transición perciben el cambio climático exclusivamente como una consecuencia del uso de combusti-

bles fósiles y no del sistema capitalista en su conjunto, es probable que se queden cortos a la hora de diseñar las soluciones radicales que se necesitan.

El hecho de que los efectos del cambio climático se distribuyan de forma desigual explica, al menos en parte, por qué los países más ricos insisten en que todavía hay tiempo, en que una transición lenta es posible y en que la transición hacia

la energía solar puede desarrollarse gradualmente mientras se siguen construyendo nuevas plantas de carbón. Al mismo tiempo, la distribución desigual de los impactos de la producción capitalista explica por qué es tan fácil hablar sobre nuevas y hermosas plantas de energía solar en el Norte Global, donde el cambio climático es todavía una advertencia, sin decir nada sobre el consumismo ni sobre los reclamos frente al gasto excesivo de energía que buscan mitigar la necesidad de extraer todavía más minerales del Sur Global.

Al fin y al cabo, enfrentamos la vieja cuestión del tipo de desarrollo que queremos y —lo que es igualmente importante— el tipo de desarrollo posible sin traspasar los límites ecológicos y caer en el abismo. Se necesita una fuerte postura a favor del control público y nacional de los recursos y de los servicios para superar los fundamentos de la dependencia en el Sur Global. Las industrias nacionales son vitales y pueden suministrar bienes básicos que de otra forma son importados, pero también debemos modificar nuestra noción de la industria y del desarrollo para estar a la altura de los desafíos actuales. Lo mismo vale para las necesidades energéticas en un momento en el que el desarrollo tecnológico vuelve obsoletos a modos de producción enteros.

Dado que América Latina sufrió ya las consecuencias del desarrollo capitalista tradicional del Norte Global, debería ser una pieza clave en la creación de alternativas. Debe dejarle en claro a la parte rica del mundo que no permitirá que se vuelva verde y ecológica sin que asuma la responsabilidad por el impacto que genera en otras regiones. El mundo debe volverse más verde, y la lógica de su transformación debe venir desde el Sur. ●

La pandemia es un portal

La idea de que no podemos hacer lo necesario para enfrentar la crisis climática porque implica «demasiado» siempre fue un mito interesado difundido por aquellos a quienes les conviene que nada cambie. Si la pandemia deja algo en claro, es que cuando las sociedades deciden tratar una emergencia en tanto tal, un enorme abanico de posibilidades se abre instantáneamente.

La gente duda cada vez más de la capacidad del capitalismo para solucionar la crisis climática sin transformar realmente la estructura económica existente. Se pregunta también si basta ajustar un poco los incentivos de mercado y acometer una inverosímil intervención tecnológica para disminuir las emisiones de carbono al ritmo necesario para mantenernos a salvo. Sin contar la decreciente reserva de negadores del cambio climático, se volvió raro escuchar que la afirmación del colapso ecológico es exagerada y que tenemos tiempo de sobra para solucionar el problema.

Nos topamos con más frecuencia con una poderosa sensación de desánimo. En general, hay acuerdo en que la única esperanza que cabe albergar para evitar que el calentamiento global alcance proporciones catastróficas es una respuesta del tipo Green New Deal. Esta expresión describe el marco que plantean los movimientos sociales para construir una economía diferente, más justa y más sana, capaz de crear millones de empleos verdes registrados —necesarios

al punto de la desesperación— y revitalizar algunos de los sectores más postergados de nuestros países en el proceso. Pero, especialmente en algunos círculos periodísticos, se considera un hecho que estas transformaciones simplemente no sucederán. No porque la teoría que plantea su necesidad esté errada, sino solo porque es... *demasiado*. Demasiada ambición. Demasiada velocidad. Demasiado conflicto. Y, definitivamente, demasiado dinero.

Estas objeciones, cubiertas bajo el manto serio del sentido común —tan común durante los meses y años previos al COVID-19— empiezan a sonar como mensajes provenientes de otro mundo. El mundo está literalmente en llamas: de Estados Unidos a América Latina, arden ciudades enteras en revueltas contra la violencia policial racista, que no es más que la capa más superficial de una injusticia económica insostenible. No cesa, mientras tanto, el fuego del cambio climático: se incendian enormes porciones de la selva tropical amazónica y una parte considerable de Australia.



Luego está la pandemia de coronavirus, que empujó al mundo a una época de transformaciones drásticas y veloces. Transformaciones drásticas de nuestros hábitos, expectativas y rutinas individuales. Transformaciones drásticas de los gobiernos y de la política fiscal. Transformaciones drásticas de las relaciones entre los Estados nación más poderosos. Y, también, transformaciones del mundo natural que nos rodea: del repentino descenso de la polución del agua, del aire y la contaminación acústica a las abruptas modificaciones del comportamiento de innumerables especies silvestres.

Cuando menos, el año pasado desmintió la idea de que las sociedades del capitalismo tardío son incapaces de transformaciones radicales en un plazo determinado. De hecho, de India a Europa y de Argentina a los Estados Unidos, fuimos testigos de las intervenciones estatales en la economía más agresivas que se hayan visto desde la Segunda Guerra Mundial. En Estados Unidos, las empresas automotrices empezaron a fabricar equipamiento médico. Los gobiernos garantizaron sumas enormes de dinero para programas de estímulo. De manera sorprendente, los Estados financiaron el rápido desarrollo de las vacunas con fondos públicos. También están las medidas de confinamiento: decisiones deliberadas de cerrar todos los comercios —con excepción de los esenciales—, las escuelas y otros centros de servicios para evitar que el virus encuentre nuevas oportunidades para propagarse.

Lamentablemente, los gobiernos tardaron en tomarse en serio la magnitud de la pandemia, motivo por el cual estas medidas radicales de confinamiento no lograron evitar que el número total de víctimas alcance cifras millonarias. Mientras tanto, los costos económicos y humanos fueron catastróficos, arrasaron con la vida de los trabajadores más precarios, eliminaron a muchos pequeños comercios y sirvieron de excusa para que las empresas realicen despidos masivos en un momento en el que la riqueza de los multimillonarios crecía a un ritmo acelerado.

Los gobiernos también tomaron medidas frente a esta especie de carnicería económica. Los bancos centrales inyectaron miles de millones de dólares en los mercados; los gobiernos gastaron cuantiosas sumas para rescatar empresas en quiebra; las familias y los indivi-

duos más necesitados se beneficiaron de la asistencia directa del Estado y de las medidas que alivianaron el costo de los alquileres y de las hipotecas. Pero, comparada con los fondos que les suministraron a las empresas más ricas —muchas veces sin ningún tipo de supervisión ni compromiso— la asistencia a los individuos y a los pequeños comercios es una miseria. Y muchos de los más necesitados —inmigrantes indocumentados y trabajadores migrantes— quedaron completamente fuera de los programas de asistencia. Mientras tanto, el nacionalismo de las vacunas reina: los países más ricos acumulan dosis en exceso y las patentes impiden la producción descentralizada.

Ahora bien, mi objetivo no es romantizar las transformaciones a las que abrió paso la pandemia de COVID-19. Simplemente quiero destacar que estos cambios radicales en las políticas públicas y en la vida privada de las personas se desarrollaron en el período de *un año*. Para el momento en que lean estas palabras, el mundo habrá cambiado de nuevo: algunas economías habrán reiniciado completamente sus actividades, otras tal vez habrán parado por segunda o tercera vez; es probable que la pandemia esté retrocediendo, aunque también podría estar contratacando con más saña. Pero lo que podemos afirmar con certeza es que la idea de que los seres humanos no podemos hacer lo necesario para enfrentar la crisis climática porque es «demasiado» —sea demasiada transformación o demasiado dinero, demasiado esfuerzo o demasiado sacrificio— siempre fue un mito interesado difundido por aquellos a quienes les convenía que las cosas permanecieran tal como estaban. Está claro que cuando las sociedades deciden tratar una emergencia como una emergencia, un enorme abanico de posibilidades se abre instantáneamente. Y cuando comprendemos que los gobiernos están actuando en favor de la protección de la vida y de la seguridad de las personas, cuando estos cambios van acompañados del apoyo material necesario —por ejemplo, los Estados que se hacen cargo de los salarios y de los alquileres—, la mayoría de nosotros estamos dispuestos a hacer su aporte, incluso con entusiasmo.

¿Significa esto que estamos en mejores condiciones de alcanzar el Green New Deal que antes de la pandemia? Hay días en los que soy optimista y pienso que esto es así. En cualquier caso, debemos abordar múltiples crisis de una sola vez, es decir, luchar simultá-

**El año pasado desmintió
la idea de que las sociedades
del capitalismo tardío son
incapaces de transformaciones
radicales en un plazo
determinado.**

neamente contra el colapso climático, la pobreza, el subempleo y los sistemas de dominación racial y de género. El Green New Deal no le pide a nadie que se siente a esperar a la justicia. Y la pandemia, más que ningún otro acontecimiento que haya experimentado en mi vida, nos brindó un curso acelerado sobre por qué la respuesta al desastre requiere un enfoque interseccional y multifacético.

Cuando comenzaron los confinamientos, se habló mucho de que todos estábamos juntos en esto y de que el «virus no discrimina». Pero, tal como sucede durante todos los desastres naturales, la realidad demostró más bien lo contrario. De hecho, el COVID-19 probó ser un detective inflexible, que apunta su linterna a cada esquina y grieta de nuestra sociedad en donde se maltrata y se abusa de la vida y del trabajo. En esos lugares se propagó como el fuego. Fue ese el lugar en el que el virus se cobró la mayor cantidad de víctimas: donde los cuerpos están sobrecargados, traumatizados, estresados o envenenados.

Se propagó en los depósitos de Amazon, donde cada movimiento, cada gesto y cada segundo está cronometrado para incrementar la productividad del trabajo y la eficiencia. Se propagó en las plantas industriales de empaque de productos cárnicos, donde se considera desde hace tiempo que las amputaciones son un riesgo laboral aceptable. Se propagó en los albergues donde duermen vestidos y hacinados los trabajadores migrantes desprovistos de todo derecho. Se propagó en todos los lugares donde los seres humanos son tratados como extensiones intercambiables de las máquinas. También se cobró un enorme número de víctimas en los sitios más oscuros, donde se encierra, se esconde y se descarta a los seres humanos. Cárceles. Centros de detención de inmigrantes. Favelas. En los hogares de ancianos donde se trata a nuestros mayores y a la gente que los cuida como si fueran miembros de una empresa y no gente que necesita respeto y dignidad. Es cierto, el virus puede infectar a cualquiera. Pero los cuerpos debilitados por el estrés de la pobreza, la contaminación y el racismo sistémico demostraron ser mucho menos capaces de defenderse.

El racismo y la desigualdad también influyeron en las respuestas a la crisis. Puesto que, aun si los gobiernos estuvieron dispuestos a pausar la actividad económica en nombre de la salud cuando parecía que todo el mundo estaba en riesgo, una vez que quedó claro que el virus amenazaba sobre todo a aquellos que habían sido previamente descartados —trabajadores, pobres, negros y marrones, viejos y discapacitados—, los llamamientos a «abrir la economía» empezaron a sonar cada vez más fuerte y de manera más violenta. La gota que rebalsó el vaso fue el video de los oficiales de Minneapolis que asfixiaron con indiferencia a George Floyd, un afroestadounidense que supuestamente pagó sus cigarrillos con un billete de 20 dólares falso. Las ciudades ardieron en llamas de rabia.

Esta conflagración es una advertencia contundente para aquellos que insistieron durante tanto tiempo en que es posible elaborar una respuesta a la crisis climática que la aisle de todas las otras crisis que enfrentamos. En realidad, todo desastre a gran escala, independientemente de si comienza en el cuerpo o en la atmósfera, contiene virtualmente en su interior a todos los otros desastres. Lo que antes del desastre era malo se degrada hasta volverse insoportable. Y quien antes era tratado como desechable baja de categoría para convertirse en candidato al sacrificio. Esta es una de las dolorosas lecciones que nos deja la pandemia de coronavirus, y es el motivo por el que debemos adoptar una perspectiva de cambio holística.

En efecto, estos tiempos de cambios veloces y sorprendentes hacen que, a diferencia de lo que pensábamos hace tan solo unos años, muchas más cosas nos parezcan posibles. Si los gobiernos pueden costear los salarios completos (o casi) de millones de trabajadores para que se resguarden en sus hogares —como hicieron en muchos países, por ejemplo, en los Países Bajos y en Alemania—, entonces, ¿por qué no pueden costear el desarrollo de trabajos verdes, como la plantación de árboles, la recuperación de tierras contaminadas y la construcción de hogares asequibles que sean eficientes en términos energéticos? ¿Por qué no pueden invertir para mejorar sus capacidades y transformar los sectores con altas emisiones de carbono en zonas de carbono cero? Si podemos disminuir drásticamente el tráfico aéreo para frenar la propagación del virus, ¿por qué no puede racionalizarse equitativamente esta forma de transporte para disminuir las emisiones de carbono?



No estoy diciendo que serán luchas fáciles de ganar. Llevo suficiente tiempo estudiando desastres como para saber que la política es proclive a cambiar bruscamente de dirección. En Brasil, en Hungría, en Israel y en otros lugares, vemos que crece el autoritarismo de los gobiernos bajo el amparo de la pandemia; desde Cisjordania hasta Hong Kong, presenciamos abusos de poder obscenos.

Mientras tanto, bajo la consigna de «retomar el crecimiento», las principales industrias responsables de la crisis climática están rumbo a conquistar unas cuantas victorias impositivas y regulatorias, que se suman a los miles de millones de dólares que recibieron en concepto de auxilio. En China, la pandemia se utilizó para flexibilizar el acatamiento de las normas que restringen la contaminación del agua y del aire. Aunque Biden empezó a revertir el proceso, lo mismo se hizo en Estados Unidos bajo el gobierno de Trump. El gobierno de Australia prometió recortar las restricciones medioambientales que deben obedecer las empresas y embarcarse en una «recuperación basada en el gas». En India, el gobierno del primer ministro Narendra Modi utilizó la pandemia para acelerar proyectos extractivos y —lo que es más polémico— embestir contra un conjunto de leyes agrícolas con

El futuro será de quien esté dispuesto a tomarlo.

el objetivo de eliminar los tradicionales controles de precios y consolidar la propiedad de la tierra en manos de unos pocos jugadores empresariales. Estas reformas despertaron el movimiento de protestas más grande de la historia moderna de la India. En Brasil, mientras tanto, las madereras y las mineras están utilizando el virus para arrasar con el Amazonas.

La cuestión es: ¿tendrán éxito estos ardides? Siempre vale la pena recordar que la «doctrina del *shock*», según el nombre que utilicé para definir estas tácticas, no es la única forma en que las sociedades respondieron a las profundas crisis del pasado. El Green New Deal está inspirado en el New Deal original de Franklin Delano Roosevelt, un programa general de estímulos económicos introducido durante un período de grandes crisis, similar al que vivimos ahora. No se reduce de ninguna manera a un esquema de impuestos al carbono que, en el marco de una recesión económica, sería fácilmente descartable como un costoso sinsentido. Hay mucha evidencia de que los votantes comprenden bien el problema, incluso en Estados Unidos, donde los republicanos siguen tomando al Green New Deal como foco principal de sus ataques, precisamente porque le tienen miedo a su potencial populista.

Es evidente que, a medida que el cambio climático incrementa la magnitud del desastre en comunidades que ya estaban en crisis a causa del COVID-19, el desempleo masivo y el racismo sistémico, la necesidad de una visión audaz y holística del futuro se vuelve cada vez más urgente.

En otras palabras, el futuro será de quien esté dispuesto a tomarlo. En un ensayo de abril de 2020, Arundhati Roy comparó la pandemia con un portal. «Podemos elegir atravesarlo», escribió, «con el vacío caparazón de nuestros prejuicios y de nuestro odio, nuestra avaricia, nuestros bancos de datos y nuestras ideas muertas. O podemos atravesarlo con liviandad, con poco equipaje, dispuestos a imaginar otro mundo. Y preparados para luchar por él».

Es fundamental que comprendamos esta idea. No hay vuelta atrás hacia el punto anterior a la crisis; nos estamos moviendo hacia un lugar nuevo. Está claro que las cosas pueden empeorar. Pero también podrían mejorar. El resultado dependerá de lo que decidamos llevar con nosotros y de lo que estemos dispuestos a dejar atrás. ●

Extractivismo y soberanía en América Latina

Quizas uno de los puntos del balance crítico del ciclo progresista sobre el que más consenso existe sea su contradicción entre el impulso de políticas que apuntan a la recuperación de la soberanía y el modelo económico centrado en el extractivismo y la exportación de materias primas que les subyace. Pese a los avances en materia de redistribución de la renta, la base productiva sobre la que los gobiernos progresistas han asentado sus políticas coarta la posibilidad de avanzar en transformaciones de raíz. Sobre estos y otros temas conversamos con Sabrina Fernandes, Eduardo Gudynas, Michael Löwy y René Ramírez Gallegos.

THEA RIOFRANCOS | Los gobiernos progresistas de las últimas décadas han hecho algunos importantes avances en materia de «políticas soberanistas»: de la banca, del gasto público, de la política externa, etc. Sin embargo, en materia socioambiental han sido cuestionados desde variados ángulos. Tal vez el asunto más espinoso es qué tipo de soberanía han podido —o pretendido— promover con un modelo económico centrado en la extracción y exportación de materias primas, es decir, en una base productiva que, como se ha señalado, conduce más a la profundización de la dependencia que a una ampliación de la soberanía. ¿Cuál es su lectura del tipo de desarrollo emprendido durante el llamado «ciclo progresista»?

MICHAEL LÖWY | El principal logro de los gobiernos progresistas ha girado en torno a la redistribución de la renta, con medidas sociales a favor de las capas más pobres de la población. Aquí es necesario distinguir entre dos tipos de gobiernos progresistas: los «social-liberales» (como Brasil y Uruguay), que desarrollaron una importante política social pero sin cambiar el modelo neoliberal, y los antimperialistas (Venezuela y Bolivia), que se han enfrentado con la oligarquía y el imperialismo buscando alternativas soberanistas. En ambos casos nos encontramos, sin embargo, con un modelo de desarrollo basado en la extracción y la exportación de materias primas, que ha llevado a una nueva forma de dependencia en relación al mercado internacional.



Además, el extractivismo es negativo desde otros puntos de vista: en primer lugar, es contradictorio con la soberanía alimentaria, que exige una producción de alimentos para el mercado interno y no productos de exportación. En segundo lugar, muchas veces tiene consecuencias ambientales sumamente negativas para las poblaciones locales indígenas o campesinas. Y tercero, en el caso de la extracción de energías fósiles — en particular el petróleo — contribuye al catastrófico proceso planetario de cambio climático.

Los gobiernos progresistas sin dudas han adoptado medidas sociales importantes en términos de redistribución social. Pero no han cuestionado el modelo económico capitalista exportador. Cierto, es difícil para países como Ecuador, Venezuela o Bolivia cesar de un solo golpe la producción de petróleo o gas. Pero existen medidas intermedias, como la propuesta del Parque Nacional Yasuni impulsada por el gobierno de Rafael Correa en Ecuador (aunque después la abandonó): en una región de bosques de alta biodiversidad, dejar el petróleo bajo tierra exigiendo una indemnización a los países ricos. Este proyecto era el símbolo de una opción radical: preferir la naturaleza al mercado, la vida a la ganancia. Los países capitalistas industriales no se entusiasmaron por el proyecto, no solo porque nada tiene que ver con los «mecanismos de mercado» donde tienen su preferencia, sino porque temían el efecto estimulante de esta iniciativa: otros países podrían plantear propuestas similares...

EDUARDO GUDYNAS | La evaluación de las estrategias de desarrollo del progresismo está demostrando no ser sencilla. Al interior de los países se las reclama, pero a la vez hay muchos protagonistas de ese ciclo que las entorpecen, sea por su sincera convicción de haber hecho lo correcto como por la intención de ocultar errores. Las recientes campañas electorales, por ejemplo en Bolivia y Ecuador, las condicionaron aún más, porque las energías estaban

puestas en volver a ganar el gobierno. Pero sobre ello se superpone un entramado de opiniones y analistas transnacionalizados, tanto desde dentro de América Latina como desde fuera, que abusan de simplificaciones y eslóganes.

Por ejemplo, me dices que los progresismos lograron «políticas soberanistas» en la banca y en otros sectores. Ese tipo de dichos son muy comunes, en especial en el Norte Global. Pero están algo equivocados. En realidad, bajo los progresismos la banca privada vivió un paraíso: aumentó su cobertura sobre la población y se diversificó la financiarización. Esto ocurrió bajo los gobiernos de Correa en Ecuador, de Lula da Silva en Brasil o del Frente Amplio en Uruguay, entre otros. Así se explica la bancarización obligatoria en Uruguay o la expansión de la financiarización a sectores como el consumo popular, la educación o la salud en Brasil.

En realidad, los progresismos estuvieron repletos de claroscuros. Tuvieron avances, estancamientos y retrocesos dentro de cada sector. Hay que celebrar que redujeron la pobreza y la marginalidad, porque eso dio alivio a millones de familias; pero no por ello hay que dejar de reconocer las limitaciones que tuvieron en su marcada dependencia de las ayudas monetarias condicionadas a los más pobres o del crédito para el consumo popular. También hay que felicitar sus inversiones en infraestructura, que por ejemplo en Ecuador son evidentes en sus carreteras y puentes. Pero al mismo tiempo debemos comprender que mucho dinero se perdió dentro de los laberintos estatales, sea por medios lícitos pero ineficientes como también por la corrupción.

Esas contradicciones se debieron a que los progresismos —en términos generales y muy esquemáticos— se orientaron hacia una variedad de capitalismo que buscó capturar una mayor proporción de excedente para intentar una redistribución económica. Pero apeló a prácticas concretas que, como los extractivismos y el consumo de masas, requerían su subordinación al capital. Y ello ocurrió por varias vías: blindaron al sector financiero, profundizaron la exportación



Es necesario señalar que «otra acumulación» (la cual incluye incluso la «no acumulación» como horizonte) implica y requiere que exista mucha acumulación el día de hoy.

RENÉ RAMÍREZ GALLEGOS

de materias primas, captaron la inversión extranjera y se adhirieron plenamente a la institucionalidad global (como la Organización Mundial del Comercio).

Tal funcionamiento se dio por medio de delgados equilibrios en los que los Estados progresistas buscaban, por un lado, regular al capital, y por otro debían ceder ante él. Esos equilibrios eran inestables, pero mientras los precios de las materias primas fueron altos el excedente apropiado pudo sostener las medidas de compensación y amortiguación. Cuando cayeron los precios de los *commodities*, tal cosa dejó de ser posible. Y, peor aún, ello ocurrió al mismo tiempo que la capacidad de renovación política del progresismo se agotó.

RENÉ RAMÍREZ GALLEGOS | La superación del modelo extractivista, y con ello de la acumulación como tal, siempre ha sido el horizonte. Pero lo fundamental es no perder la noción de temporalidad: primero, porque es un debate que no puede dejar de lado la subjetividad; segundo, porque hay reformas del presente y reformas transicionales que apuntan al cambio cuantitativo (como la satisfacción de las necesidades) y al salto cualitativo (como la transformación hacia la sociedad del «buen vivir»).

Bajo esta perspectiva, es necesario señalar que «otra acumulación» (la cual incluye la «no acumulación» como horizonte) implica y requiere que exista mucha acumulación el día de hoy (obviamente, con fines ecosociales). Esto no es algo que le guste oír a cierta

izquierda. Pero vivimos dentro del capitalismo, y si bien el horizonte es superarlo, debemos pensar la «gran transición» para esa «gran transformación estructural». No pensar el puente temporal es escribir ciencia ficción.

La opción de transformación social debe ser sostenible en el tiempo, porque acumular para el beneficio social a gran escala toma décadas pero dilapidar la acumulación para beneficio de pocos es muy fácil (y así se vio o se ve en los gobiernos neoliberales de Bolsonaro, Macri o Moreno). La opción que tenían los gobiernos progresistas para esa acumulación eran los recursos naturales. Y aquí hay que preguntarse al menos dos cosas: ¿la acumulación que obtuvieron de la explotación de recursos naturales sirvió para la redistribución de ingresos y la democratización de derechos? Claramente, sí. Según la CEPAL, bajo los gobiernos progresistas hubo una clara reducción de la pobreza, la desigualdad y la cobertura de derechos sociales. En segundo lugar, cabe preguntarse si los recursos que obtuvieron se destinaron para un cambio en la matriz productiva (el modo de producción). Desde mi punto de vista, no lo suficiente. En ciertos países, incluso, ni siquiera se discutió la necesidad de una transformación de este tipo.

TR | Más allá de la coyuntura política, todas las economías latinoamericanas siguen compartiendo ciertas características centrales: los sectores económicos predominantes se basan en la extracción de

El modelo de desarrollo basado en la extracción y la exportación de materias primas ha llevado a una nueva forma de dependencia en relación al mercado internacional.

MICHAEL LÖWY

recursos, la agricultura de monocultivo y la manufactura de bajos salarios; en términos de empleo, la región está marcada por un gran sector informal, así como por la práctica arraigada de precarización y tercerización, lo que resulta en una clase obrera que trabaja en la precariedad extrema sin una red de seguridad social; y en cuanto a su inserción en el sistema mundial, la región se encuentra en un lugar de dependencia caracterizado por las exportaciones de bajo valor agregado, la plena integración a los mercados globales y altos niveles de deuda soberana. ¿Qué ha revelado la pandemia y la crisis económica respecto al modelo de acumulación de la región? ¿Qué enfoque debe orientar la recuperación latinoamericana y a qué escala debe concebirse e implementarse?

SABRINA FERNANDES | La pandemia ha revelado que las clases capitalistas del continente no tienen ningún pudor en su ánimo de maximizar sus lucros cuando la población más pobre vive el riesgo diario de morir, sea de hambre o de COVID. Con el aumento de la informalidad del empleo y de la pobreza, esperamos que las organizaciones de izquierda en todo continente perciban de una vez por todas que el actual modelo de desarrollo nos mantiene vulnerables y que no es posible derrotar a la derecha sin políticas más radicales.

Nuestra historia es una historia de golpes e intervenciones imperialistas. La memoria del ataque a Salvador Allende, por ejemplo, sigue viva a modo de aviso melancólico de que «no podemos demandar mucho». Ese es un camino peligroso de aceptación del sistema

capitalista. Pero entonces, ¿qué hacer? Primero, comprender que la burguesía se fortalece cuando puede gobernar tanto con la derecha como con la izquierda. El golpe contra el gobierno de Dilma Rousseff, en ese sentido, fue un golpe doble: vino de afuera (como sabemos, por la influencia de Estados Unidos) pero también de dentro, de los mismos grupos aliados de los gobiernos de Dilma y de Lula un poco antes.

Por otro lado, es necesario convencernos de que los gobiernos de izquierda deben invertir mucho más en un proyecto de cambio ecológico como fuerza para la creación de nuevos empleos, en una red lo más autónoma posible de energía, así como en los caminos para una reforma agraria agroecológica. Las inversiones deben ser públicas, estatales o comunitarias: muy diferentes de los acuerdos desarrollistas, que estimulaban proyectos de 20 o 30 años de lucro para corporaciones que ni siquiera aseguran un buen servicio.

Para que la recuperación no sea más que un nuevo paquete de estímulos económicos en el capitalismo, las organizaciones sindicales deben ser incluidas en el proceso de planeamiento, así como la comunidad de profesores e investigadores deben opinar sobre cambios importantes en los contenidos de las universidades y de la dirección de investigación y desarrollo tecnológico. Y esa inversión con dinero público debe incluir también a las comunidades, ya que ellas son más aptas para saber si el problema local de hambre se soluciona mejor con jardines comunitarios o más comida en la escuela de los niños.

**Los progresismos estuvieron
repletos de claroscuros.
Tuvieron avances,
estancamientos y retrocesos
dentro de cada sector.**

EDUARDO GUDYNAS

EG | La crisis actual se superpone sobre varias crisis que ya estaban en marcha en 2019 y antes. A su vez, si bien hay semejanzas, también las diferencias entre los países son muy importantes. No es lo mismo lo que ocurre, por ejemplo, en Brasil, que lo que sucede en Chile, en México o en Colombia. Tras esa advertencia, puede decirse que se observan distintos grados de colapso, derrumbe o miserias en la política y en el papel de los gobiernos. En unos casos eso es extremo, como se observa con la inacción y autoritarismo de Jair Bolsonaro en Brasil. Sin llegar a ese nivel, otras situaciones son también dramáticas; es el caso, por ejemplo, de Perú, en donde mientras avanzaban los contagios se derrumbaba la política de partidos.

En esa desesperación, los gobiernos recurren otra vez a los extractivismos como vía para paliar la crisis económica. Todos los países de América del Sur, sin excepción, intentan aumentar sus exportaciones de materias primas y al mismo tiempo sumar nuevos sectores (como la minería de litio o la expansión de los monocultivos transgénicos).

RRG | La pandemia del COVID-19 exige un cambio radical en los sistemas alimentarios de carácter agroindustrial, única manera de reducir o eliminar la posibilidad de nuevas zoonosis. Esto fue advertido hace mucho tiempo por los movimientos ecologistas. Asimismo, la importancia del rol de las mujeres en la reproducción de la vida ha sido parte de las luchas de los movimientos feministas. Más aún: todo el modelo de relación entre los seres humanos y la naturaleza debe transformarse, porque es el imperativo de la

acumulación el que ha conducido a la depredación del entorno y a los desequilibrios ecológicos que permiten la pandemia actual.

Si bien la región tiene que consolidar un Estado de bienestar que ponga por delante lo público y lo común frente a lo privado o lo mercantil, conseguirlo no conduce a superar los problemas que plantea la pandemia. Dejar de ser «periferia» y conseguir ser parte del «centro» no es la solución para los países de nuestra región. Europa, siendo el continente con mayores niveles de bienestar del mundo, no ha escapado a los impactos de la pandemia.

El objetivo debe pasar por construir alternativas *al* desarrollo. Porque el desarrollo tal cual lo conocemos nos lleva a profundizar la crisis sanitaria, y este tipo de amenazas se volverán cada vez más frecuentes en el mundo.

TR | **Más allá del momento de la recuperación, ¿cuál es el horizonte político de la izquierda? Si entendemos la pandemia del COVID-19 como la primera gran crisis ecológica a escala mundial, ¿será que llegó la hora de un paradigma que aborde de manera más explícita los problemas —entrelazados— de la extracción de recursos, el daño ecológico y el cambio climático? En otras palabras, ¿es hora de avanzar del «socialismo del siglo XXI» hacia la discusión sobre el ecosocialismo, sobre un nuevo pacto ecosocial, una economía democrática verde o alguna otra formulación? ¿Cómo definen su visión de una alternativa radical al modelo eco-**

nómico imperante, y cómo creen que se podrían articular las conexiones fundamentales entre la economía y la naturaleza?

SF | Vivimos en un momento frágil de la izquierda revolucionaria, y la derecha sigue avanzando sobre nuestro continente. No podemos simplemente esperar al momento de la revolución, porque el riesgo de llegar demasiado tarde es grande. Un gran pacto ecosocial o un nuevo acuerdo verde, cualquiera sea el nombre de un proyecto serio de descarbonización arraigado en la justicia social, debe ser parte de la construcción del ecosocialismo en América Latina.

Pero un pacto no será suficiente, y los ecocapitalistas lo saben e intentan apropiarse de las discusiones sobre la inversión y las políticas alrededor de ello. Entonces la tarea es empujar medidas de descarbonización enfocadas en el sector público junto con un proyecto de autonomía energética e inversión tecnológica. Un nuevo ciclo progresista podría ser capaz de hacerlo. La izquierda más radical debe partir de esa base para trabajar sobre las conciencias de la clase trabajadora rumbo a una ruptura secular.

Y solo el ecosocialismo presenta la posibilidad de una síntesis entre los debates del posextractivismo, la descarbonización, el derecho a la ciudad, al «buen vivir», el ecofeminismo, la soberanía y el internacionalismo, el antirracismo y el decrecimiento, para que el socialismo del siglo XXI sea más que una expresión y se transforme en una realidad concreta.

RRG | Los paradigmas no nacen de grandes *think tanks*, sino de luchas históricas, de procesos democráticos, de resistencias creativas. Pero se necesitan marcos de análisis que acompañen y otorguen herramientas para esas grandes disputas civilizatorias. En Ecuador, en un movimiento constituyente entre 2007 y 2008, el pacto social que se denominó «del buen vivir» o *Sumak Kawsay* surgió del intelecto social

colectivo. Desde mi perspectiva, esta propuesta va más allá del denominado «socialismo del siglo XXI» e incluso del ecosocialismo: es una propuesta nacida de un amplio proceso constituyente.

Se trata de una propuesta de cambio social epistémico y es, retomando lo anterior, una alternativa social *al* desarrollo. No surgió de ninguna cabeza, de ningún *think tank*. Tiene sus raíces en un frente social antineoliberal que fue canalizado en un proceso constituyente, el cual se nutrió de los saberes ancestrales de pueblos originarios, del feminismo, de la economía social y solidaria, del ecologismo, de las luchas de los estudiantes, de las clases medias, de los pobres, etc.

Este marco analítico plantea que el concepto del «buen vivir» o vivir bien debe ser leído desde lo que consagra el pacto de convivencia firmado por los ecuatorianos en la Constitución de 2008. Algo similar sucedió en Bolivia, en tanto se construyó un proceso constituyente con paradigmas alternativos.

TR | Las políticas públicas, por supuesto, no surgen en el vacío ni son concedidas libremente por élites políticas.

Los Estados son condensaciones de la lucha de clases, y las políticas que promulgan reflejan el equilibrio de poder imperante en la sociedad en general. Dadas sus respuestas anteriores, ¿cómo podría producirse tal cambio de paradigma? ¿Qué actores colectivos, fuerzas de clase y movimientos sociales están preparados para actuar como protagonistas en la próxima batalla por el modelo de recuperación económica y social, y más allá? ¿Qué alianzas y bloques podrían reunir a grupos distintos en una fuerza con potencialidad hegemónica, capaz de transformar el modelo de acumulación imperante?

RRG | Un problema gravitante en estas dos décadas del siglo XXI es que en América Latina se ha dado un proceso de desindustrialización con la transición a una



La burguesía se fortalece cuando puede gobernar tanto con la derecha como con la izquierda.

SABRINA FERNANDES

sociedad centrada en el sector de servicios, muchas veces deslocalizados (esto en el marco de una economía heterogénea, informal, con altos niveles de subempleo). Esto complejiza mucho más la lógica de acción colectiva alrededor de las luchas por un trabajo digno.

Hace un par de semanas leí un tuit que, siguiendo a Chico Mendes, decía: «el ecologismo sin lucha de clases es jardinería; el feminismo sin lucha de clases es la guerra de los sexos; el anticolonialismo sin lucha de clases es (potencial) fascismo». Claro está que la lógica también debe ser leída al revés; es decir, no se debería pensar lucha social sin lucha feminista, ecologista o poscolonial, como tampoco ecologismo sin lucha feminista, etc. Lo que se necesita es la convergencia de todas estas luchas sociales. La forma que adopte la convergencia depende de cada contexto: en Argentina, por ejemplo, viene protagonizada por los trabajadores y las mujeres; en Ecuador, ahora, por el movimiento indígena. Y estos sectores deberán articular con los movimientos políticos que disputan electoralmente el Estado, porque la contienda debe ser tanto en el ámbito social como estatal.

ML | Actualmente, pienso que las fuerzas más activas en la lucha por un cambio de paradigma en América Latina son la juventud, las mujeres, los campesinos y las comunidades indígenas. Movimientos como Vía Campesina cumplen un papel muy importante, porque procuran asociar la lucha campesina por la tierra con una perspectiva ecológica. Y las comunidades indígenas están en la primera línea del combate al extractivismo, en defensa de los bosques y los ríos. «¡Agua sí, oro no!» es la consigna de campesinos e indígenas de Perú en contra de la minería de oro que

envenena los ríos. Muchas veces son las mujeres las más activas en estas movilizaciones, incluso a costa de sus propias vidas, como Berta Cáceres en Honduras.

Sin embargo, no lograremos crear una fuerza hegemónica capaz de romper con el modelo dominante sin el apoyo de la clase trabajadora, del proletariado del campo y de la ciudad. Necesitamos también incluir a los intelectuales, a los artistas, a los cristianos de la liberación y a la masa del «pobretariado», los excluidos del sistema. La tarea fundamental de la izquierda socialista es organizar este bloque de clases y capas sociales. Y hacerlo desde abajo: en los barrios, las fábricas, las escuelas, el campo, los bosques. Comenzando por demandas concretas e inmediatas, como el no al pago de la deuda externa, la reforma agraria, etc., pero tratando de dar impulso, en el mismo movimiento, a una dinámica antisistémica, anticapitalista.

TR | Por último, ante la posibilidad de un nuevo superciclo de *commodities* y con el retorno de varios gobiernos progresistas, ¿qué consejo ofrecerían a los gobiernos de izquierda o centroizquierda —tanto actuales como futuros— de la región? ¿Cómo deberían orientarse en un contexto de crisis multidimensional, en el que otro auge de los *commodities* puede traer consigo una mayor presión para expandir la frontera agrícola y extractiva? ¿Cómo podrían cambiar sus economías nacionales para hacer una transición hacia la energía renovable, una mayor protección social, una agricultura regenerativa y otras alternativas económicas al extractivismo? ¿Se podría financiar una transición de este tipo? ¿Es posible forjar un

Es peligroso que el progresismo vea un nuevo superciclo de *commodities* como una ventana de posibilidad para más inversión en los sectores extractivistas, en colaboración con los grandes capitalistas.

SABRINA FERNANDES

camino en este sentido sin la coordinación de los gobiernos de todo el Sur Global para poner fin al régimen de deuda y austeridad impuesto por las instituciones financieras?

SF | Si no hay socialismo en un solo país, tampoco puede haber ecosocialismo, dado que este reconoce que para la naturaleza no hay fronteras. Por otro lado, es peligroso que el progresismo vea un nuevo superciclo de *commodities* como una ventana de posibilidad para más inversión en los sectores extractivistas, en colaboración con los grandes capitalistas.

No debemos abandonar nunca la lucha por distribución justa de la propiedad de tierra y los derechos originales y tradicionales a los territorios. Los gobiernos de izquierda deben comenzar por arreglar la enorme desigualdad en el acceso a la tierra si realmente quieren evitar que el superciclo resulte en más concentración de riquezas y bienes. Y eso también se relaciona con la discusión sobre el mercado financiero y el papel que cumple en garantizar ganancias con las *commodities*, cuando las diferencias en el precio y las barreras de competición ponen a los trabajadores rurales en riesgo.

Pero hay otra cosa que necesitamos discutir: por qué la transición hacia energías renovables es tan importante. Toda producción energética a gran escala tiene impactos ambientales y sociales. Nuestra tarea es minimizar los impactos atendiendo a las demandas de las comunidades amenazadas. No es posible pensar —como creen algunas de las grandes potencias económicas hoy— que se trata simplemente del

crecimiento y desarrollo económicos, pero ahora con renovables. Así se olvidan los impactos que el sistema extractivista industrial tiene incluso cuando se trata de inversiones en tecnología verde.

Para algunos de esos gobiernos, la búsqueda de litio y otros minerales ya es vista como una nueva oportunidad de crecimiento. En Bolivia, Luis Arce ha dicho desde su campaña que aspira a hacer del país una gran potencia solar con su propio litio. Declaraciones como esas no tienen en cuenta los límites del litio boliviano, las demandas de protección ambiental en el área y el gran desafío de transferencia tecnológica. Explotar el litio y exportarlo sin acceso directo a la tecnología no redundará en el desarrollo verde de Bolivia sino en el de los otros, sea la Unión Europea o China.

ML | No hay «receta milagrosa» para salir de los impases de la crisis actual. Pero hay algo que queda en claro: los gobiernos progresistas no tomarán el camino de un cambio de paradigma si no hay una presión social y política «desde abajo» que los conduzca a hacerlo. Es por eso que la tarea prioritaria de los ecosocialistas pasa por la organización del movimiento, la alianza de clases y grupos sociales interesados en un cambio radical.

Pero para eso no podemos sentarnos a esperar que se unan todos los gobiernos del Sur Global. Con uno o dos gobiernos más avanzados, que sirvan de ejemplo y estimulen otras experiencias, ya habremos dado un gran paso hacia el objetivo final: una agenda latinoamericana de cambio de paradigmas, capaz de crear una relación de fuerzas a nivel continental. ●

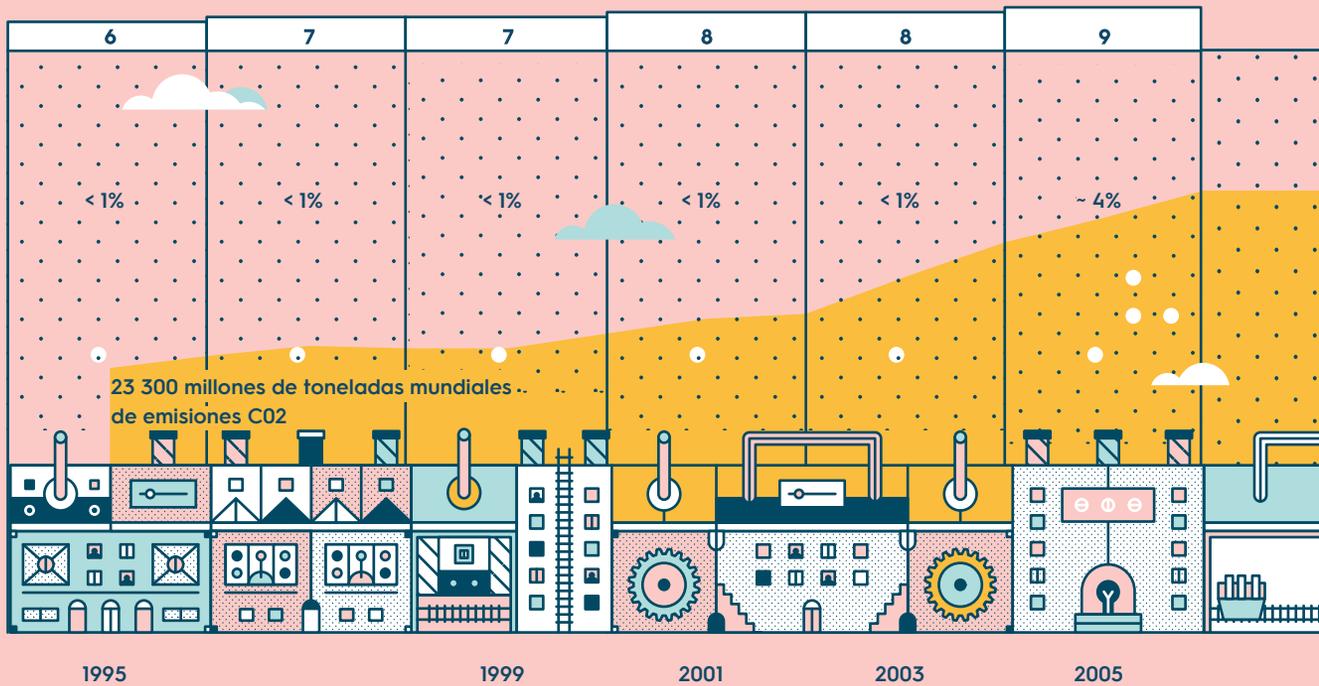
Medios de Deducción

A DESALAMBRAR

La ley que quiere todo el mundo

Proliferan los programas de incentivos económicos, pero las emisiones mundiales siguen creciendo.

Cantidad de proyectos implementados



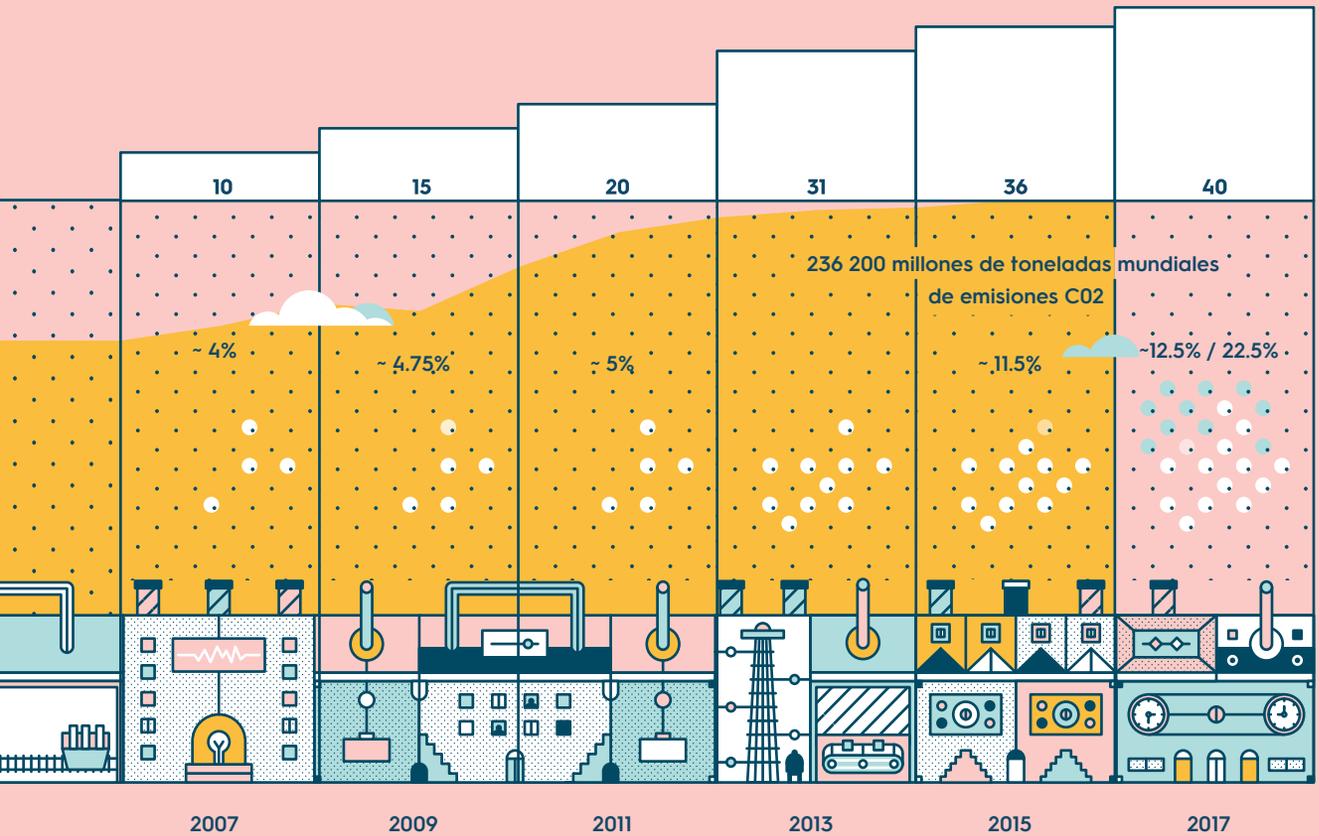
- Participación del 1% de emisiones de gases de efecto invernadero a nivel mundial bajo esquemas de tope y compraventa

Hoy la política favorita para combatir los gases de efecto invernadero es la de «tope y compraventa», estenograma de un sistema más amplio de comercio de emisiones de carbono.

Funciona así: a cada país se le permite, a través de tratados internacionales, emitir una cantidad determinada de carbono. Luego, los países hacen cumplir este límite asignando créditos de emisión de carbono a las empresas que más emiten mediante un mecanismo de subasta o de venta abierta. De esta manera —se piensa— emitir carbono llegará a tener un costo en términos literales, mucho mayor que el «costo» colectivo del calentamiento global.

La idea parece sencilla. Si se pueden monetizar los recursos naturales, ¿por qué no hacerlo con los contaminantes que liberan? ¿Por qué no utilizar el mercado, con sus complejos sistemas de incentivos y desincentivos, para regular las emisiones de los combustibles fósiles? La mano invisible tal vez pueda salvar el mundo.

Si esto fuese suficiente, estaríamos en una posición bastante favorable. Desde un punto de vista, quizás el mismo que percibe el mundo de color rosa bajo el resplandor del liberalismo, parece una solución excelente. Pero bajo la luz sin sombra del mediodía, es evidente que el comercio de carbono no basta. A pesar de que



• Participación del 1% de emisiones de gases de efecto invernadero bajo el esquema nacional de comercio de carbono de China.

las políticas de tope y compraventa proliferan alrededor del mundo, las emisiones de gases de efecto invernadero se mueven todavía en niveles alarmantes.

Peor es comprobar que la energía derivada de los combustibles fósiles representa aún hoy el 80% del consumo de energía a nivel mundial, lo que marca un ligero incremento desde los niveles previos a 1995, es decir, antes de que se pusiera en marcha el comercio de derechos de emisión.

Las políticas de tope y compraventa no disciplinan al capital: lo consienten. Casi no tienen efectos cuando se trata de forzar una ruptura real con la dependencia del combustible fósil. De hecho, al brindarles una salida fácil a las empresas que más emiten, representan un obstáculo a las medidas más amplias que persiguen la neutralidad de carbono y que son las que en verdad necesitamos. En vez de emprender las grandes y riesgosas inversiones necesarias para abandonar de una vez por todas las tecnologías contaminantes, las empresas tienen la posibilidad de comprar los créditos baratos de otros países, con lo que aplazan el objetivo de construir un futuro libre de carbono.

Pero a medida que los topes empiecen a ser más estrechos, ¿no subirá el precio de los créditos de carbono a tal punto que forzará soluciones más permanentes? Eso se supone. Aunque hace más de una década, luego del Protocolo de Kioto, las empresas que hacen un uso intensivo de energía, con la colaboración de sus gobiernos, se las arreglan para mantener el precio de los créditos de carbono artificialmente bajo. Lo cierto es que son muchas veces más baratos de lo que

deberían si realmente fuesen a incentivar la inversión en tecnología verde.

Cada año, en el mercado mundial se importa un flujo constante de créditos de compensación a través de los mecanismos estipulados en el Protocolo de Kioto. En los países que atraviesan procesos de industrialización rápida, como China, las nuevas plantas hidroeléctricas y otra infraestructura supuestamente no contaminante —que tal vez logra sortear las instancias burocráticas de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, pero aun así conlleva nocivos efectos a nivel local— garantizan una provisión regular de créditos de carbono que compran las grandes empresas del Norte Global.

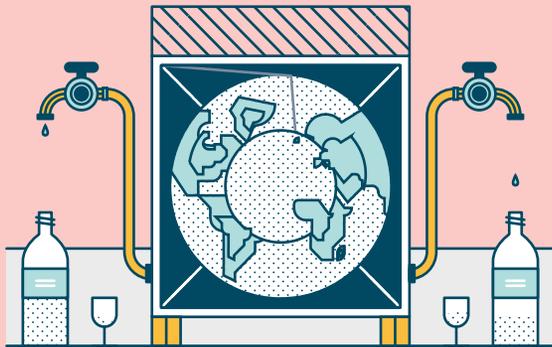
Aun si los precios de los créditos de carbono fuesen a subir (lo que parece poco probable, dada la reacción hostil de países como Estados Unidos y Canadá frente a la posibilidad de topes más estrictos), sabemos que muchas empresas ricas minimizaron riesgos mediante la acumulación de créditos durante los años de auge posteriores al Protocolo de Kioto. Es probable entonces que tenga que pasar mucho tiempo antes de que el aumento de precios lleve a nuevas inversiones en tecnología.

Las políticas de tope y compraventa no nos salvarán. No son suficientes. Necesitamos generar una alternativa política capaz de forzar una ruptura definitiva con la extracción de combustibles fósiles. Eso implica ejercer suficiente poder sobre el capital como para obligarlo a renunciar a sus ganancias. Dejemos el petróleo bajo tierra y destruyamos y reemplacemos toda la infraestructura dependiente del carbono.

Así estamos

2008 Enormes pedazos de hielo se separan del glaciar Petermann de Groenlandia y se producen considerables desprendimientos de hielo en la Antártida.

2010 El verano europeo comienza 10 días antes de lo esperado. La temperatura durante los días más calientes —que alcanza límites potencialmente letales— llega a representar el 500% de los niveles preindustriales.



2016 Los incendios en Fort McMurray (Alberta, Canadá) queman 590 000 hectáreas, destruyen casi 2400 edificios y hogares y causan daños por un costo de alrededor de 9000 millones de dólares. Los incendios llevan a la evacuación más cara de la historia del país.

El gobierno fijiano empieza a reubicar 64 poblados debido al efecto del aumento del nivel del mar. Otros 830 poblados son considerados de alto riesgo y es probable que también sean reubicados.

La ciudad de Shishmaref en Alaska realiza un plebiscito sobre la cuestión del aumento del nivel del mar. Los habitantes definen la reubicación. Las inundaciones en China matan a más de 833 personas, destruyen cerca de 400 000 hogares y fuerzan al desplazamiento a más 6 millones de personas.

2006 Los glaciares del Tuni Condoriri, que proveen agua a las ciudades de El Alto y La Paz en Bolivia, pierden el 39% de su superficie tomando como punto de comparación las medidas realizadas en 1983. Es decir, se encogen a un ritmo de 0,24 km² por año.



2015 India experimenta la peor ola de calor de su historia. 2300 personas mueren.

36 millones de personas en Sudáfrica y África Oriental pasan hambre debido a las malas cosechas que generan el calor extremo y el bajo nivel de precipitaciones.

Etiopía enfrenta la peor sequía de su historia reciente.



Lo que necesitamos

2020  20% DE ENERGÍA RENOVABLE

La emisión de gases de efecto invernadero alcanza su punto máximo.

2025  50% DE ENERGÍA RENOVABLE

Se construye nueva infraestructura de carbono cero o negativo.

2030  80% DE ENERGÍA RENOVABLE

Se implementan tecnologías de captura de dióxido de carbono en distintas escalas para mantener la concentración atmosférica de CO₂ en 430 ppm.

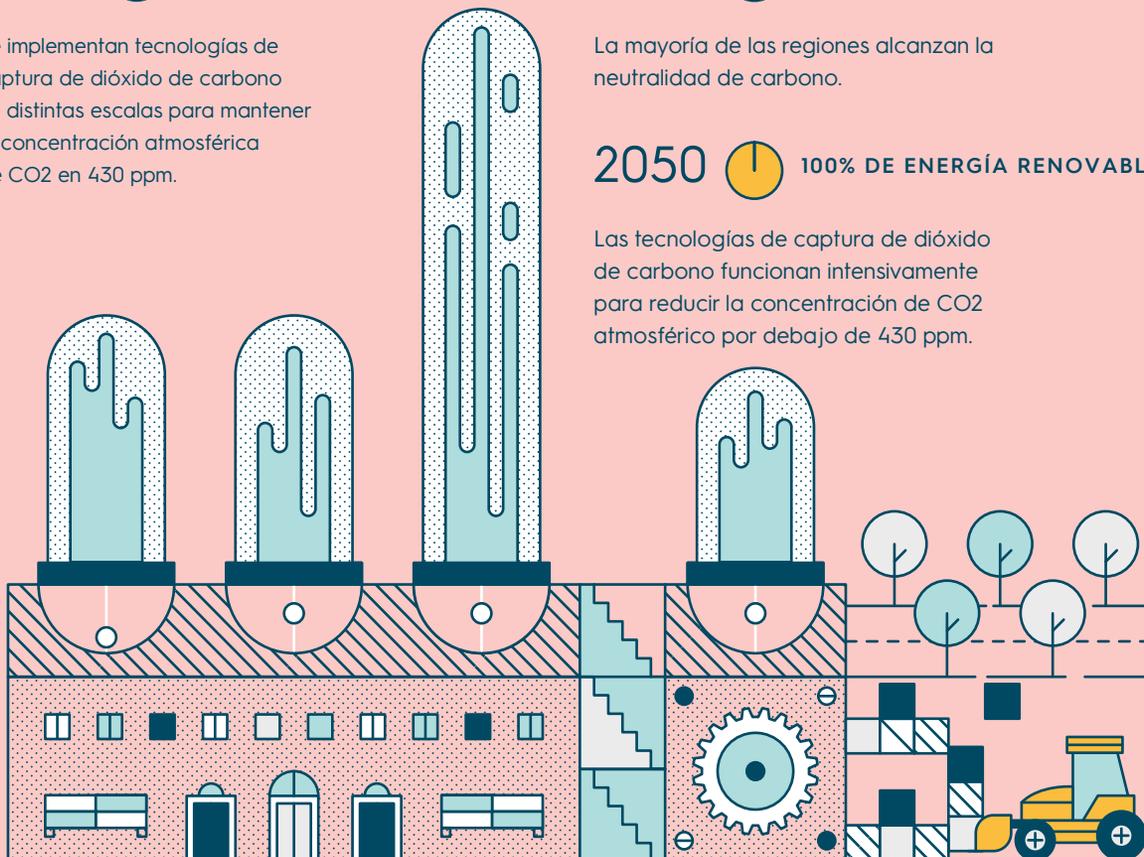


2040  95% DE ENERGÍA RENOVABLE

La mayoría de las regiones alcanzan la neutralidad de carbono.

2050  100% DE ENERGÍA RENOVABLE

Las tecnologías de captura de dióxido de carbono funcionan intensivamente para reducir la concentración de CO₂ atmosférico por debajo de 430 ppm.



Si fracasamos

2040

Los glaciares de los Andes, el Himalaya, Nueva Zelanda y los Alpes del Sur pierden una masa considerable.

2050

La ralentización de la corriente en chorro —y su consecuente dispersión— causa enormes daños en los países

del hemisferio norte, donde el frío extremo y los fenómenos climáticos invernales se intensifican.

2060

La muerte de un gran número de arrecifes de coral a causa del blanqueamiento vuelve imposible o amenaza gravemente

la vida de 500 millones de personas en todo el mundo, además de bienes y servicios por un valor equivalente a 375 000 millones de dólares por año.

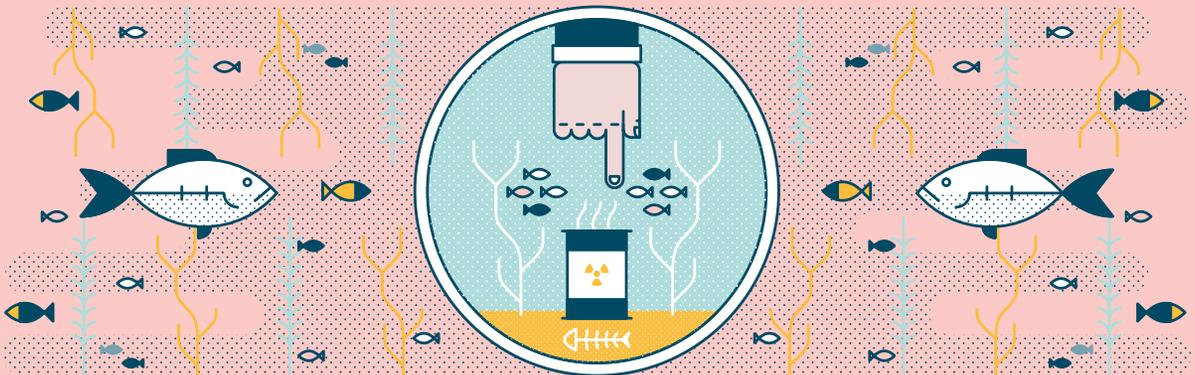
2070

Las cosechas de maíz en África caen a la mitad comparadas con los niveles de 2000.

Se generan grandes sequías estacionales en grandes áreas. Los flujos de los ríos disminuyen a en todo el mundo casi a un tercio de sus niveles actuales.

Las cosechas de maíz en el Medio Oeste de los Estados Unidos cae un tercio comparada con los niveles de 2000.

La cantidad de días de calor extremo, que ya supera en un 1000% los niveles preindustriales, se duplica de nuevo.



2080

El colapso de los glaciares alcanza niveles extremos.

Se generalizan los veranos sin hielo en el Ártico.

2100

El verano europeo empieza a llegar en marzo, aproximadamente 20 días antes que en la época preindustrial.

Gran parte del sur de Asia Occidental —incluyendo casi todo el Golfo Pérsico y sus radiantes megaciudades— se vuelve inhabitable sin acondicionar el aire permanentemente.

El verano ártico carece completamente de hielo.



Si fracasamos

¿Qué sucede si no logramos prevenir la catástrofe que producirá el cambio climático? Las ciudades costeras serán las primeras en irse...

Con frecuencia, imaginamos la crisis climática como un colapso simultáneo, repentino y universal en el marco del cual la agricultura se vuelve imposible, los océanos inundan la tierra, las enfermedades se propagan y la civilización humana se precipita en una guerra hobbesiana de todos contra todos. Pero, en realidad, algunas crisis se manifestarán rápidamente y otras tardarán mucho. Y, si actuamos de manera veloz y resuelta, todavía es posible evitar algunas.

Hacia dónde nos dirigimos

Es probable que, en el corto plazo, tal vez en los años 2030, el problema principal al que nos enfrentemos sea una nueva crisis urbana de desinversión, abandono y despoblación que obedecerá a motivos climáticos, más específicamente al aumento del nivel de los mares y a las inundaciones provocadas por las grandes tormentas que deteriorarán la infraestructura urbana. A medida que suban las aguas y las inundaciones se vuelvan más graves y frecuentes, las zonas que alguna vez fueron sede de lujosos barrios costeros se convertirán en nuevos guetos.

Al mismo tiempo, las consecuencias de esta crisis urbana impactarán en otras áreas de la economía mundial. El colapso de los mercados inmobiliarios costeros podría disparar crisis más generales en los mercados financieros y la pérdida de los vínculos comunicacionales y de transporte de las ciudades más grandes podría afectar la economía real. Tal como presagia la pandemia de COVID-19, no es para nada imposible imaginar una depresión económica que se origina en los problemas que suscita el cambio climático.

Aun si le ponemos fin drásticamente a la emisión de gases que causan el efecto invernadero y eliminamos el CO₂ de la atmósfera hasta estabilizar los incrementos de temperatura en menos de 2°C por encima del punto de referencia de 1990, no seremos capaces de deshacernos del considerable aumento del nivel de los mares. El derretimiento de las capas de hielo de Groenlandia y de la región antártica, la pérdida de los glaciares de montaña y la expansión del volumen de agua de los océanos debido al aumento de la temperatura son los factores que impulsan el crecimiento del nivel de los mares.



En la costa este de Estados Unidos, el nivel del mar crece de tres a cuatro veces más rápido que el promedio mundial, que ya progresa a un ritmo acelerado. En 1993, el ritmo promedio de aumento del nivel de los mares era de 2,2 milímetros por año. En 2014 llegó a 3,3 milímetros por año. En 2100, el promedio mundial del nivel de los mares podría llegar a ser de 2 a 2,7 metros más alto. Según la agencia estadounidense para la Evaluación Nacional del Clima, desde 1900 el nivel del mar en la costa este creció alrededor de 30 centímetros.

Suele invocarse este informe para advertir que se corre el riesgo de que ciudades enteras queden sumergidas bajo el agua. Mientras tanto, el crecimiento de los océanos está reestructurando lenta pero constantemente el valor de las propiedades, los paisajes urbanos y la dinámica de las ciudades.

La amenaza real no es tanto el incremento lento y constante del nivel promedio de los mares, sino más bien las graves inundaciones causadas por las marejadas ciclónicas. Debe decirse que estas inundaciones afectan toda la infraestructura de las ciudades, no solo la que se encuentra en los bordes. Durante el huracán Sandy, la marejada que golpeó la parte baja de Manhattan sobrepasó por 2,8 metros a la típica marea alta.

Cuando se daña la infraestructura, hasta las propiedades que salen indemnes pierden valor, dado que dependen de los sistemas eléctricos, de transporte y de distribución de agua.

La sucesión rápida de unas cuantas inundaciones podría iniciar procesos combinados de deterioro físico y socioeconómico. Cuando queden en evidencia el tiempo y los enormes gastos necesarios para reparar el daño de las líneas subterráneas de distribución de

electricidad y telecomunicaciones, las vías de metros y ferrocarriles, los sistemas de tratamiento de agua potable y residual y las centrales eléctricas, el pánico de los dueños de las propiedades precipitará las ventas.

Cuando quede claro que no se construyeron a tiempo rompeolas y que la infraestructura esencial está colapsando, es probable que el valor de las propiedades desencadene el terror financiero generalizado.

Si fuésemos capaces de desarrollar una planificación adecuada, no es difícil imaginar formas para lidiar con estos problemas. Pero si la negación actual se prolonga hasta el punto en que los mercados sean tomados por sorpresa, el espanto de los propietarios ocasionará sin duda graves pérdidas financieras.

El Departamento de Finanzas de la Ciudad de Nueva York estimó recientemente que el total del valor catastral de las propiedades de la ciudad en 2017 era de más de 1 billón de dólares. Es mucho dinero y es más del que se necesita para desencadenar problemas más generales en los mercados financieros.

El colapso del valor de las propiedades implica el colapso de la base imponible, lo que significa que el gobierno local estará en apuros a la hora de embarcarse en costosas reparaciones de infraestructura. Y lo cierto es que el valor de las propiedades depende de la infraestructura considerada como un todo.

El huracán Katrina que, como es sabido, golpeó Nueva Orleans en 2005, y al que le siguió rápidamente el huracán Rita, brinda una pista de lo que cabe esperar.

Considerando tanto los daños directos como indirectos, el profesor Bernard Weinstein de la Universidad del Norte de Texas calculó que el costo de

ambas tormentas fue de 250 000 millones de dólares. Weinstein encontró: 113 plataformas petrolíferas y gasíferas destruidas, 457 oleoductos y gaseoductos dañados y un derrame de petróleo de magnitudes equivalentes a las del desastre del Exxon Valdez. El huracán Katrina arrasó con casi la mitad de los gravámenes inmobiliarios, arruinó prácticamente toda la cosecha de azúcar y causó estragos en la industria del ostión. Las compañías de seguros desembolsaron 80 000 millones de dólares.

Más impactante todavía es el hecho de que el huracán Katrina mató a 1836 personas a lo largo del golfo, la mayoría de las cuales eran ancianos que quedaron atrapados en sus hogares o fueron abandonados en los asilos.

En parte, olvidamos la magnitud de los daños porque las industrias inmobiliarias y del entretenimiento en Nueva Orleans se comprometieron en el proceso de reconstrucción con una mezcla de entusiasmo y negación. Después de todo, les alegraba comprobar que las consecuencias más graves de la tormenta afectaron a barrios de negros pobres como el Noveno Distrito.

Y, sin embargo, tuvimos suerte. Un porcentaje inusualmente elevado de huracanes se está perdiendo en el mar. No deja de ser irónico lo que sugieren las investigaciones recientes de James P. Kossin: es probable que sea un efecto de corto plazo del calentamiento global. De la misma manera en que el calentamiento de la superficie del mar genera más huracanes, el calentamiento de las masas de tierra genera cizalladuras verticales más vigorosas, que bloquean el arribo de los primeros. Dicho esto, este patrón protector natural no es perfecto, algunas tormentas efectivamente llegan a tierra y es probable que el comportamiento de las cizalladuras que bloquean los

A medida que suban las aguas y las inundaciones se vuelvan más graves y frecuentes, las zonas que alguna vez fueron sede de lujosos barrios costeros se convertirán en nuevos guetos.

Es posible imaginar el surgimiento de movimientos sociales de izquierda en las zonas costeras que quedarán en ruinas, aunque también el de movimientos milenaristas reaccionarios.

huracanes cambie a medida que se transformen otros elementos del sistema climático.

En cualquier caso, si se considera el ritmo creciente del nivel de los mares, el futuro cercano promete más megatormentas que inundarán las ciudades.

Distopías climáticas

Eventualmente, las ciudades que no hayan construido barreras de contención frente al mar con suficiente premura y de una altura conveniente sufrirán las consecuencias. Inundadas por tormentas que llegarán en una sucesión sin pausa, algunas ciudades terminarán en bancarota y les será imposible reconstruir su infraestructura: comenzarán un proceso de podredumbre real y metafórica. A medida que se deterioren los servicios públicos, lo hará también el valor de las propiedades, con lo cual se generará un círculo de retroalimentación. El paisaje putrefacto y mohoso será el síntoma visual de la espiral política y económica que generarán el encogimiento de la base imponible, la desinversión y el abandono.

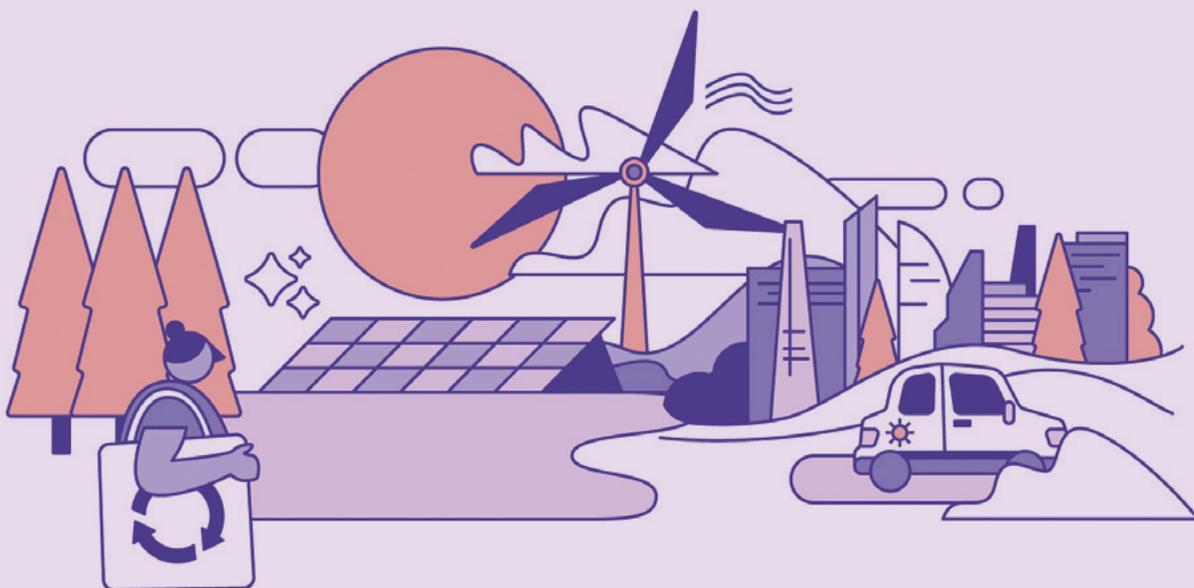
Finalmente, aquellos que puedan hacerlo, dejarán la costa. Pero, ¿qué sucederá en Dacca, Lagos, Karachi o Río? Todas megaciudades situadas en terrenos llanos,

cercanos al nivel del mar, en países que se encuentran en crisis y que son famosos por su corrupción y su falta de planificación. Debe asumirse que, a medida que los impactos futuros del cambio climático empiecen a ser obvios, muchas personas se desplazarán tierra adentro o intentarán mudarse al extranjero.

La geografía del capitalismo global descansa de manera desproporcionada en las ciudades costeras que funcionan como centros de comercio, investigación, transporte y educación. Son los nodos que conectan la economía mundial.

Una buena parte de la producción industrial y del sistema de suministro de alimentos a nivel mundial, por ejemplo, depende no solo de lo que sucede en las fábricas y en el campo, sino también del pequeño número de cuellos de botella que dibuja la infraestructura situada a lo largo de las cadenas de suministro internacionales en puertos, aeropuertos, rutas terrestres esenciales y estrechos muy delicados en términos políticos, como el de Panamá y el de Suez.

Un estudio reciente del laboratorio de ideas Chatham House descubrió que el 55% del comercio global de granos pasa a través de uno de los catorce «embudos» existentes, todos los cuales son vulnerables a condi-



ciones climáticas extremas como las inundaciones, el aumento del nivel de los mares y los conflictos militares y políticos que todo esto conlleva.

Si se bloquean varios embudos a la vez, el flujo mundial de alimentos se verá amenazado. Chatham House descubrió que cerca del 20% de la exportación mundial de trigo pasa a través de los Estrechos Turcos. De manera similar, más del 25% de la exportación mundial de soja pasa a través del Estrecho de Malaca, que se sitúa entre la costa occidental de la península malaya y la isla indonesia de Sumatra.

El mundo pudo percibir de qué manera una inundación local es capaz de afectar las cadenas de suministro mundiales en 2011, cuando una inundación en Tailandia sumergió una buena parte de Bangkok y quedaron bajo el agua más de 1000 instalaciones industriales que fabrican desde autos y cámaras hasta discos duros. La Oficina de las Naciones Unidas para la Reducción del Riesgo de Desastres estima que las inundaciones tailandesas redujeron la producción industrial mundial en un 2,5%. Las tres empresas de seguros más importantes del mundo desembolsaron 5300 millones de dólares para satisfacer los reclamos.

A medida que las ciudades costeras se deslicen a la ruina y aquellos que puedan migrar lo hagan, se incrementarán la desigualdad y la corrupción. Quienes se queden atrás pasarán hambre y no tendrán ningún interés en mantener un orden social que los deja desamparados en una zona de sacrificio. ¿Quiénes serán los últimos en salir? Si la historia nos brinda alguna respuesta, es probable que sean los más pobres de los pobres, los refugiados del cambio climático, que hurgarán en la basura y ocuparán viviendas en las ciudades muertas. Es posible imaginar el surgimiento de movimientos sociales de izquierda en estas zonas, aunque también el de movimientos milenaristas reaccionarios, o simplemente la propagación de una criminalidad apolítica. Cualquiera de estos movimientos —o todos a la vez— enfrentarán, en lugar del cambio social radical, respuestas represivas estatales y paramilitares que incluirán puestos de control, patrullas especiales y una constante vigilancia derechista y racista.

Vimos un adelanto de estos patrones en la costa del golfo de Estados Unidos luego del huracán Katrina. Cuando los gobiernos locales le ofrecieron ayuda a Nueva Orleans, la mayor parte de esta ayuda tomó la forma de escuadrones policiales armados hasta los dientes. En parte, esto fue así porque, luego de casi

cincuenta años de «ley y orden» financiados por el gobierno federal, la mayoría de las ciudades y de los condados cuenta con un excedente de capacidad represiva y carece prácticamente de cualquier organización de defensa civil orientada a las catástrofes climáticas.

El estado de emergencia permanente en las zonas costeras más húmedas y fangosas podría convertirse en la norma. Por lo tanto, el incremento del nivel del agua que genera el cambio climático amenaza con erosionar, no solo las playas, sino también las libertades civiles.

Las migraciones masivas y las reacciones racistas que se les oponen deben considerarse como un sello distintivo de esta fase temprana de la crisis climática. Para los años 2030 y 2040, muchas más personas estarán en tránsito. Los demagogos de derecha, desde Arizona hasta la Costa de Marfil y desde Birmania hasta París, descargan su furia contra los forasteros. Sucede demasiado a menudo que estos demagogos logran montarse en olas de odio y rabia hasta llegar al poder, desde donde dirigen la represión estatal contra los inmigrantes y otra gente pobre.

Entonces, así como las sequías, el neoliberalismo y el militarismo producen crisis, guerras y una multitud de refugiados en el Sur global, mientras que en el

Norte producen el endurecimiento estatal autoritario, oportunista y reaccionario.

¿Cuál es el peor escenario?

En el frente agrícola, son las cosechas arruinadas y la hambruna las que vienen a la mente cuando imaginamos el desastre futuro. Por ejemplo, la agricultura de Estados Unidos y de Canadá, en general mecanizada y subsidiada y con una fuerte dependencia de la industria petroquímica, probablemente se adapte y sea capaz de desplazarse hacia el norte durante mucho tiempo. También funcionan en la actualidad formas capital intensivas de piscicultura en ambientes cerrados y de agricultura en espacios protegidos contra el clima. Las aves de corral y los cerdos se crían principalmente en interiores.

No obstante, la agricultura sufrirá fuertes perturbaciones. En palabras de la agencia para la Evaluación Nacional de Clima:

Mientras que algunas regiones del mundo y algunos tipos de producción agrícola serán capaces de resistir al cambio climático por lo menos durante los próximos 25 años, otros sufrirán cada vez más las presiones que ocasionarán el calor extremo, las se-



quías, las enfermedades y los fuertes diluvios. Se estima que el cambio climático tendrá mayor impacto negativo en las cosechas y en la ganadería mundial a partir de mediados del siglo. Esta tendencia podría afectar el abastecimiento de alimentos.

En la actualidad, en muchos países del Sur global en los que el Estado es menos robusto y la subsistencia de muchas personas depende directamente de la ganadería y de la agricultura, las perturbaciones que ocasiona el cambio climático se hacen sentir con intensidad y violencia. Entre junio de 2010 y junio de 2011, por ejemplo, el precio mundial de los granos casi se duplicó, lo que desencadenó protestas en distintas ciudades, desde Biskek, en Kirguistán, hasta Nairobi, en Kenia.

A largo plazo, el peor escenario, si quemamos todo el combustible fósil posible, es una Tierra transformada en una roca sin vida, envuelta en vapores tóxicos y sofocantes. Este escenario, que James Hansen —el científico del clima más famoso de Estados Unidos— bautizó como «el síndrome de Venus», se cumplirá si el calentamiento global empeora luego de ingresar en una serie de círculos de retroalimentación en los cuales los síntomas intensifican las causas.

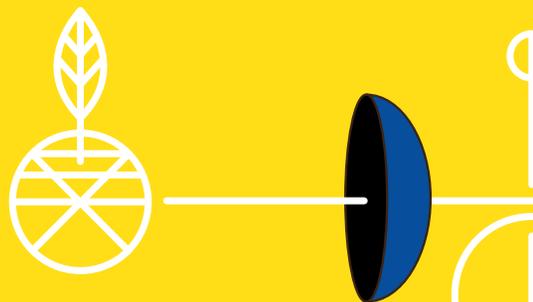
Por ejemplo, si la Tierra se calienta lo suficiente debido a la contaminación humana con gases que contribuyen al efecto invernadero, el permafrost ártico se derretirá. Cuando el permafrost se derrita, liberará depósitos naturales de metano que en la actualidad descansan bajo una pesada capa de hielo. El metano es uno de los más poderosos gases de efecto invernadero que atrapan calor. Por lo tanto, la liberación de metano causará todavía más calentamiento, más derretimientos, etc.

En el escenario de Hansen, este proceso de descomposición que se retroalimenta puede llevar a varios miles de años de calentamiento continuo, durante los cuales los océanos se evaporarán, toda la vida desaparecerá y la Tierra quedará envuelta en una atmósfera supercaliente como la de Venus.

Nuestra misión como especie no es retirarnos de eso que sería la «naturaleza», ni tampoco preservarla, sino más bien convertirnos en constructores completamente conscientes del medioambiente. La tecnología más avanzada bajo propiedad pública debe ser un eje fundamental en cualquier proyecto socialista de rescate civilizatorio. En el caso contrario, la civilización no sobrevivirá. ●



Las migraciones masivas y las reacciones racistas que se les oponen deben considerarse como un sello distintivo de esta fase temprana de la crisis climática.



UNO SE DIVIDE EN DOS

Los gobiernos progresistas y los movimientos antiextractivistas se enfrentaron con frecuencia en las décadas recientes. En Ecuador el conflicto asumió tal magnitud que se convirtió en la contradicción central. Y el resultado fue desastroso.





Después de una intensa temporada de campaña, la primera vuelta de las elecciones presidenciales de Ecuador se llevó a cabo el 7 de febrero de 2021. Ningún candidato obtuvo los votos suficientes para evitar una segunda vuelta. Más sorprendente fue que, en el recuento de votos inicial, parecía que dos izquierdistas se enfrentarían en la segunda vuelta: Andrés Arauz (Unión por la Esperanza), economista y exministro del gobierno de Rafael Correa, contra Yaku Pérez (Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik), activista contra la minería y expresidente de la federación indígena de la sierra, ECUARUNARI.

Los candidatos presentaron dos perspectivas de cambio distintas: Arauz hizo campaña con un programa posneoliberal de profundización del proyecto de «socialismo del siglo XXI» de Rafael Correa, aunque actualizado para enfrentar el momento de la pandemia y la grave crisis económica; Pérez, en cambio, hizo campaña con una plataforma antiextractivista que, aunque limitada en algunos de sus detalles, incluía una clara oposición al desarrollo minero y petrolero y una afirmación de los derechos indígenas, la plurinacionalidad y el buen vivir.

Sin embargo, una vez finalizado el conteo de votos, resultó que Arauz no competiría contra Pérez, sino contra Guillermo Lasso, un banquero millonario de derecha que se postulaba para presidente por tercera vez. Esta coyuntura le planteó serios dilemas estratégicos al movimiento indígena. Los integrantes de la federación de nacionalidades indígenas, la CONAIE, finalmente se decidieron por un «voto nulo ideológico»: no votarían por ninguno de los candidatos dado que sentían que ninguno de los dos representaba sus preferencias políticas. Este voto nulo (17,88%) combinado con unos niveles inusualmente altos de abstención (15,7%, lo que refleja un profundo desencanto a nivel popular) y el exitoso despliegue de los tropos de la derecha que hizo Lasso resultaron en la derrota del progresismo.

Ya corrió mucha tinta sobre el análisis de las «responsabilidades». Sin embargo, esta coyuntura contradictoria plantea dilemas políticos que no se dejan pensar en términos de culpables o inocentes, sino que adoptan la forma de un interrogante: ¿por qué el populismo de izquierda y el antiextractivismo llegaron a ser fuerzas políticas que se oponen la una a la otra? Responder a esta pregunta requiere analizar los dilemas y las limitaciones a los que se enfrentó la izquierda en

el poder durante las décadas progresistas, pero también aquellos a los que se enfrentan los movimientos que exigen que los presidentes progresistas cumplan sus promesas de transformación profunda.

¿La soberanía de quién?

En Ecuador, una larga historia de movilizaciones populares en torno al eje de la nacionalización, fundada no solo en la militancia de los trabajadores petroleros, sino también en los movimientos indígenas —que llegaron a rechazar en muchos casos el extractivismo *tout court*— terminaron por definir a los recursos naturales como una propiedad colectiva del pueblo soberano. Aquí, soberanía significa lo opuesto a dependencia, una condición que tiene aspectos a la vez locales (la desarticulación de ciertos enclaves de la economía nacional), nacionales (la alianza política entre las élites domésticas y los inversores extranjeros), regionales (competencia económica con países vecinos) y globales (el rol del capital internacional y la vulnerabilidad de los precios de las *commodities*).

Sin embargo, es precisamente la dependencia de las exportaciones de materias primas la que volvió históricamente esquivo el objetivo de la soberanía. Esta forma de dependencia económica implica nuevas formas de sometimiento —recientemente frente a una China en ascenso—, que exponen a Ecuador a los ciclos de auge y decadencia característicos de los mercados de *commodities* y a la competencia interestatal con los países vecinos.

A lo largo de la época progresista, Ecuador y otros gobiernos aliados aplicaron importantes innovaciones en el modelo de contrato de concesiones mineras y petrolíferas que incrementaron la recaudación estatal. Sin embargo, las nacionalizaciones clásicas, que recurren a expropiaciones completas, tuvieron un alcance muy limitado comparado con períodos anteriores: predominaron los mecanismos de venta forzada de activos, participación mayoritaria en los paquetes accionarios y la creación de empresas mixtas. En este sentido, las empresas extranjeras siguieron teniendo una influencia significativa sobre el proceso extrac-

tivo, sobre los territorios en los que se desarrolla y hasta sobre las instituciones estatales supuestamente encargadas de hacer cumplir las regulaciones.

También debe decirse que, lo mismo en Ecuador que en otros países, es en los sectores extractivos en donde se observan las continuidades más claras entre las políticas neoliberales y ciertas reformas posneoliberales. Más importante aún es notar que si la variante de desarrollismo de mediados del siglo pasado apuntaba a la industrialización rápida —mediante la que se buscaba reducir progresivamente la porción de la economía dedicada a la extracción y ascender en la ladera de la sofisticación económica—, el «neodesarrollismo» progresista hizo las paces con los mercados de trabajo dominados por el sector de servicios y priorizó la extracción por sobre la manufactura.

Uno de los dilemas centrales que subyace a la soberanía nacional y a los recursos naturales parece expresarse en una pregunta sin respuesta: ¿quiénes conforman «la nación» que supuestamente es dueña de la riqueza que proviene de los recursos naturales? En Ecuador, esta «nación» fue articulada por primera vez en la década de 1970 luego del intento que hizo un gobierno militar de reivindicar el control estatal sobre sector petrolero. En los años 90, estos reclamos surgieron desde abajo en una coalición

¿Por qué el populismo de izquierda y el antiextractivismo llegaron a ser fuerzas políticas que se oponen la una a la otra?

de sectores rebeldes que reivindicaban la soberanía popular sobre los recursos del subsuelo. Luego de décadas de conflicto con el Estado y con las empresas extractivas, los grupos indígenas llegaron a definirse a sí mismos como «naciones» y «pueblos» que reclamaban legítimamente la soberanía y la autodeterminación territorial.

Estos reclamos fueron apuntalados inicialmente por Correa mediante la difusión de la Constitución de 2008, que definía a Ecuador como un Estado plurinacional y estipulaba toda una serie de nuevos derechos colectivos para las comunidades indígenas, afroecuatorianas y montubianas. Sin embargo, una vez que la izquierda llegó al poder, la coalición de base de orientación antineoliberal —en cuya coordinación

las federaciones indígenas nacionales y regionales habían jugado un rol vital y que apoyaba al gobierno de Correa— rápidamente empezó a perder su fuerza de oposición y su unidad organizativa.

En los años siguientes, la persecución de Correa hacia los manifestantes antiextractivistas exacerbó la fragmentación existente del «bloque social de los oprimidos» que había sido la punta de lanza de las protestas antineoliberales. La «nación» a la que Correa seguía convocando —articulada por primera vez por la coalición de sectores populares que lo llevó al poder— estaba perdiendo el vínculo con sus condiciones de existencia históricas: reuniones, asambleas, protestas y el repertorio discursivo común que se tejía a través de estas acciones. La «nación» se había convertido en el recurso ideológico de un populismo izquierdista desde arriba, cuya subsistencia dependía exclusivamente de las *commodities* en lugar de sustentarse en una subjetividad colectiva mediada de forma ecuánime.

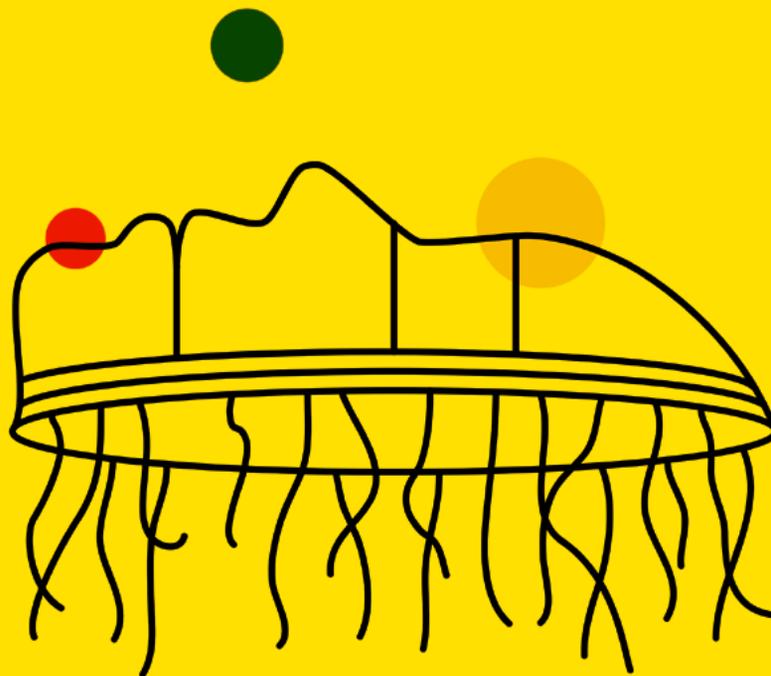
La izquierda en el poder

Uno de los dilemas centrales del gobierno de Correa fue que su dependencia de la renta de las materias primas entró en conflicto con sus objetivos de igualdad social. En tiempos de auge, la renta permite garantizar beneficios materiales a los menos pudientes, precisamente porque se puede prescindir en ese caso de la redistribución del ingreso, por no mencionar las expropiaciones. Haciéndose eco de los acuerdos de la socialdemocracia de los Estados capitalistas más importantes durante la época de posguerra —posibilitados a su vez por la abundancia de energía barata—, el crecimiento basado en la exportación de *commodities* parece ser un juego de suma positiva: los gobiernos pueden aumentar los ingresos de los más pobres sin reducir la riqueza de los ricos, con lo que garantizan el apoyo político de los primeros sin provocar la reacción de los últimos.

Además, el «Estado compensatorio» ayuda a mitigar el conflicto social que suscita el extractivismo: para un gobierno de izquierda democráticamente electo no es viable responder a la resistencia antiextractiva solo mediante la represión. De aquí las innovaciones contractuales y las reformas legislativas que canalizan parte de la renta de los recursos naturales a las comunidades directamente afectadas.



La «nación» se había convertido en el recurso ideológico de un populismo izquierdista desde arriba, cuya subsistencia dependía exclusivamente de las commodities.



Con todo, los volátiles patrones de gasto estatal terminan respondiendo en términos generales a los ciclos de auge y decadencia de las *commodities*. Para los Estados cuya base fiscal depende de la renta de las materias primas, las condiciones del mercado mundial representan un límite importante al presupuesto, especialmente si tienen bajas tasas de tributación nacional. Y los precios del petróleo son un límite especialmente apremiante para Ecuador, que es «tomador de precios» y que, además, utiliza el dólar estadounidense como moneda y por lo tanto carece de la herramienta que podría ofrecerle una política monetaria expansiva.

Debe subrayarse que, contra las descripciones convencionales de los «Estados rentistas», los ciclos de precios no bastan para explicar el contenido ni las metas del gasto. Las formas específicas de gasto estatal que adoptó el gobierno de Correa —programas de transferencias de efectivo mensuales, servicios de salud y educación, infraestructura pública e inversiones dirigidas en las comunidades directamente afectadas por los proyectos de minería y petróleo— estuvieron influenciadas por trayectorias más largas de desarrollo estatal y conflicto social, y moduladas por una com-

presión particular del posneoliberalismo que circulaba entre los actores estatales.

En un Estado definido históricamente por la desigualdad territorial, la nueva infraestructura pública facilitó tanto la incorporación política como la integración de mercados, lo que sirvió como una potente demostración de presencia estatal (reforzada a su vez por las cartelería que acompañaba cada proyecto de obra pública, que anunciaba la «Revolución Ciudadana» y declaraba con precisión el monto invertido). El hecho de que los actores estatales en Ecuador tendieron a definir al neoliberalismo como ausencia del Estado y, en consecuencia, al posneoliberalismo como un Estado presente, fortaleció esta forma visible de intervención pública en la vida socioeconómica.

En efecto, al desafiar los estereotipos del Estado rentista, durante el auge de las *commodities* el gobierno de Correa hizo progresos importantes en la expansión directa de la tributación y adoptó una política fiscal más progresiva, que aplicó nuevos impuestos sobre las grandes propiedades y las exportaciones de capital. El gasto, sin embargo, superó tanto a la renta como a los nuevos impuestos, y Ecuador se

endeudó cada vez más con China y con los bancos de desarrollo regionales. Además, la dependencia de la renta de las materias primas —tanto en el caso de la redistribución como en el del gasto dirigido hacia las comunidades afectadas por la extracción— solo reforzó el imperativo extractivista que, como argumenta Eduardo Gudynas, en el mismo movimiento «crea nuevos impactos sociales y medioambientales que a su vez requerirán nuevas compensaciones».

Cuando los militantes antiextractivistas se movilizaban contra estos impactos socioambientales, los actores estatales invocaban las políticas de redistribución y de compensación para legitimar la expansión de la frontera extractiva. La tendencia a incrementar el gasto social —muchas veces para compensar los daños— evidencia el carácter provisional que tiene todo «acuerdo político» en las economías extractivas y la existencia de una dinámica ideológicamente mediada que se retroalimenta en un circuito que abarca la amplia redistribución, la compensación localizada y el desarrollo extractivo.

En toda la región, el descenso de los precios de las *commodities* desestabilizó el equilibrio de las fuerzas de clase que les había garantizado a los gobiernos izquierdistas una módica protección frente a la reacción conservadora. Como dice Jeffrey Webber, a pesar de beneficiarse de los años de crecimiento sostenido basado en las exportaciones —años durante los cuales presidieron estos gobiernos— las élites económicas al final no fueron leales: «durante un período de caída de la rentabilidad e inestabilidad política creciente, los capitalistas volvieron al hogar natural que siempre les brindan las formaciones de vieja o nueva derecha».

Con todo, las características del modelo de acumulación y las relaciones sociedad-Estado que describimos más arriba —la incorporación popular a través de programas de bienestar y compensaciones para las comunidades directamente afectadas, ambas pagadas

con el dinero que llovía de la renta de los recursos naturales, y la fragmentación de la coalición de base que se había movilizó contra el neoliberalismo— limitaron las alternativas una vez que los ingresos se contrajeron.

Fue en el marco de este contexto regional que, en 2017, la Alianza País enfrentó las elecciones nacionales más competitivas desde la asunción de Correa, y Lenín Moreno derrotó por poco al rico banquero (ahora presidente) Guillermo Lasso en la segunda vuelta de las presidenciales. En Ecuador, como en la mayor parte del continente, la salida de la izquierda gobernante estuvo sobredeterminada.

La izquierda que resiste

Los gobiernos progresistas no monopolizaron las políticas izquierdistas durante la llamada «marea rosa». Algunas veces en colaboración, otras en conflicto con estos gobiernos, también existió otra izquierda que resistía: movimientos sociales que utilizaban medios de acción y manifestación extraparlamentarios, y

que presionaban a los partidos políticos gobernantes y a las autoridades electas para que implementaran las grandes transformaciones que habían prometido en sus plataformas de campaña, discursos de inauguración y aperturas de sesiones legislativas.

A pesar de que el fenómeno no fue exclusivo de Ecuador, fue allí donde las agresivas confrontaciones entre el gobierno nacional izquierdista y los movimientos sociales —anti-

guos aliados— alcanzaron su máxima expresión. Y luego de que el extractivismo se convirtió en el punto decisivo de esa disputa, se instauró una dinámica de polarización que hizo que las posibilidades de colaboración fuesen cada vez más escasas.

Al igual que la izquierda en el poder, la izquierda que resistía también fue sacudida por una serie de dilemas. Del mismo modo en que las conquistas de la primera estaban limitadas por las contradicciones de un

El descenso de los precios de las commodities desestabilizó el equilibrio de las fuerzas de clase que les había garantizado a los gobiernos izquierdistas una módica protección frente a la reacción conservadora

modelo económico-político, en parte heredado y en parte inventado por estos gobiernos, la otra izquierda fue afectada por las contradicciones que planteaba una crítica y una estrategia centradas en movilizar a los sectores directamente afectados en contra del desarrollo fundado en la extracción de materias primas.

Los movimientos antiextractivistas se anotaron con conquistas impresionantes: lograron detener proyectos extractivos específicos y darle una nueva forma al debate más amplio sobre la extracción de recursos naturales, lo que forzó a los actores estatales y a las empresas a responder a nuevos reclamos y reivindicaciones. Sin embargo, hasta la fecha, los activistas antiextractivistas no pudieron organizar un movimiento de masas de una magnitud y fortaleza equivalentes a las de la coalición de los sectores populares que llevó a los gobiernos izquierdistas al Estado por primera vez.

Para comprender estos logros y estos límites es necesario reflexionar sobre tres dilemas que enfrentó la izquierda en posición de resistencia: en primer lugar, los dilemas de la crítica del extractivismo; en segundo lugar, los dilemas del posextractivismo en tanto alternativa positiva; en tercer lugar, los dilemas del antiextractivismo en tanto estrategia política.

Extractivismo y discurso crítico

«Extractivismo» es el término central de un discurso crítico que recombina vetas preexistentes del pensamiento latinoamericano con discursos más recientes sobre el medioambiente y la cuestión indígena. Constituye una crítica de cierta formación social a la que denomina extractivismo y —esto es importante— incluye a la izquierda tradicional en esta formación, dado que percibe tanto en el capitalismo como en el socialismo de Estado una excesiva indiferencia por la armonía sacionatural.

La crítica le debe mucho a la teoría de la dependencia y expande la caracterización que esta hizo de las economías organizadas alrededor de la exportación de materias primas. También comparte con esta escuela de pensamiento un relato que comienza con la violencia de la colonización y rastrea sus efectos de largo plazo en los patrones de saqueo, acumulación, concentración y destrucción neocoloniales contemporáneos. Como su progenitora, el extractivismo presta

atención a la desigualdad territorial constitutiva del capitalismo global y, más específicamente, a la estructura fractal de centros y periferias, una estructura que se reproduce incesantemente a través de fronteras extractivas siempre en expansión.

En este sentido, tanto el gobierno progresista de Ecuador, con su insistencia característica en el nacionalismo que apuntaba a la soberanía sobre los recursos naturales, como el antiextractivismo se sirvieron igualmente del bagaje de la teoría de la dependencia. El primero consideraba que el subdesarrollo estaba fundado en la ausencia histórica de soberanía nacional y concluía que la extracción dirigida por el Estado era una vía hacia el desarrollo equitativo; el segundo, en cambio, se enfocaba en los males de la «superexplotación» de los recursos naturales con vistas a la exportación.

Pero el discurso crítico del extractivismo difiere de la tradición izquierdista en aspectos importantes. Los teóricos de la dependencia anticipaban vías para salir de la situación de dependencia y, al interior, se dividían entre aquellos que abogaban por vías de desarrollo nacionalistas-desarrollistas y aquellos que abogaban por vías revolucionarias. Unos tenían expectativas en una alianza entre el Estado y el capital nacional, mientras que otros esperaban terminar en el mismo movimiento tanto con la dependencia como con el capital. En contraste, el discurso del extractivismo no solo rechaza el «desarrollo» como meta, sino que considera que el modelo extractivo está profundamente encastrado en la estructura social, en la ideología y hasta en la subjetividad, a tal punto que pone en cuestión incluso la posibilidad de una transformación revolucionaria.

De acuerdo con Gudynas, los males que produce el extractivismo recorren un camino que los lleva mucho más lejos de los sitios de extracción. Para desarrollar un proyecto extractivo específico, los gobiernos deben dismantelar las protecciones laborales y medioambientales y adoptar modelos de contrato que favorecen a los inversores. Pero los «efectos de derrame» de estas reformas políticas facilitan los proyectos extractivos en general. La infraestructura de transporte que los acompaña también inicia un efecto dominó de reorganización territorial: los nuevos caminos atraen a poblaciones humanas, expanden la frontera agrícola y conllevan más deforestación.

Sin embargo, desde la perspectiva del extractivismo en tanto crítica, los efectos de derrame ideológico son todavía más profundos. Según esta interpretación, el extractivismo se convierte en un sentido común hegemónico, que Maristella Svampa define como «consenso de las *commodities*», y que estructura los parámetros de la política y funciona en un registro afectivo, cegando a los sujetos frente a la lógica del capital extractivo. Sirviéndose de una elocuente metáfora biológica, Alberto Acosta se refiere al «ADN extractivista enquistado en nuestras sociedades» y a una especie de astucia que «atrapa» con sus malvados tentáculos hasta a los críticos más radicales del capitalismo.

Pero esta crítica del extractivismo también tiene sus problemas. Tal vez el más importante es la dificultad de brindar una perspectiva posextractivista y una estrategia antiextractivista: si el extractivismo es un sistema ideológicamente cerrado y completo que dispone de una variedad de mecanismos ideológicos capaces de asegurar su reproducción y su expansión, entonces, a falta de una conmoción exógena, cualquier posibilidad de transformación resulta imposible. De aquí el problema de imaginar la forma en que podría surgir una sociedad posextractiva a partir de la sociedad extractiva actualmente existente.

También se relacionan con esto los desafíos del antiextractivismo en tanto estrategia política. Más específicamente, ¿qué sujeto político es capaz de dirigir este proceso de transformación? ¿Cuál es la composición de este sujeto? ¿Por qué medios podría dismantelar el extractivismo y organizar una sociedad posextractiva en su lugar?

Según la cronología del pensamiento antiextractivista, antes de una sociedad posextractiva debería darse un período de transición. O, al menos, una campaña coordinada para disminuir los proyectos extractivos, garantizar fuentes de ingresos estatales alternativas y remediar los daños sociales y ambientales. De embarcarse en una campaña de este tipo, se enfrentaría el obstáculo inmediato del poder disciplinario del capital: la revocación de las concesiones o la modificación de las condiciones contractuales inevitablemente llevará a las empresas extranjeras a apelar en los tribunales encargados del arbitraje entre inversores y Estados. Recientemente en Ecuador cuatro empresas



La territorialización local de la resistencia es a la vez una fortaleza y una debilidad.

petroleras apelaron a estos tribunales. El resultado fue una compensación de alrededor de 2000 millones de dólares para tres de ellas y la revocación de un fallo de 9500 millones de dólares a favor de Ecuador.

Aun dejando de lado este obstáculo, se plantea la cuestión de la compleja temporalidad de una transición posextractiva. Mientras que los militantes antiextractivistas exigen al calor de la lucha política el cese inmediato de los proyectos mineros y petroleros, algunos intelectuales aliados y especialistas en políticas públicas teorizan sobre un «decrecimiento planificado» que eliminaría gradualmente la extracción sin dejar de canalizar renta para responder a las necesidades sociales hasta que, en un primer momento, se desarrollen nuevos sectores económicos y, en un segundo momento, se consolide la capacidad de recaudación del Estado.

Estos planes deben evitar la trampa de un futuro posextractivo siempre diferido. Quiero decir que hasta los burócratas «críticos» con los que conversé invocan la imposibilidad de una transición de la noche a la mañana para justificar la expansión de la extracción. En este sentido, dice Jeffrey Weber, el incremento de la «capacidad de consumo» de los sectores populares se convirtió en un fin en sí mismo, «en vez de ser la base para rupturas estructurales más audaces con el orden existente».

Al abordar este problema, Miriam Lang distingue entre el ritmo y la dirección del cambio, y argumenta que cuando se evalúa el progreso de la creación de una sociedad posextractiva, debe priorizarse el último. Esto implicaría pensar la orientación en términos de un primer cambio desde el modelo de extractivismo «depredador» reinante hacia un extractivismo «sensible» —en el que se fortalezcan y se hagan cumplir las regulaciones socioambientales, lo que a su vez conllevará simultáneamente el incremento de las capacidades estatales y la reducción de los niveles de actividad extractiva—, al cual le seguiría una transformación hacia el extractivismo «indispensable», que es la extracción de recursos naturales mínima que se necesita para «garantizar la calidad de vida de la población en términos sustentables» y en los parámetros definidos por las cadenas de suministro regionales y nacionales.

La esquivada meta del «buen vivir»

Además de los desafíos asociados a cualquier proceso político de larga duración, la transición que pretende dejar atrás el modelo extractivo enfrenta también el dilema de articular la definición positiva de un nuevo tipo de sociedad. El *sumak kawsay* [buen vivir] apunta precisamente a eso. En los debates entre activistas y académicos acerca de los modelos alternativos de desarrollo, el *sumak kawsay* suele ser un discurso adyacente al del posextractivismo. Postula una sociedad fundada sobre un principio de armonía entre los individuos, las comunidades y la naturaleza gobernado por relaciones sociales basadas en la reciprocidad y en la solidaridad que priorizan «la reproducción de la vida» —comprendida en términos suficientemente amplios como para incluir la naturaleza no humana— y «no la del capital».

Aunque a veces se presenta en términos de «cosmovisiones» y formas de vida indígenas, moduladas por la memoria colectiva, el *sumak kawsay* es un discurso reciente que surgió a comienzos del nuevo milenio y se orienta hacia el futuro en términos de una «utopía andina y amazónica». Pero la ambigüedad del concepto enturbia la imagen utópica que se busca proponer. Esto se debe en parte a la versatilidad del término quechua *kawsay*, una palabra compuesta que data de la antigua época colonial de Perú y cuyo sentido abarca un espectro de connotaciones que van desde la existencia y la subsistencia básicas hasta la salud y el bienestar. Además, el término en sí mismo refleja los proyectos políticos distintos y hasta opuestos a los cuales estuvo vinculado.

Habitando «tierras culturales fronterizas» entre el indigenismo y la sociedad capitalista dominante, el *sumak kawsay* remite tanto a ciertos discursos establecidos sobre la sustentabilidad medioambiental y los derechos indígenas como a sus variantes más radicalizadas. En la región, los críticos del extractivismo utilizan el concepto en un registro utópico para criticar la realidad existente desde el punto de vista de un futuro deseado. Pero también aparece en el preámbulo de la Constitución de Ecuador de 2008 —y se repite en varias secciones del texto—, adorna los documentos del gobierno y constituye una especie de palabra clave en el discurso oficial. Los actores estatales utilizaron el concepto de *buen vivir* para promover



nuevas fronteras de mercantilización y acumulación —por ejemplo, el sector de bioconocimiento— y mi propia investigación demuestra que existe una discrepancia entre el uso generalizado del término en los sectores académicos y su uso mucho menos frecuente entre los activistas (que refleja, tal vez, su opinión de que el concepto fue contaminado por el uso oficial).

Además de estas ambigüedades conceptuales, las perspectivas utópicas posextractivistas del tipo del *sumak kawsay* enfrentan el dilema de la escala territorial. Sea que se ponga el eje en la agricultura sustentable, en la producción artesanal, en la gestión del agua, la tierra y otros recursos comunes o en las prácticas culturales que deberían apuntar a integrar nuevamente la vida social en la naturaleza, el punto de partida recurrente de estos discursos es la pequeña comunidad rural, con frecuencia indígena. El eje que se pone en este contexto socioespacial particular plantea al menos dos desafíos vinculados con la escala: en primer lugar, el desafío de «ampliar» su alcance desde

la comunidad local hacia órdenes de la vida social cada vez más amplios; en segundo lugar, el desafío de desplegarlo desde las zonas rurales hacia las urbanas.

El desafío comunitario

El desafío de la escala territorial está estrechamente relacionado con el tercer y último conjunto de problemas que enfrenta la izquierda que resiste, a saber, los que plantea la estrategia política, especialmente cuando se considera que el discurso antiextractivista suele estar centrado en las comunidades directamente afectadas. Estas comunidades, localizadas en las zonas inmediatas de extracción, son a la vez el sujeto colectivo y el sitio geográfico de las protestas contra el desarrollo minero y petrolero. Esta territorialización local de la resistencia es a la vez una fortaleza y una debilidad.

Por un lado, la movilización a nivel de las comunidades puede obstruir uno de los puntos nodales de

la economía política de la extracción y, al reducir la velocidad o detener por completo algunos proyectos específicos, moldear los contornos más amplios de la frontera extractiva. Por otro lado, esta forma de movilización enfrenta la dificultad de organizar una coalición de sectores populares más amplia, con capacidad de tomar el poder político y transformar el modelo de acumulación.

Los académicos observan en la región un incremento de los conflictos vinculados con los recursos naturales, especialmente en el sector minero, que actualmente está en expansión. Este conflicto toma en muchos casos la forma de una oposición local a los proyectos extractivos y/o de reivindicaciones por más compensaciones y enfrenta directamente a las comunidades afectadas contra las empresas y, en muchos casos, también contra las instituciones estatales que promueven o supervisan el proceso extractivo.

En estos casos son importantes el tipo de proyecto, la escala y la propiedad: particularmente polémicas son las empresas extranjeras que practican la minería a cielo abierto. A esto deben añadirse las regulaciones legales y las organizaciones políticas, que también influyen en la forma que adopta la resistencia. La importancia de las «comunidades directamente afectadas» es en parte el resultado de la disponibilidad de instrumentos legales y nacionales, como las consultas y los recursos de amparo (denominados «acciones de tutela» en Colombia), que apuntan a proteger los derechos humanos de su posible violación en manos de los Estados o de las empresas. Estos instrumentos reconocen a la comunidad local como sujeto de derechos particulares y brindan instancias institucionales para combatir los proyectos, sea a través de la organización de consultas locales, de la participación social en evaluaciones de impacto ambiental o de los tribunales regionales y nacionales.

Sin embargo, una estrategia antiextractiva centrada en las comunidades directamente afectadas es, por su

propia naturaleza, una estrategia limitada: la fuerza moral y legal de sus querrelas y demandas se funda en la apelación a la proximidad espacial y, con frecuencia, en derechos particulares vinculados a esta proximidad (y/o al estatus étnico). A pesar de que esta estrategia demostró ser efectiva a la hora de combatir proyectos específicos, es sorteada a gran escala dada la desigualdad territorial y fragmentaria de la extracción. Además, en ausencia de alianzas fuertes y solidaridad organizada, el aislamiento territorial de las comunidades directamente afectadas las hace vulnerables a la represión estatal.

Para pasar de una posición defensiva de resistencia a una posición ofensiva de hegemonía política, el antiextractivismo debería sumar fuerzas con una coalición más amplia de sectores populares urbanos y rurales. Esta coalición debería incluir no solo a aquellos que no son directamente afectados por la extracción, sino también a quienes se benefician de los programas sociales y de la infraestructura pública financiada por la renta de las materias primas. Se trata de una población mucho más grande que la de las comunidades que se encuentran en la primera línea y que son

las «directamente afectadas». Con todo, el que esta ampliación de escala no haya ocurrido hasta ahora no significa de ninguna manera que, bajo las condiciones adecuadas, no pueda desarrollarse en el futuro.

Unidad en la lucha

El 1° de octubre de 2019, el presidente Lenín Moreno —sucesor y antiguo aliado político de Correa— implementó una serie de medidas de austeridad que eran parte de un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Entre estas medidas se contaba la eliminación de un subsidio a la nafta y al diésel que estaba en vigencia desde hacía muchos años. Inmediatamente, una coalición que incluyó al Frente Unitario de Trabajadores (FUT) y a la CONAIE anunció una serie de protestas. Diez días después, luego de que

Para pasar de una posición defensiva de resistencia a una posición ofensiva de hegemonía política, el antiextractivismo debería sumar fuerzas con una coalición más amplia de sectores populares urbanos y rurales

movilizaciones masivas inundaron las calles de Quito, ocuparon la Asamblea Nacional y muchos campos petrolíferos —forzando al gobierno a relocalizarse temporalmente en Guayaquil— Moreno acordó una negociación con la CONAIE. Como resultado del diálogo, los manifestantes lograron su principal reivindicación: renovar la aplicación del subsidio a los combustibles, además de iniciar una investigación oficial sobre la represión estatal que tuvo como consecuencia nueve muertes, cerca de mil heridos y más de mil detenidos.

Entre los aspectos más importantes de este episodio de lucha se destaca la rearticulación de una coalición de sectores populares —movimientos de trabajadores, jóvenes e indígenas; sectores rurales y urbanos; de la sierra y del Amazonas— en donde la CONAIE jugó un rol de dirección fundamental. La similitud con los acontecimientos de mediados de los años 1990 fue impactante. Un rasgo crucial fue que esta alianza provisoria no tenía una orientación antiextractivista. En realidad, si tenía alguna orientación, parecía ser una forma de nacionalismo radical con énfasis en la soberanía sobre los recursos naturales.

¿Puede esta alianza provisoria revivir y profundizarse en el futuro? En términos superficiales, podría parecer contradictorio que el movimiento social que lucha para mantener el subsidio al gas sea el mismo que exige desde hace décadas la reducción de las emisiones de carbono y el achicamiento de los proyectos extractivos. Pero la reivindicación no apuntaba al gas en sí mismo. Lo que estaba en cuestión era un nivel de vida digno con acceso a la energía necesaria para disfrutar de los servicios básicos. Y cada vez estamos más seguros de que esa energía puede ser generada a partir de recursos renovables.

Ahora que la derecha está de vuelta en Ecuador, la izquierda debe reagruparse y recalibrar sus miras. Pero para ello no solo debe articular una visión transformadora del *buen vivir* que logre armonizar el consumo popular y la protección del medioambiente: también debe hacerlos confluir en una lucha eficaz a la hora de desplegar una movilización de masas que mueva las palancas del poder. De otra forma, en el futuro quedará solo una izquierda de la que hablar: la izquierda derrotada. ●

Ahora que la derecha está de vuelta en Ecuador, la izquierda debe reagruparse y recalibrar sus miras.

*. Este texto es un extracto de *Resource Radicals: From Petro-Nationalism to Post-Extractivism in Ecuador* (Duke, 2020).

PROMETEO Y EL AYLLU UNIVERSAL



El proyecto socialista no debería concebirse como la continuación ni el freno del progreso o la modernidad, sino como la construcción de una modernidad alternativa. Una modernidad que recoja los frutos técnicos y sociales del capitalismo pero los module en un proyecto civilizatorio diferente, de tipo ecosocialista y comunitario.

Izquierdas, modernidad y tecnología

Pensar una política ecosocialista desde América Latina nos enfrenta a un campo de tensiones difíciles de resolver. De una parte, tenemos una serie de gobiernos neodesarrollistas que propulsan agendas de compromiso de clases en un contexto de expansión económica y crecimiento capitalista. Estos gobiernos promueven el desarrollo del capital como base de su solvencia fiscal y social, con lo que profundizan el modo de inserción de la región en el mercado mundial, centrado históricamente en la extracción de recursos naturales para la exportación. Estas políticas extractivas son vistas por los neodesarrollistas como condiciones necesarias para incrementar el empleo y agrandar las cajas estatales, que a su turno serán direccionadas a la redistribución del ingreso, las políticas de inclusión social, etc.

Los neodesarrollismos, empero, son impugnados desde críticas al extractivismo que muchas veces levantan proyectos comunitarios o ideales de buen vivir indigenistas. Desde estas perspectivas, es nece-

sario abandonar el fetiche colonialista del desarrollo y recuperar formas de existencia comunitarias menos agresivas con la naturaleza.

La discusión latinoamericana se enmarca en un debate más general sobre la relación entre las izquierdas, la tecnología y la modernidad. ¿Deben las izquierdas propulsar la modernidad, con su vocación prometeica por transformar todas las formas heredadas de existencia socionatural? ¿O, por el contrario, se trata de frenar la modernización y recuperar proyectos civilizatorios con menos disrupción tecnológica, en clave localista?

En este artículo voy a sostener que el proyecto socialista no debería concebirse como la continuación ni el freno del progreso o la modernidad, sino como la construcción de una modernidad alternativa, que recoja los frutos técnicos y sociales del capitalismo pero los module en un proyecto civilizatorio diferente, de tipo ecosocialista y, en parte, comunitario. Para introducir la discusión, voy a empezar reconstruyendo las líneas principales del debate sobre las

geoingenierías y el calentamiento global. Luego desarrollaré el argumento a partir de la relación entre capitalismo, fuerzas productivas y valor de uso.

Geoingenierías y calentamiento global

Hoy la comunidad científica posee un amplio consenso en torno al carácter antrópico de los factores del cambio climático. La correlación entre la expansión industrial capitalista y el calentamiento global está suficientemente establecida, salvo para unos pocos negacionistas. Disminuir drásticamente las emisiones de CO₂ en las próximas décadas es imperativo si vamos a mantener el clima planetario dentro de condiciones seguras para las grandes mayorías.

Sin embargo, puede que no se trate solo de reducir emisiones. Por un lado, no es seguro que hoy exista la posibilidad técnica de sostener un consumo energético elevado, socialmente masivo y no intermitente solo con fuentes renovables. La transición energética hacia las emisiones cero, aun en un contexto imaginario de economía planificada, enfrentaría dificultades de sustitución tecnológica adecuada. Una agenda socialista buscaría desarrollar esa transición y al mismo tiempo evitar reducciones drásticas en aspectos importantes del consumo popular, como la disposición de luz eléctrica, calefacción o conexión a Internet las 24 horas en cada hogar. Dada la presencia de combustibles fósiles en toda la infraestructura material heredada del capitalismo, no es fácil conciliar estas preocupaciones contradictorias en el corto plazo.

Por otra parte, una vez desatado, el calentamiento global activa procesos de retroalimentación positiva por los que se propagaría por su cuenta incluso si se lograran súbitamente las emisiones cero. Por ejemplo, el vapor de agua es en sí mismo un gas de efecto invernadero. Dada la suba de temperaturas, hay mayor evaporación desde los océanos, lo que genera más vapor de agua en la atmósfera, incrementando el calentamiento global. Más retroalimentaciones positivas se desatan con el derretimiento de glaciares, etc. Estos procesos nos indican que el calentamiento global seguiría incrementándose durante siglos por las emisiones pasadas, incluso si la civilización humana, con sus combustibles fósiles, dejara de existir esta semana. Por eso muchos expertos hablan de generar emisiones negativas, que reduzcan el carbono atmos-

férico devolviéndolo a niveles más parecidos a los preindustriales.

La geoingeniería, esto es, la modificación deliberada y en gran escala del clima planetario, aparece como una respuesta posible frente al doble problema de la transición energética y la retroalimentación positiva del calentamiento global. Dado el nivel de disrupción ecológica generado por la modernidad del capital, retirarse y «dejar estar a la naturaleza» puede ya no ser una opción. Sería preciso combatir la disrupción ambiental con más disrupción. Sin embargo, la propuesta es controversial por varias razones. Los efectos no previstos de algunas geoingenierías podrían ser muy peligrosos y especialmente dañinos, por ejemplo, para poblaciones cuya agricultura depende de vientos estacionales que podrían verse alterados drásticamente. Para algunas personas, la idea de incrementar la disrupción ambiental, incluso en un sentido ecológico reparador, refleja el extremo de la *hybris* prometeica que nos condujo a la situación actual.

Existen, por lo demás, diversas posibilidades de geoingeniería, algunas más peligrosas que otras. El manejo de la radiación solar (controlar cuánta luz solar ingresa en la tierra, por ejemplo arrojando sulfatos en la atmósfera o colocando grandes espejos reflectores en órbita) está entre las alternativas más controvertidas. Otras propuestas, algunas tan simples como la reforestación (los árboles son sumideros naturales de carbono), son intuitivamente más aceptables, pero se enfrentan tanto a dificultades técnicas como a dinámicas capitalistas cristalizadas. También hay alternativas cuya escalabilidad y factibilidad está en discusión, como el secuestro de carbono directamente desde el aire (con turbinas que «chupan» el CO₂), o el desarrollo de biocombustibles combinado con técnicas de secuestro de carbono.

La reacción de las izquierdas a las geoingenierías ha sido, generalmente, negativa. Es que estas tecnologías, en cierto contexto, podrían ser la última carta del capital fósil para continuar su lógica de crecimiento descontrolado. Si las geoingenierías prosperan, se teme que las grandes empresas se verían habilitadas para seguir emitiendo gases de efecto invernadero a la atmósfera. Esta sería la habitual respuesta capitalista a la crisis ambiental: el desplazamiento de la ruptura metabólica en el tiempo y el espacio

La geoingeniería aparece como una respuesta posible frente al doble problema de la transición energética y la retroalimentación positiva del calentamiento global.

mediante soluciones técnicas transitorias. Esto es ecológicamente peligroso y socialmente indeseable. Sin embargo, también es posible que la transición civilizatoria más allá del capital fósil vaya a requerir una nueva ronda de intervenciones ambientales prometeicas, orientadas a la construcción de condiciones ecológicas valiosas para la vida, hoy dañadas, y al sostenimiento de niveles razonables, a ser determinados democráticamente, de consumo popular.

Contra la neutralidad de las fuerzas productivas

Abordar la discusión planteada exige repensar el estatuto de las fuerzas productivas en la tradición marxista. El marxismo tradicional consideró a las fuerzas productivas como la variable independiente de la historia. Esa visión tecnológicamente determinista presupone que existe un único sentido de desarrollo de las sociedades, dado por el crecimiento cuantitativo de la productividad del trabajo. Subyace aquí una concepción neutralista de la técnica, según la cual los objetos técnicos serían meros medios o instrumentos, neutrales en sí mismos, para fines humanos externos.

Sin embargo, si cuestionamos la idea de neutralidad de la técnica y asumimos la articulación cualitativa entre fuerzas productivas y relaciones de producción, parece que se cae la concepción histórica del marxismo tradicional. Filósofos de la técnica como Andrew Feenberg, precisamente, defienden la tesis de la subdeterminación instrumental de los objetos técnicos. Cuando se trata de explicar la selectividad tecnológica de una sociedad, esto es, la opción social por una tecnología en detrimento de otras, son determinantes los factores contextuales ligados a las relaciones sociales, los conflictos de poder y las estrategias de organización material predominantes.

Podemos pensar esto con un ejemplo simple: si se diseña una autopista con puentes bajos, por donde resulta imposible que pase un transporte de pasajeros, se está decidiendo que la autopista será utilizada principalmente por personas lo bastante ricas como para disponer de un automóvil particular. La exclusión de los pobres se inscribe en el diseño del objeto, sin necesidad de regulaciones escritas. Esto se llama delegación: las decisiones, normas y horizontes de valor dominantes en una sociedad se plasman en sus objetos técnicos, en sus redes sociomateriales. Los objetos técnicos son parte de la organización de las relaciones sociales, de modo que no hay problemas políticos por un lado y problemas técnicos por el otro, sino una tecnopolítica que estructura las relaciones sociales en cada contexto.

Capital fósil

La tesis de la no-neutralidad de la técnica es importante para articular el análisis ecológico y el análisis de clase del capitalismo. El capital, después de todo, debe subsumir tanto los ciclos de la naturaleza como las subjetividades obreras a su propia dinámica abstracta, generando un proceso de producción material acorde a la lógica de la valorización. La subsunción de la naturaleza, como ha mostrado Andreas Malm en *Fossil Capital*, responde a la necesidad del capital de crear un espacio y un tiempo abstractos, en los que la marcha de la producción pueda continuar (y ampliarse) con prescindencia de factores contextuales tanto humanos como ambientales. Esto es en particular importante para la historia del capital fósil, cuya dinámica de crecimiento constante está en la base del calentamiento global.

La predilección de los capitalistas por los combustibles fósiles, nos dice Malm, se relaciona con la afinidad entre el perfil energético de estos últimos y

la lógica de la acumulación. Los combustibles fósiles son extraíbles, almacenables y altamente energéticos. Se pueden transportar y poner a trabajar, con un rendimiento alto, en casi cualquier parte y en cualquier momento. En cambio, otras fuentes energéticas de uso más antiguo, como los cursos de agua o los vientos, imponen una constante negociación contextual y situada, ya sea con otras personas con las que se los debe compartir (por ejemplo, río arriba y río abajo), ya sea con su propia intermitencia natural. Las fuentes energéticas intermitentes imponen una contextualización técnica: exigen prestar atención a las peculiaridades cualitativas de cada ambiente sociocultural. El capital, con su compulsión a acumular, se ve impulsado a crear tecnologías descontextualizadas, que construyen un tiempo y un espacio abstractos a nivel de la producción material.

Además, los combustibles fósiles permitieron concentrar la producción en grandes ciudades, donde los propietarios podían acceder a un mayor ejército industrial de reserva, reduciendo la capacidad de resistencia obrera. Cuando los industriales ingleses de comienzos del siglo XIX optaron por «fossilizar» la producción (en un comienzo, textil), sus decisiones no respondieron a cálculos técnicamente neutros de incremento de eficacia, sino a cálculos interesados en la ganancia y el control.

El capitalismo, en suma, no está basado en un progreso de las fuerzas productivas socialmente neutral. Por el contrario, hay una forma de «progreso» específicamente capitalista, vinculada a la necesidad de subsumir al trabajo y la tierra bajo la dinámica abstracta de la valorización. Esta dinámica busca imponer los ciclos regulares, indiferentes al contexto y de ritmo continuamente ampliado, sobre las subjetividades obreras y las fuerzas naturales. Por su carácter expansivo y abstracto, la lógica del capital extenua las capacidades de reposición de la naturaleza, ligada a los entramados situados y finitos en que se reproducen existencias humanas y no humanas. El desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, entonces, se expresa como unidad de progreso y destrucción de cuerpos y ambientes.

Lo anterior significa que la base material del capitalismo no es técnicamente neutral y no puede usarse directamente para la construcción de proyectos

No se trata de «dirigir la máquina» capitalista bajo objetivos socialistas, porque la máquina misma es una forma de existencia del capital.

emancipatorios. Este punto, que puede parecer un rodeo teórico innecesario por la filosofía de la técnica, es importante frente a cierta reactualización contemporánea de la visión neutralista de las fuerzas productivas, propia de las nuevas izquierdas modernizadoras. Esta visión neutralista está supuesta, por ejemplo, en el «comunismo de lujo totalmente automatizado» de Aaron Bastani y otros planteos poscapitalistas. No se trata de «dirigir la máquina» capitalista bajo objetivos socialistas, como pretende Leigh Phillips en su libro *Austerity Ecology and The Collapse Porn-Addicts*, porque la máquina misma es una forma de existencia del capital.

¿Destruir las máquinas?

¿Significa lo anterior que las y los socialistas deberíamos rechazar la tecnología en bloque, o al menos reducir sustancialmente su impacto en nuestras vidas? Esto nos acercaría sospechosamente a las críticas conservadoras de la modernidad. La tesis de la subdeterminación instrumental de las fuerzas productivas, a diferencia de la crítica conservadora de la modernidad, no concibe los sistemas técnicos como cajas cerradas incapaces de transformación o modificación. Eso, al final, despolitiza a la técnica tanto como la tesis neutralista, solo que en el contexto de un lamento nostálgico frente a la modernidad.

Para la lectura marxiana que propongo, la tecnología no es neutral: encarna la subsunción real del trabajo y la naturaleza a los ciclos de la valorización, construyendo una forma de producción materialmente adecuada al capital. Sin embargo, también encierra potencias emancipatorias, ligadas a la superación de la escasez, la conquista del tiempo libre y la proliferación de necesidades y capacidades sociales nuevas. La posibilidad de otros entramados tecnopolíticos está contenida y a la vez bloqueada en las fuerzas produc-



tivas capitalistas. El socialismo sería, bajo esta perspectiva, la apropiación por las personas de resultados sociales y técnicos creados en forma alienada bajo el imperio del capital. Esto supondría una reconstrucción material de la tecnología capitalista, pero no su simple rechazo.

Capitalismo y valor de uso

El capitalismo implicó masivas transformaciones en la forma de producción material. Enfrentados a las presiones de la competencia y las demandas obreras, los capitalistas adoptan con el tiempo tecnología que incrementa la productividad. Estos aumentos de productividad vienen de la mano de mayor degradación ambiental y mayor control del trabajo. Pero también pueden ser la base de una sociedad basada en el tiempo libre en un marco de abundancia material relativa. Las tecnologías ahorradoras de trabajo, rediseñadas y refuncionalizadas en otro contexto social, podrían dar lugar a un proyecto civilizatorio donde trabajemos menos sin masivas privaciones materiales.

Una perspectiva socialista debe mantener, entonces, una relación críticamente afirmativa con la tecnología moderna. Al argumento sobre la productividad se suma uno cualitativo, relacionado con las formas de producción y consumo. En el capitalismo, la generación de capacidades y necesidades sociales pasa a depender de la interacción social general a nivel mundial. En tiempos donde no se producía para el intercambio sino para el consumo local, distancias geográficas relativamente pequeñas podían implicar diferencias grandes en los métodos de producción o los patrones de consumo.

En el capitalismo todo esto se socializa y universaliza de manera acelerada, aunque desigual. Una fábrica de autos en los suburbios de Buenos Aires produce, entonces, con máquinas importadas, controladas por un *software* producido en Japón, etc. En las grandes ciudades, las personas desarrollamos procesos novedosos de hibridación cultural por los cuales nuestras necesidades de consumo se vuelven socialmente generadas, pero ya no por nuestra cultura específica sino por el mercado mundial. Esto es particularmente visible en la cocina donde, por ejemplo, se vuelve normal comprar comida china o italiana en muchas grandes ciudades del mundo, independientemente de las prácticas culturales preexistentes.

La creación de necesidades y capacidades humanas por el proceso social adquiere, así, escala mundial, se diversifica y lleva a niveles de interdependencia material mucho mayores a los de las sociedades previas. Este es a la vez un proceso de universalización de los métodos productivos y hábitos de consumo, que se vuelven más globales, y un proceso de diferenciación o pluralización de esos hábitos y métodos, porque las personas desarrollan capacidades y necesidades nuevas y más heterogéneas en cada lugar. Los cambios en la producción capitalista se enmarcan en lo que Marshall Berman llamó la experiencia de la modernidad, vinculada con transformaciones sociales amplias como la independencia personal, la igualdad jurídica y los procesos de ampliación de derechos. La transformación tecnológica de las formas heredadas de lidiar con el valor de uso trae una proliferación de necesidades y capacidades nuevas, complejas, diversificadas y dependientes del intercambio social universal.

Ese proceso proliferante se expresa en forma invertida en el consumismo moderno, que genera obsolescencia innecesaria y crea necesidades bobas por todas partes. Liberada de los imperativos de la producción para el valor, la transformación tecnológica de los entornos sociomateriales encierra la posibilidad de que las personas construyan necesidades más multilaterales, más ricas, diferenciadas y a la vez articuladas socialmente. La volatilización de las formas heredadas de existencia material, traída a la existencia en forma alienada por el capital, habilita exploraciones con la autonomía individual y social que van desde el desarrollo de nuevos patrones de consumo hasta el despliegue de nuevas instancias de disfrute de la naturaleza mediada técnicamente. No sería deseable que el proyecto socialista resignara esta dimensión proliferante de la experiencia de la modernidad.

Límites a la abundancia material

La izquierda del siglo XX, menos atravesada por la cuestión ecológica, imaginó el comunismo como un reino de abundancia material ilimitada alumbrado por la administración racional de la tecnología capitalista. Hoy sabemos que, incluso si rediseñamos la base industrial de la sociedad, el proyecto socialista debe contar con la finitud de la naturaleza. Como señala Peter Frase en *Four Futures*, el socialismo sería hoy la distribución racional e igualitaria de la escasez ecológica.

La idea de superabundancia material sin límites debería considerarse, probablemente, como uno de los mitos del comunismo del siglo XX, junto con la promesa de lograr una sociedad sin conflictos. Una sociedad sin clases debería, probablemente, lidiar con conflictos y luchas de nuevo tipo que plantearán la exigencia de una organización política democrática. De igual modo, una sociedad socialista debería negociar con privaciones materiales dadas por la finitud del planeta. Recuperando nuevamente a Andreas Malm, es más honesto hablar hoy de un comunismo de salvataje para una tierra dañada que de un comunismo de lujo automatizado.

Lo anterior significa que la experiencia proliferante de la modernidad, reconstituida en una sociedad socialista, debería reorganizarse en torno a límites ecológicos. Algunas actividades, como los viajes en avión o el consumo de carne, deseables para muchas personas, deberían restringirse o suprimirse por sus consecuencias ambientales. Esto no significa abandonar la apuesta moderna por la disrupción tecnológica de cuerpos y ambientes, a la que debemos tanto los aumentos de productividad como la experiencia de necesidades y capacidades nuevas para las personas. Se trataría, en cambio, de situar las coordenadas básicas de esa apuesta hacia la construcción de tecnologías recontextualizadas.

El capital tiende a producir un espacio y tiempo abstractos en una lógica de subsunción del trabajo y la naturaleza bajo la valorización. En cambio, el socialismo debería crear tecnologías situadas destinadas a sostener entramados concretos de vidas humanas y no humanas. Crear tecnologías situadas no significa replegarse ante la naturaleza o resignar la disrupción tecnológica de las formas de vida socionaturales heredadas. Es más interesante, en términos de Donna Haraway, «persistir con el problema» de la interferencia socioambiental, del que no hay salida lineal. Sería posible, a lo mejor, producir una forma alternativa de modernidad que aspire a la abundancia relativa, la libertad personal y la proliferación de las formas de producción y consumo, ya sin el imperativo ciego de la acumulación.

Los propios límites ecológicos son, por su parte, plásticos. Existen pero pueden desplazarse. Por ejemplo, como bien señaló Marx contra Malthus, las prácticas agrícolas racionales permiten incrementar

La idea de superabundancia material sin límites debería considerarse como uno de los mitos del comunismo del siglo XX, junto con la promesa de lograr una sociedad sin conflictos.

la productividad del suelo, de manera que las mismas tierras den mayores rendimientos netos. Esto refuta los planteos neomalthusianos que simplifican la tesis, en otro sentido correcta, de que vivimos en una tierra finita. Que la tierra es finita significa que no se le pueden imponer extracciones constantes y sin fin. Pero los límites ecológicos son parcialmente negociables y modificables conforme la productividad alcanzada, la población y las estrategias tecnomateriales que nos demos.

El Ayllu Universal y un momento romántico en la crítica del capital

El propósito colectivo de una sociedad socialista sería la producción para el uso o el consumo conforme prioridades fijadas democráticamente, sin resignar la transformación prometeica de las formas heredadas de existencia social y natural. En este punto, la crítica inmanente de la modernidad del capital se enfrenta a un revés temporal: un momento romántico en medio de la recuperación no ingenua del prometeísmo tecnológico.

En cierto sentido, las sociedades «precapitalistas», orientadas a la producción para el consumo y no para la ganancia o el intercambio, son efectivamente un modelo parcial del socialismo. La disolución de las formas comunitarias de propiedad en los procesos de acumulación originaria instituyó dos dimensiones fundamentales del capitalismo, que son la proletarianización de las masas campesinas (obligadas luego a vender su fuerza de trabajo para subsistir) y la separación entre producción de valor y trabajo de cuidados o, más ampliamente, trabajo reproductivo (que la teoría de la reproducción social vincula con el patriarcado moderno). En los procesos modernos de

El socialismo aparece como el resultado posible de un remolino temporal abierto que arroja a la modernidad del capital a la vez a su pasado y a su futuro.

descomposición de la comunidad se anudan tanto la constitución de la clase trabajadora como el origen del heteropatriarcado capitalista.

Podemos imaginar la construcción del socialismo como la recuperación, sobre la base de los resultados históricos y técnicos del capital, de la unidad comunitaria entre el trabajo y la tierra bajo una forma social orientada a la sostenibilidad de la vida y no a la ganancia. En ese sentido, la idea del socialismo no es simplemente modernizante, sino que porta un momento romántico en el sentido del «romanticismo revolucionario» pregonado por Michael Löwy.

La veta romántica, muy importante en el marxismo latinoamericano, encierra una dialéctica de lo antiguo y lo moderno en la crítica socialista del capital. Según esa dialéctica, las formas comunitarias de organización que insisten por doquier en la modernidad, y en especial en el Sur Global, pueden apropiarse inmediatamente de los resultados técnicos y sociales del capital para producir un futuro poscapitalista. Las comunidades plebeyas no son rémoras feudales a ser liquidadas por el progreso histórico. Se trata, en cambio, de semillas del futuro, en una dialéctica temporal arremolinada y compleja.

El socialismo, así concebido, aparece como el resultado posible de un remolino temporal abierto que arroja a la modernidad del capital a la vez a su pasado y a su futuro. De una parte, se trata de transformar

las tecnologías de la subsunción capitalista del trabajo y la naturaleza en tecnologías de la sostenibilidad de la vida. De la otra, de restituir la unidad pasada entre el trabajo y la naturaleza bajo arreglos tecnológicos contextuales y situados. El socialismo puede pensarse como el Ayllu Universal tecnológicamente avanzado. Como —siguiendo a García Linera— propone Martín Arboleda en su brillante *Planteary Mine*, este proyecto combina un momento tecnológico modernizante y un momento comunitario. Esta perspectiva resiste las narrativas lineales del relato modernizador pero también a las críticas unilaterales de la modernidad, con sus solapadas afinidades conservadoras.

La posibilidad de las alternativas

Intenté recorrer algunos momentos de la relación entre socialismo, modernidad y tecnología. Este desvío filosófico se justifica porque, en cierta forma, a la discusión ecologista en la izquierda subyacen problemas teóricos densos relacionados con nuestra valoración de la modernidad y sus transformaciones sociales y técnicas. Procuré presentar los rudimentos de una teoría crítica de la modernidad inspirada en Marx, que no es modernizante ni antimoderna. Esta teoría comparte con el ecomodernismo y el neodesarrollismo el entusiasmo prometeico por la transformación de todas las formas heredadas de existencia naturales y sociales. Pero también comparte con el comunitarismo y el antiextractivismo la crítica al imperativo de la valorización y la vocación por recuperar formas de producción y consumo orientadas a sostener vidas y no a la ganancia. La teoría esbozada intenta combinar momentos prometeicos y románticos, articulando una crítica no unilateral de la tecnología moderna y una recuperación no unilateral de las potencialidades emancipatorias de la forma comunidad.

Por lo demás, la forma efectiva de estas complicaciones temporales no puede preverse teóricamente. La base técnica del socialismo no va a surgir de la ficción especulativa, sino de la lucha popular. Pero la teoría, con sus momentos especulativos, puede ayudar a clarificar las tendencias en curso y abrir el horizonte de lo posible desde la comprensión de una situación concreta. Al imaginar una modernidad alternativa que duerme, no-realizada, en las formas fetichistas del capital, a lo mejor, colaboramos con la apertura de esas posibilidades históricas. ●

Las armas de la crítica

ATACAR EL PROBLEMA DE RAÍZ

La crisis climática es una lucha de clases

Los momentos de cambio climático desfavorables están preñados de posibilidades políticas.

La tesis del Capitaloceno propone que la actual crisis planetaria es el resultado de una lucha de clases a nivel mundial. En esa lucha, la burguesía del mundo triunfó... *por ahora*. Su logro supremo es haber puesto fin al Holoceno. Y esto nos deja una cosa en claro: la crisis climática no es antropogénica («procede de los humanos»), sino *capitalogénica* («procede del capital»).

El Capitaloceno —una ecología mundial de poder, ganancias y vida— no es el único generador de la fatídica coyuntura climática de clase. Esta también es el *resultado* del nexo establecido entre el clima y la clase durante el período anterior. Se trata de la crisis del feudalismo en los albores de la Pequeña Edad de Hielo (1300 d. C.). El antagonismo socioecológico de la agricultura feudal le siguió casi inmediatamente. Retornaron la hambruna y las pestes. Pero también la lucha de clases, con una fuerza cada vez mayor. Desde Flandes hasta Florencia y desde Cataluña hasta Escandinavia, los trabajadores y los campesinos se opusieron a la restauración feudal. Lo que siguió fue una victoria histórica para las clases productoras de Europa occidental. En una época de contracción económica y clima desfavorable, los campesinos y los trabajadores gozaron de una edad de oro en cuanto a sus estándares de vida. Mientras tanto, las clases dominantes se enfrentaron unas a otras en una guerra hobbesiana de todos contra todos.

Aun si es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo, el siglo XIV nos brinda un elemento de reflexión indispensable: los momentos de cambio climático desfavorables están preñados de posibilidades políticas. Esto no se debe a que el clima determine todo; se trata, más bien, de que el clima está *en* todo. Las condiciones climáticas se entretujan con todo lo que hace que una sociedad de clases sea una *sociedad de clases*. Los dos grandes sometimientos del campesinado durante el feudalismo —en los «largos» siglos VIII y XI— se desarrollaron en el período de clima más favorable que hubo en la Edad Media. Y enormes crisis climáticas de clase le pusieron fin a estos grandes sometimientos. Estas crisis se expresaron en la implosión del Occidente romano durante el período frío de los años oscuros y la derrota del 1% que se desarrolló un milenio después. Para los oligarcas, fue una «edad oscura». Pero para la gran mayoría de la población fue una edad de oro.

¿Moraleja? Los cambios climáticos desfavorables a lo largo del Holoceno fueron malos para las clases dominantes.

Estamos acostumbrados a pensar que estamos viviendo la primera crisis climática *capitalogénica*. Pero, aun si *es* cualitativamente distinta, no es la primera. La colonización europea de América marcó un punto de inflexión geobiológico al menos en dos sentidos.

Los dos grandes sometimientos del campesinado durante el feudalismo —en los «largos» siglos VIII y XI— se desarrollaron en el período de clima más favorable que hubo en la Edad Media.



Uno fue la creación de un Pangea capitalista 175 millones de años después de que el supercontinente se separó. Esto puso el trabajo y la energía potenciales del Nuevo Mundo a disposición de máquinas imperiales ansiosas por sacar provecho de ellos para emprender nuevas guerras, pagar a sus acreedores y constituir burguesías coloniales (comerciantes, colonos dueños de plantaciones, dueños de minas). El segundo punto de inflexión siguió la senda marcada por el primero. No era posible realizar las ganancias sin trabajo barato. El remolino de la conquista imperial y la formación de una clase colonial requería sacrificios humanos incesantes. No fueron los microbios los que mataron al 95% de la población del Nuevo Mundo: fue la esclavitud.

La nueva burguesía imperial, en un geológico abrir y cerrar de ojos, detonó una nueva era geológica y geohistórica. La proletarianización genocida de los pueblos indígenas llevó rápidamente a otra proletarianización asesina: el comercio de esclavos africanos. La esclavitud fue reforzada por la coyuntura climática, que a su vez fue amplificada por los genocidios americanos. Se generó rápidamente un apartheid climático que terminó convirtiéndose en una estructura duradera de la superexplotación capitalista. En los años 1550, los observadores contemporáneos registraron una serie de inviernos adversos. Así comenzó lo que los historiadores del clima denominan el «largo y frío siglo XVII». Fue el peor período de «mal clima» de la Pequeña Edad de Hielo.



Al igual que otros momentos de crisis durante la Antigüedad y el feudalismo tardíos, fue una época de guerras interminables, revueltas sociales y convulsiones económicas. Los genocidios del Nuevo Mundo, al arrasar con las poblaciones indígenas, propiciaron la reducción del dióxido de carbono atmosférico. Los bosques avanzaban y los suelos prosperaban sin la interferencia de la agricultura. Los geógrafos Lewis y Maslin denominan a esto el «Salto orbis» (1610). Fue el primer episodio de cambio climático capitalogénico. Al amplificar la oscilación del Atlántico Norte, la intensidad solar y el vulcanismo, el Salto orbis contribuyó al frío extremo de la época y a su volatilidad social y política sin precedentes. El capitalismo como lo conocemos pudo haberse detenido en seco en aquel momento.

No es algo impensable. De hecho, era el resultado más probable. Desde el punto de vista de los cuatro milenios anteriores, los cambios climáticos y las crisis civilizatorias estaban estrechamente enlazadas. Las crisis anteriores del Occidente romano y de la Europa feudal revelan la dialéctica íntima que existe entre el clima, la clase y los gobiernos. Podríamos incluir también la crisis de la Edad de Bronce del siglo XII a. C., durante la que se desarrollaron migraciones, guerras y revueltas populares en medio de sequías y hambrunas.

¿Cómo hizo el capitalismo para sobrevivir a condiciones climáticas prácticamente equivalentes a las de aquellas crisis previas? Es posible identificar dos grandes revoluciones. Una fue la Gran Domesticación. La mitad del siglo XVI marca, como demuestra Silvia Federici, una ruptura sin precedentes en la estructura de género y clase del capitalismo temprano. La depresión climática y las «cazas de brujas» estuvieron íntimamente conectadas. El sometimiento de las mujeres —naturalizadas como las «salvajes de Europa»— fue una lucha de clases. Se redefinió violentamente al trabajo de las mujeres como «no trabajo». Esta fue la precondition fundamental para la gran proletarización que siguió. El apartheid climático reforzó el patriarcado del clima.

Después de 1550, los imperios, el capital y la ciencia trabajaron codo a codo para forjar una de las revoluciones productivistas más audaces de la historia de la humanidad. Podríamos denominarla la Revolución de las plantaciones. La plantación de caña de azúcar fue su pivote histórico mundial. En una secuencia trepidante de ampliación de fronteras —que comenzó en Brasil— las riquezas del Rey Azúcar aceitaron los engranajes de la acumulación mundial durante el siglo XVII. Durante el siglo siguiente, financiaron la Revolución Industrial. Al mismo tiempo, la cristali-

**Después de 1550,
los imperios, el capital
y la ciencia trabajaron
codo a codo para forjar
una de las revoluciones
productivistas más
audaces de la historia
de la humanidad.**

zación de la división climática de clases y el apartheid climático de la Revolución de las plantaciones definió el modelo esencial de poder, generación de ganancias y vida de lo que vino después. Pues la combinación de recursos y técnica que definió a la Revolución Industrial no fue carbón y motor a vapor, sino algodón y desmotadora de algodón en el marco de un régimen laboral de superexplotación. Tampoco fue coincidencia que el Rey Algodón entrara en escena durante la última oleada de frío de la Pequeña Edad de Hielo (1780-1820). Lo mismo había sucedido con el Rey Azúcar dos siglos antes.

Aquí se encuentra el nacimiento de la trinidad capitalogénica: la división climática de clase, el apartheid climático y el patriarcado climático.

Si se pretende dar cuenta de esta trinidad capitalogénica, es necesario adoptar una ética de la síntesis que reúna dialécticamente las estrategias de dominación, acumulación y creación de medioambiente. Esto implica comprender que civilización y barbarie no son dos palabras inocentes, sino dos martillos ideológicos al servicio de la construcción del mundo capitalista (todas las prácticas opresivas modernas apelan al naturalismo para justificarse). Pues la colonización europea de América impulsó el proyecto de

«naturaleza barata» del capitalismo, que cristalizó en la formación del apartheid climático y el patriarcado climático luego de 1550.

La concepción de la naturaleza como una abstracción susceptible de dominación tomó forma para disciplinar, no solo al «biotariado», sino también al proletariado y al «femitariado». El naturalismo es un arma ideológica que divide al proletariado mundial y refuerza la extracción de trabajo no remunerado en función del género y de la raza. La naturaleza como una abstracción susceptible de dominación genera las palancas de la superexplotación, lo que W. E. B. Du Bois denominó «la explotación última». En el mismo movimiento, estos proyectos civilizatorios fueron continuamente desafiados, a veces derrotados y hasta temporariamente revertidos por tramas de vida indisciplinadas, revoltosas y beligerantes, entre las que se cuentan las grandes luchas de liberación, los movimientos de la clase obrera y las revoluciones socialistas de la modernidad.

La división de clase del Capitaloceno depende del apartheid climático y del patriarcado climático. Estos forman una totalidad asimétrica en el marco de la cual se refuerzan el uno al otro. Sin embargo, la crisis climática actual no es la causa de esta totalidad: es más bien el *resultado*. Esta trinidad es, sobre todo, una estrategia de acumulación y, por lo tanto, una estrategia de dominación de clase. Sin la acumulación interminable y la hegemonía imperial burguesa, no hay capitalismo; pero sin apartheid climático y sin patriarcado climático, no hay acumulación ni hegemonía burguesa.

La unificación de todo esto en el presente no es efecto de un «colonialismo de pobladores» abstracto, sino de un imperialismo geohistórico cuyas fuerzas políticas y geoculturales garantizan la rentabilidad y las relaciones de clase necesarias para sostenerla. Estas fuerzas intentan dominar, no solo al proletariado, sino también las condiciones necesarias de trabajo no remunerado: el «feminariado» y el «biotariado». Haciéndonos eco de Immanuel Wallerstein, diremos que el momento actual se define como una «lucha de clases mundial» en la «coyuntura sociofísica». La crisis climática es una lucha de clases en la trama de la vida. ●

De la fábrica global a la mina planetaria

El capitalismo del siglo XXI se ha vuelto esencialmente «extractivista»: varias dinámicas que antes eran propias de la producción primaria se replican ahora en otros sectores de la economía. Es necesaria, entonces, una lectura ampliada del extractivismo.

Sabemos que los minerales arrancados de la tierra terminan en nuestros dispositivos electrónicos y de alta tecnología. Pero esos solo son los puntos de partida y de llegada. Para analizar el recorrido completo, debemos seguir su movimiento desde los sitios de extracción, transitando complejas cadenas logísticas, hasta la fábricas chinas donde se confeccionan los productos que retornan a los mismos sitios de producción primaria en Chile, Argentina, Brasil y el mundo, en un despliegue de inteligencia artificial, *big data* y robótica que daría envidia al mismísimo Google.

Este círculo es el mundo que analiza Martín Arboleda en *Planetary Mine: Territories of Extraction under Late Capitalism* (Verso, 2020), una de las grandes novedades editoriales del año pasado y una pieza fundamental para entender el capitalismo contemporáneo. Según Arboleda, el sistema de «mina planetaria» emerge de una transformación doble en el modo de producción capitalista: una nueva geografía de la industrialización tardía, que desplaza su eje hacia el Pacífico, y un proceso inédito de integración a través de la denominada «revolución logística». De esta ma-

nera, el extractivismo desborda los límites del sector primario individualmente considerado y proyecta sus lógicas a las tecnologías digitales, los sistemas logísticos, el sector inmobiliario y el financiero, etc.

Pensar en términos de una «mina global» o una «mina planetaria», sostiene el autor, implica desarrollar mecanismos teórico-metodológicos para poder captar estas relaciones de interdependencia en la economía global. Pero también procura llamar la atención sobre un problema de carácter político-estratégico de primer orden: la necesidad de redoblar los esfuerzos por superar la fragmentación de la subjetividad productiva de las clases trabajadoras.

NICOLAS ALLEN | Me parece que uno de los elementos más provocativos de tu libro es que nos insta a pensar en la industria extractiva —típicamente vista como algo externo a la industria manufacturera— como algo inherente al capitalismo industrial. ¿Qué nos puede decir el extractivismo sobre el patrón de acumulación actual?



MARTÍN ARBOLEDA | Afirmar que el proceso extractivo desborda el espacio de extracción puede parecer una verdad de Perogrullo. Sin embargo, una gran parte de los estudios en la materia consiste en el análisis de las relaciones que establece una compañía, el Estado y la comunidad en un territorio local. Si bien estos casos en muchas ocasiones son esclarecedores, en general tienden a pasar por alto el hecho de que la mina, el pozo petrolero o la explotación agroindustrial es solamente el inicio de un gran entramado de relaciones sociales e infraestructuras sociotécnicas que en muchos casos abarcan una parte considerable de la superficie del planeta. Si bien este tipo de estudios de caso parten de la premisa de que la producción primaria es globalizada, no se tiende a indagar en los mecanismos, redes, flujos y relaciones de poder que hacen posible dicha globalidad.

En otras palabras, usualmente se termina por presuponer aquello que de hecho debería explicarse. No podemos entender el llamado superciclo de materias primas en América Latina sin antes comprender, por ejemplo, cómo la reconfiguración de la industria electrónica (de la mano de empresas como Apple, Microsoft, Foxconn, Huawei, etc.) ha permitido un nuevo paradigma de organización industrial y de urbanización que incide de manera directa en las lógicas y estrategias de extracción de recursos naturales en la región. Este paradigma industrial, conocido usualmente como «wintelismo», se fundamenta en una nítida separación funcional de la innovación y la manufactura en la producción de los artefactos electrónicos.

Esta separación entre concepción y ejecución en la cadena productiva, a su vez, ha impulsado la espe-

cialización e integración vertical de la manufactura en Asia, originando sistemas productivos que operan a escalas gigantescas, como lo ha documentado el impresionante trabajo fotográfico de Edward Burtnsky. La fábrica más grande de Foxconn en Shenzhen alcanzó a tener cerca de 400 000 trabajadores en su momento de apogeo, una cifra cuatro veces mayor a la que alguna vez tuvo el complejo manufacturero River Rouge de la compañía Ford, en Estados Unidos. Por supuesto, esta ampliación en la escala industrial se ha manifestado en un aumento exponencial de la demanda de recursos así como en el tipo de recursos que se demandan. Pensemos que un teléfono inteligente de última generación puede contener hasta treinta minerales distintos, y esto de por sí presupone una cadena global de suministro altamente sofisticada que pueda conectar estas fábricas globales con múltiples espacios de extracción alrededor del mundo.

Pero uno de los fenómenos que más impone la urgencia de pensar el extractivismo en términos de fenómeno interconectado es quizás lo que se puede considerar como un «giro logístico» en las industrias extractivas. Con el auge de una nueva división internacional del trabajo estructurada en torno a las economías asiáticas, las grandes distancias de transporte de minerales impulsaron un proceso de modernización tecnológica en la cadena logística para eliminar asimetrías de información e ineficiencia entre los distintos eslabones.

Durante las últimas tres décadas del siglo XX, Japón, Corea del Sur y China desarrollaron nuevos avances tecnológicos en el transporte marítimo y la infraestructura portuaria, que permitieron una reducción

importante en los tiempos de circulación de las materias primas a través del Océano Pacífico. Posteriormente, la implementación de tecnologías de trazabilidad mineral y de mapeo de cadenas de suministro impulsaron un proceso más sistemático y sofisticado de integración funcional entre la producción primaria, el sistema portuario y el transporte, tanto terrestre como marítimo.

En consecuencia, las operaciones mineras han transitado de un énfasis corporativo en los rajos y socavones hacia uno que también engloba la velocidad de circulación, la homeostasis de los sistemas logísticos y el flujo ininterrumpido de los minerales. El planteamiento que hace *Planetary Mine* consiste en afirmar que este proceso de integración logística en la cadena extractiva demanda un ejercicio conceptual simultáneo que permita ampliar y complejizar los marcos analíticos con los que tradicionalmente se entiende la producción primaria y su relación con otros sectores de la economía.

NA | Las tecnologías de transporte siempre han incidido de manera más o menos directa en la organización industrial. Pienso en cómo las técnicas de agua, que dieron paso al uso del vapor, y luego al gas, implicaron una doble reorganización tanto en la forma de producción fabril como en el desplazamiento de mercancías. Tu argumento extiende esta idea también a la producción primaria, ¿verdad?

MA | Claro. A lo largo de la historia moderna, los sistemas de transporte han ejercido un importante rol como semillero de innovación tecnológica para permitir el acceso a recursos naturales geográfica-

mente remotos. Distintas potencias económicas se han visto en la necesidad de inventar tecnologías de transporte y navegación cada vez más eficientes para reducir costos de transporte y así lograr o mantener su predominio comercial. Algunos ejemplos de este fenómeno son los bergantines utilizados por España para transportar oro y plata a través del Atlántico en el siglo XVI, el *fluyt* holandés para transportar madera en el siglo XVII, los barcos motorizados introducidos por el Imperio Británico para llevar guano y caucho desde el Amazonas en el siglo XIX y el *Valemax*, el barco carguero más grande jamás construido, que transporta hierro desde Brasil a China a través del Océano Pacífico.

Sin embargo, lo que hace de la revolución logística de las últimas décadas un fenómeno históricamente único es el hecho de haber tornado difusos los límites que separan el transporte de otros tipos de trabajo productivo. Tradicionalmente, la logística había estado restringida al transporte y al almacenamiento. No obstante, distintas innovaciones tecnológicas recientes le han permitido reinventarse como una ciencia de la circulación general, que apunta al manejo integrado de la cadena de suministros como un sistema total.

A mi parecer, una de las grandes contribuciones de los estudios críticos de la llamada «revolución logística» es el hecho de que pone de manifiesto la creciente importancia que ha adquirido la esfera de la circulación en el proceso de acumulación del capital. El hecho de que compañías como Walmart y Amazon —cuyo giro de negocios es eminentemente logístico— sean consideradas como la punta de lanza de un nuevo paradigma de organización industrial en el

siglo XXI da cuenta de la relevancia de la circulación en la economía global.

Justamente, lo que está en juego con la política de la circulación es la posibilidad de contribuir al desarrollo de una teoría ampliada de la extracción. Mi trabajo parte de una comprensión crítica de la circulación del capital que entiende a la producción, la circulación, la distribución y el consumo como distintos momentos de un solo proceso de transformación sociometabólica. Pensar críticamente la circulación del capital, por su parte, involucra hacer del valor un dispositivo metodológico para comprender la interdependencia. El énfasis metodológico en el valor nos recuerda que la mina es un producto del trabajo humano, y que por ello se hace necesario indagar en la realidad cotidiana de las distintas clases trabajadoras (tanto asalariadas como no asalariadas), así como en la organización tecnológica y productiva de los espacios de extracción.

Otro aspecto importante de emplear el valor como lente de observación en procesos extractivos es el hecho de que, como lo sugiere Marx en los *Grundrisse*, el capital es *valor en proceso*. El valor, en este sentido, es una entidad incompleta que emerge en la producción pero se realiza en la economía de mercado gracias a procesos y prácticas que desbordan la relación trabajo-capital (y que involucran actividades de cuidado, de transporte, de almacenaje, de intermediación financiera, de extracción de renta, de comercialización, de consumo).

De nada sirve tener acceso a un depósito mineral si no se cuenta con las tecnologías necesarias para extraer de manera rentable. Por su parte, de nada sirve extraer minerales si estos no se pueden llevar al mercado de manera rápida y segura. Además, si los minerales se venden en el mercado y una porción de la ganancia no se reinvierte nuevamente en el proceso productivo, se corre el riesgo de sucumbir ante la competencia entre empresas y el cambio tecnológico. Por tanto, este «valor en proceso» debe realizarse en el mercado para que exista y, por ende, pueda funcionar como capital. Así, el valor debe transitar de ma-

nera constante entre sus distintas fases o modos de existencia, pues de lo contrario se devalúa, se destruye o queda obsoleto. Entender el valor en términos de una potencialidad que adquiere existencia concreta en la esfera de la circulación es, a mi parecer, una estrategia metodológica fructífera para visibilizar la geografía expandida de la extracción.

Este desplazamiento de la dinámica de acumulación hacia la circulación ha generado un inusitado interés en el tomo II de *El Capital*, en el cual Marx supera un énfasis más restringido al proceso de producción de mercancías y analiza la realización del valor en términos de un proceso intrínsecamente turbulento y sujeto a distintos focos de crisis y disrupción. En las industrias extractivas, el ensanchamiento y la complejización de la esfera de la circulación han evolucionado de manera conjunta a su creciente politización. Hasta se podría decir que algunas de las formas de lucha y movilización emergentes que más inciden actualmente en la extracción tienen lugar en la esfera de circulación (es decir, en puertos, oleoductos, vías férreas, autopistas, supermercados, corredores terrestres o marítimos, etc.). Los llamados cuellos de botella o *choke points* de las cadenas globales de suministro, en consecuencia, han emergido como espacios clave del nuevo paisaje de la lucha territorial y la insurgencia laboral en el siglo XXI.

El capitalismo no es un fenómeno «occidental»; más bien, su fase occidental es la larga prehistoria de una formación social que hoy asume un carácter verdaderamente global.

NA | ¿Cuáles son los puntos principales que vuelven necesaria esta nueva forma de abordar las industrias extractivas?

MA | Quizás el principal hito histórico que hace necesaria una comprensión unificada del proceso global de acumulación del capital es la llamada Nueva División Internacional del Trabajo (NDIT). La llamada NDIT ha convertido a las economías del este asiático en el centro gravitacional de un nuevo sistema mundial estructurado en torno al Océano Pacífico. Este evento geohistórico no tiene precedentes en la historia moderna, y ha trastocado la geometría de poder de un sistema mundial que desde el siglo XVI

se había organizado alrededor del Océano Atlántico y de las potencias europeas y Estados Unidos.

Con la NDI, el sistema capitalista se ensancha y se complejiza y, por ende, el modelo tradicional de una economía capitalista organizada en torno a potencias occidentales y periferias no occidentales entra en crisis. En este sentido, una de las contribuciones importantes de la tesis de la NDI consiste en resaltar el hecho de que el capitalismo no es un fenómeno «occidental»; más bien, su fase occidental no sería sino la larga prehistoria de una formación social que hoy ha asumido un carácter verdaderamente global. Para Marx, la unicidad global del capital —en la figura de un mercado mundial— era apenas un problema abstracto por tratar en el tomo V de *El Capital*, nunca escrito. Hoy, sin embargo, la realización concreta de este mercado mundial que avizoró Marx impone importantes desafíos políticos y teórico-metodológicos.

NA | Es decir que donde algunos ven en el ascenso de China la emergencia de una nueva superpotencia mundial o el surgimiento de un orden global multipolar, tú observas una forma más elevada y «pura» del capitalismo. ¿Cuáles son las implicancias de eso para la vigencia del imperialismo?

MA | Efectivamente, sí. Una de las implicancias importantes de la NDI —cuyo punto más álgido se dio con el auge de China a principios del actual siglo— es que de alguna manera tensiona el modelo de ciclos sistémicos de acumulación que supedita cada período de desarrollo capitalista a la conducción de una economía hegemónica (los imperios ibéricos en el siglo XVI, el Reino de los Países Bajos en el siglo XVII, Inglaterra en los siglos XVIII y XIX y Estados Unidos en el siglo XX). El desplazamiento del eje de la economía mundial hacia el Océano Pacífico es un evento geohistórico de tal magnitud que es improbable esperar el mismo patrón de dinámicas interestatales que marcaron la era occidental del capitalismo. Esa, por ejemplo, fue la conclusión a la que llegó

Giovanni Arrighi en su libro *Adam Smith en Pekín*, publicado poco tiempo antes de su muerte en 2009, en el que el autor cuestiona el esquema de ciclos sistémicos que él mismo había elaborado.

El acenso de China ha generado distintos acontecimientos que han sido considerados imperialistas, como las disputas territoriales relacionadas al megaproyecto de infraestructura Belt and Road (también conocido como «la Nueva Ruta de la Seda»), al puerto de Gwadar en Pakistán y a los asentamientos mineros chinos en África, para citar algunos de los ejemplos más paradigmáticos. Lo primero que se observa aquí es que la vocación china no es de carácter militarista o

de ocupación territorial (como fue el caso de las potencias europeas), sino más bien marcadamente mercantilista. De acuerdo con Parag Khanna, por ejemplo, esta vocación mercantilista de China se manifiesta en el hecho de que este país no busca ocupar otros países, sino asegurar el flujo de mercancías a través de ellos. El hecho de que China opere con una lógica más mercantilista que territorial indica que quizás estamos frente a una ruptura con el entramado de relaciones interestatales propias de las potencias europeas.



En América Latina, por ejemplo, se ha sugerido que el Consenso de Washington ha sido remplazado por un Consenso de los Commodities que ha instalado a China como el nuevo centro de las mismas relaciones de dependencia de siempre. Si bien hay una intuición muy importante en esta tesis, creo que la extrapolación mecánica de realidades angloeuropeas al contexto latinoamericano debe tomarse con más cautela, pues corre el peligro de pasar por alto la especificidad del contexto actual. Por ejemplo, como lo sugiere la literatura especializada en el campo de los estudios agrarios, la idea de una «extranjerización de la tierra» en la región (ya sea a manos de China o de bancos de inversión del Norte Global) carece de un fundamento empírico concreto y obedece más a suposiciones y exageraciones periodísticas sobre la inversión china en la región.

De hecho, lo que parece decir la evidencia empírica es que gran parte del acaparamiento de tierras que se ha dado recientemente en la región obedece a la actividad de grupos empresariales nacionales o al auge de empresas translatinas o multilatinas que adquieren tierras en países vecinos. Este hallazgo de por sí pone en tensión las interpretaciones estadocéntricas de la extracción de recursos en Latinoamérica y también resalta el rol (igualmente importante) de las burguesías nacionales. En consecuencia, también tensiona las lecturas estatistas del imperialismo y demanda nuevas perspectivas que, como lo ha afirmado Jeffery Webber, puedan dar cuenta de la «estratificación compleja» que caracteriza el sistema mundial bajo la fase tardía del capitalismo.

NA | Tal vez con eso toquemos uno de los temas más complejos pero interesantes de *Planetary Mine*, que es el modo en que el sistema de competencia interestatal podría perder vigencia mientras el imperialismo sigue operando.

MA | Parto de la idea de que el imperialismo es una forma política de la tendencia a incrementar la composición orgánica del capital —esto es, la proporción de capital fijo a capital variable, o de maquinaria a trabajo humano— a un nivel sistémico. Esta lectura se nutre principalmente de la teoría de reproducción ampliada que desarrolló Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital*. El aumento de la productividad a través de la producción de plusvalía relativa no solamente genera una mayor demanda de recursos naturales en las economías manufactureras, sino que también satura los mercados de consumo nacionales. En ese sentido, el proceso de reproducción ampliada genera presiones sistémicas que anteceden la autoridad política del Estado, pues se originan justamente en el proceso de acumulación. Uno de los aspectos relevantes de las teorías del imperialismo que surgieron de autores de la Segunda Internacional (como Luxemburgo, Lenin, Hilferding, etc.) es precisamente el hecho de que se desligaron de teorías políticas del imperialismo y desarrollaron explicaciones de este

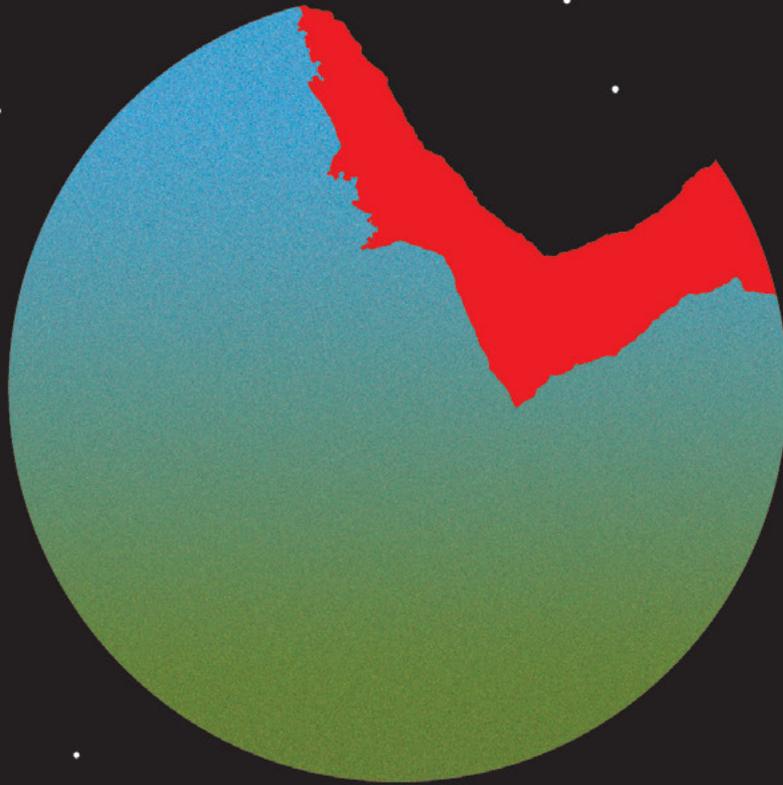
fenómeno que hacían hincapié en sus aspectos más económicos y sistémicos.

En otras palabras, la contribución de estas teorías consistió en descifrar las fuerzas económicas que impulsan lo que en la superficie parecían estrategias estatales supuestamente autónomas. Fue justamente esta misma intuición lo que por ejemplo llevó a Hannah Arendt a definir el imperialismo moderno como «la emancipación política de la burguesía» a través de un desdoblamiento del Estado político.

Hoy en día estamos presenciando una exacerbación de los síntomas tradicionales del imperialismo tales como el despojo violento de poblaciones rurales, un creciente uso de la fuerza extraeconómica para contener el descontento y la revuelta social y el exterminio de comunidades indígenas y defensoras del medio ambiente, entre otros. Sin embargo, trazar una causalidad directa con China o con cualquier otra potencia, como sucedía en otras épocas, se hace cada vez más difícil, y esto conlleva la necesidad de repensar el imperialismo o, mejor dicho, de tensionar las comprensiones más convencionales de este fenómeno que parten del presupuesto de que el Estado es su elemento primigenio.

Como bien lo ha planteado Raúl Zibechi recientemente, la militarización es la fase avanzada del extractivismo. Sin embargo, esta militarización ya no se da en un marco de relaciones interestatales discerniblemente antagónicas, sino que se presenta eminentemente como un mecanismo de los Estados para controlar a sus propias poblaciones domésticas ante las necesidades sistémicas del proceso de reproducción ampliada. En el lenguaje de la *intelligentsia* económica, tanto neoliberal como neodesarrollista, las necesidades sistémicas que se desprenden de la producción de la plusvalía relativa a escala planetaria se entienden en términos de un imperativo de asegu-

El desplazamiento del eje de la economía mundial hacia el Océano Pacífico es un evento geohistórico de tal magnitud que es improbable esperar el mismo patrón de dinámicas interestatales que marcaron la era occidental del capitalismo.



rar el «progreso», el «desarrollo» y el «crecimiento económico». Como lo han demostrado diversos estudios, estos discursos sobre el progreso muchas veces son abrumadoramente compatibles con prácticas de expulsión e incluso exterminación en zonas extractivas.

NA | O sea que el Estado nación es una forma —cada vez más rígida y autoritaria, como señalan— cuyo contenido más profundo remite en última instancia a la economía mundial, ¿no? Entiendo que aquí echas mano de un enfoque teórico particular, el llamado «análisis de formas».

MA | Un aspecto muy relevante de esta corriente de pensamiento es el hecho de que cuestiona la separación metodológica entre *lo político* y *lo económico* que tiende a ser propia de variantes más estructurales del marxismo.

Bajo una reconstrucción hegeliana de la obra de madurez de Marx, estas tradiciones plantean que el Estado liberal no constituiría una esfera independiente o con «autonomía relativa» (en los términos en que lo proponen autores como Althusser o Poulantzas) del proceso de acumulación, sino que sería más bien una forma fetichizada o un *modo de existencia* de un contenido subyacente, el cual comprende las relaciones sociales en su materialidad concreta.

Esta comprensión dialéctica del Estado ofrece una alternativa tanto a las lecturas «hiperglobalistas», que proclaman la erosión de la soberanía del Estado nación ante la fuerza avasalladora de las compañías transnacionales y el capital financiero (como es el caso de las teorías sociológicas de la globalización que surgieron de autores como Manuel Castells, Zygmunt Bauman, Michael Hardt y Antonio Negri, entre otros) como a las lecturas «politicistas», que ven el sistema mundial como el resultado inmediato de relaciones antagónicas entre Estados nación que se presuponen autónomos (como sucede, por ejemplo, con

algunas teorías de la dependencia, del intercambio desigual y del imperialismo).

En palabras de Werner Bonefeld, el Estado moderno es «la forma política de la libertad de mercado». En América Latina, esta lectura hegeliana y dialéctica del Estado capitalista fue desarrollada inicialmente por el clásico libro *Hacia un Marx desconocido*, de Enrique Dussel, y posteriormente por Juan Iñigo Carrera. Para Iñigo Carrera, las dinámicas que fundamentan la Nueva División Internacional del Trabajo serían globales en cuanto a su contenido y nacionales en cuanto a su forma. Es justamente esta lectura del Estado capitalista la que a mi

parecer permite captar la manera en que un Estado neoliberal crecientemente autoritario y amurallado y un orden mundial funcionalmente integrado por cadenas de suministro se necesitan mutuamente.

NA | Estamos conversando hace rato sobre una teoría ampliada de la extracción. Por cierto, la extracción se ha convertido en un término que se utiliza a propósito de diversos tipos de explotación que ocurren por fuera del sitio de producción estrechamente definido.

¿Hay consideraciones estratégicas —como aquellas que han desarrollado algunas corrientes feministas en torno a la extracción financiera— que se desprendan de tu teoría acerca de una «mina global»?

MA | Lo que plantearon personas como Mariarosa Dalla Costa y Antonio Negri en su momento fue el hecho de que la producción capitalista había desbordado el espacio individual de la fábrica y se empezaba a derramar por todo el tejido social: en hogares, escuelas, cárceles, así como en el arte y la cultura popular. De la misma manera, hoy podemos observar el modo en que el extractivismo empieza a desbordar los límites del sector primario individualmente considerado y a proyectar sus lógicas y relaciones sociales a las tecnologías digitales, los sistemas logísticos, el sector inmobiliario y el financiero, entre otros.

Un Estado neoliberal crecientemente autoritario y amurallado y un orden mundial funcionalmente integrado por cadenas de suministro se necesitan mutuamente.

Pensar en términos de una mina global o una mina planetaria implica justamente desarrollar mecanismos teórico-metodológicos para poder captar estas relaciones de interdependencia en la economía global. Implica volver de manera crítica al estudio de los circuitos de capital, las cadenas globales de mercancías, el análisis de sistemas-mundo y otras aproximaciones afines que justamente permitan comprender ese complejo entramado de procesos que conectan minas, puertos, buques cargueros, fábricas, bolsas de valores y espacios de consumo masivo.

Pero el concepto de una mina global también comporta un problema de carácter político-estratégico de primer orden, pues implica un esfuerzo de superar la fragmentación de la subjetividad productiva de las clases trabajadoras, que tiende a reducir el extractivismo a un problema de «comunidades locales» y que desconoce la realidad de trabajadoras y trabajadores no solamente en la minería, sino en otros eslabones de la cadena logística. En este sentido, este enfoque se inspira en el clásico libro

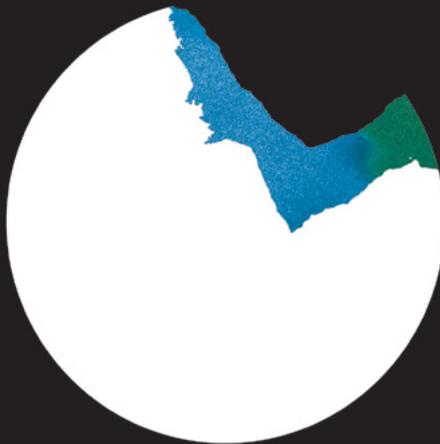
Patriarcado y acumulación a escala mundial, en el que María Mies afirmó que la naturaleza fetichizada de la mercancía capitalista tendía a invisibilizar las relaciones de mediación social que hacían de la mujer productora en la maquila del Sur Global y la mujer consumidora de un Norte Global crecientemente empobrecido dos caras de una misma moneda.

Esta opacidad también la podemos ver hoy en día en la aparente fragmentación que dificulta entender la manera en que las comunidades indígenas y campesinas del espacio extractivo se vinculan con los espacios de logística, manufactura y consumo en otros lugares del mundo. Revelar el modo en que estos distintos espacios de la división sexual e internacional del trabajo se coproducen, para María Mies, no era un problema meramente teórico sino principalmente

de estrategia socialista. Era la condición para poder imaginar y construir un verdadero internacionalismo del pueblo trabajador.

NA | En alguna medida, es el viejo dilema de una creciente socialización del trabajo y la simultánea fragmentación de la clase obrera... ¿Se podría decir que las nuevas dinámicas de extracción que estamos discutiendo conllevan la posibilidad de una nueva subjetividad revolucionaria?

MA | Es muy improbable pensar que el impresionante proceso de integración funcional que se ha presentado en la cadena extractiva no haya tenido su propio correlato político. Como lo discutíamos hace un momento, la creciente importancia de la esfera de la circulación en la acumulación del capital ha traído consigo nuevas manifestaciones de lucha territorial y política. Pero no es solamente el hecho de que la revuelta social haya desbordado los espacios de producción y ahora se extienda más ampliamente por todo el tejido social.



Una de las particularidades de las crisis del siglo XXI es que ha hecho resurgir la antigua figura del movimiento de masas. El movimiento feminista es quizás el ejemplo más paradigmático de este emergente paisaje de la revuelta social pues, como lo ha afirmado Verónica Gago, es un movimiento que se distingue porque combina masividad y radicalidad. Algo similar sucede con el movimiento de Black Lives Matter o con el de justicia climática, que lidera Greta Thunberg y que se opone a los dos grandes pilares de la economía capitalista: el crecimiento infinito y las industrias fósiles.

Esta creciente interdependencia y socialización del trabajo traen consigo el desafío de entender la subjetividad revolucionaria como una subjetividad que es

Cualquier alternativa real al capitalismo tiene la difícil misión de elaborar una articulación más matizada entre lo nuevo y lo antiguo, para que así no caiga en los extremos del productivismo acrítico o de la nostalgia pastoril.

socialmente mediada. Tradicionalmente, se ha tendido a pensar que los fundamentos para la acción transformadora consciente se encuentran en elementos culturales (la particular valentía o dignidad de un pueblo), morales (la idea de la libertad o de la igualdad) o transhistóricos (la solidaridad propia de comunidades primitivas) de la vida social. Si bien estas lecturas son relevantes, pierden de vista las capacidades transformadoras que se desarrollan al interior de la evolución global del capitalismo.

Esta fue quizás una de las conclusiones más importantes a las que llegó Marx en sus escritos etnológicos tardíos sobre las comunidades arcaicas. En los llamados «Cuadernos Kovalevsky» y en los borradores de la carta que escribió a Vera Zasulich en 1881, Marx empieza a cuestionar la idea de que el proletariado industrial pudiese ser «la partera de la historia». Por el contrario, comenzaba a identificar en las sociedades primitivas y no occidentales una serie de elementos esenciales y algunas potencialidades de lo que podría ser una civilización poscapitalista avanzada. Sin embargo, las relaciones de la comunidad arcaica se habían mantenido delimitadas a una existencia parroquial debido a su capacidad técnica, y por ende sería un sistema complejo de interdependencia social —como el que se desprende de la ciencia y tecnología capitalistas— lo que permitiría la generalización de estas relaciones a una escala planetaria.

Los escritos de juventud de Álvaro García Linera, por ejemplo, desarrollan justamente esta posibilidad de que lo comunitario que hay en la comunidad arcaica pueda regresar en una forma superior gracias al intercambio metabólico global que hace posible la modernidad capitalista. El regreso de esta comu-

nidad arcaica, sin embargo, esta vez tendría un contenido planetario, precisamente por la socialización del trabajo moderno. Esta formación terciaria de la sociedad, denominada en términos de «Ayllu Universal» por García Linera o de «modernidad *ch'ixi*» por Silvia Rivera Cusicanqui, sería la conjugación de lo comunitario y lo planetario. Me parece interesante pensar que en la nueva figura del movimiento de masas (ya sea feminista, antirracista o ecosocialista) se refleja una nueva conciencia planetaria en la que podremos encontrar los primeros vestigios de lo que podría llegar a ser este Ayllu Universal o esta futuridad *ch'ixi*.

Creo, en definitiva, que cualquier alternativa real al capitalismo tiene la difícil misión de elaborar una articulación más matizada entre lo nuevo y lo antiguo, para que así no caiga en los extremos del productivismo acrítico o de la nostalgia pastoril. Este tipo de maniqueísmo clausura trayectorias civilizatorias complejas, barrocas y heterogéneas en las que, como alguna vez lo afirmó Bolívar Echeverría, la vida social sigue siendo moderna pero al mismo tiempo radicalmente alternativa.

Pensar en una sociedad que se pueda construir en torno al valor de uso y a la reproducción social no implica renunciar a las posibilidades que ofrece la técnica. En la tradición ecosocialista encontramos un importante esfuerzo de elaboración teórica para imaginar un tipo de anticapitalismo que sea tecnológicamente avanzado y democráticamente planificado (a través de interacciones múltiples entre cuerpos autogestivos y cuadros técnicos) pero que, al mismo tiempo, respete, preserve y restaure los límites naturales del planeta y de sus sistemas biofísicos. ●

Capital Cultural

GRAMSCI ON-DEMAND

¿Es posible la síntesis entre la tecnología futurista, la recuperación de las estructuras abandonadas de la modernidad y el respeto al medioambiente? Esta es la apuesta del movimiento Solarpunk.

¿Un porvenir luminoso?

Se trate de una tierra desolada y radioactiva como en *Mad Max*, de una ciudad agobiante, contaminada y superpoblada como en *Blade Runner* o del cultivo intensivo de seres humanos para alimentar a una inteligencia artificial diabólica, como en *Matrix*, hay algo que permanece no cambiar: el futuro no es un lugar acogedor.

La distopía es hoy el principal paradigma estético y narrativo a la hora de proyectar el futuro cercano. La difusión de productos de ciencia ficción, desde las revistas de historietas, pasando por las películas y las series de TV, hasta el creciente mercado de los videojuegos, nos permite identificar indicios significativos del estado en el que se encuentra el imaginario colectivo. El capitalismo tardío está obsesionado con su final: las historias que funcionan y que se abren paso desde las imprentas hasta los escritorios de los grandes productores de Hollywood suelen tener como eje una catástrofe inminente, un acontecimiento que anula cualquier esperanza de futuro. Unos muros invisibles cercan nuestra imaginación hasta volver impensable —salvo en términos catastróficos— cualquier futuro desprovisto de las garantías del presen-

te. Si, como reza el mantra de *Realismo capitalista* de Mark Fisher, es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, entonces los escenarios distópicos —o al menos el uso que hoy se hace de ellos— son los instrumentos por medio de los cuales se confirma lo impensable de cualquier alternativa y se cierran las perspectivas del futuro en ese círculo que es la eterna santificación del presente.

Pero la ciencia ficción no siempre cumplió este rol. Basta pensar en *1984* de George Orwell o en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, ambas armas literarias de denuncia política. En la actualidad, esta tendencia constitutiva a la proyección cae bajo el peso de la vigilancia y el control de las masas.

Pero, aun cuando este uso normalizador de los escenarios distópicos busca obstaculizar la imaginación de futuros alternativos, la ciencia ficción todavía nos brinda la posibilidad de realizar la crítica de lo existente. Solarpunk, la última corriente que surgió al interior de este género, es una tentativa de imaginar una respuesta constructiva y colectiva a la degradación sofocante del capitalismo tardío, una estrategia para



No se trata de un «optimismo ciego, ingenuo e infantil», sino de una «reacción al cinismo y al pesimismo de las perspectivas sobre el futuro próximo que se nos imponen».

salir de las jaulas de los futuros distópicos y pensar un mundo pacífico, próspero y sostenible. Los escritores y las escritoras que participan de esta corriente están empeñados en destruir el dogma del futuro alternativo impensable. Ambientan sus historias en un futuro no tan lejano y se basan en soluciones reales a los grandes problemas que afligen a la sociedad actual.

Se trata de un nuevo modo de imaginar el futuro que recién en los últimos años recibió un nombre y una identidad precisas. Las huellas del Solarpunk se remontan hasta 2012, año en que se publicó en Brasil el volumen *Solarpunk: Histórias ecológicas e fantásticas em um mundo sustentável*, editado por Gerson Lodi-Ribeiro. Le siguió en 2014 un artículo de Adam Flynn, titulado *Solarpunk: Notes Toward a Manifesto*. El término se hizo cada vez más conocido, sobre todo en la web (solarpunkanarchist.com) y en las redes sociales, espacios donde se debate la sustentabilidad medioambiental, la crítica del capitalismo, los recursos renovables y la problemática de las comunidades que resisten en lucha contra la gentrificación.

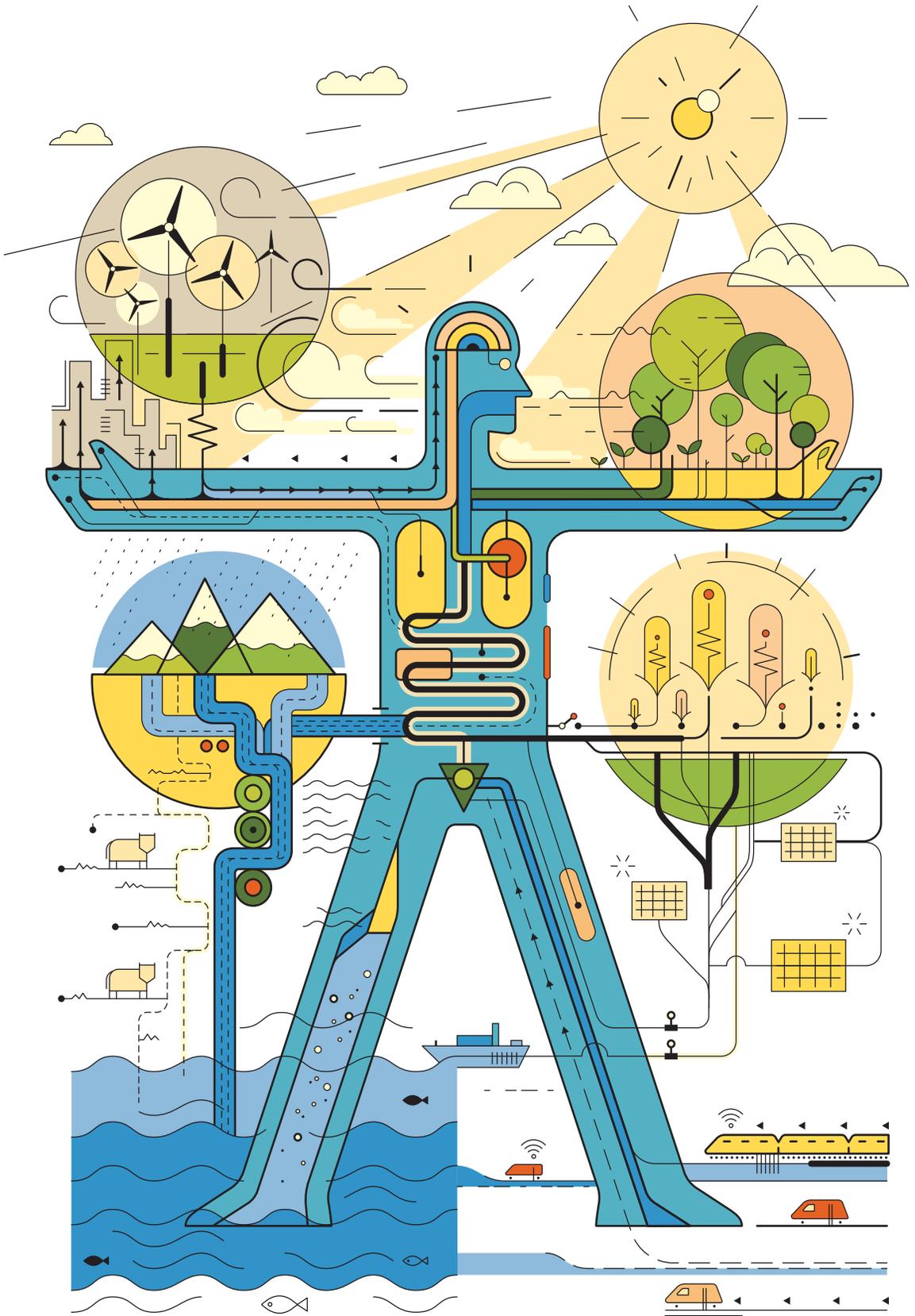
Para hacerse una idea de los escenarios que imagina el Solarpunk puede ser útil releer a algunos escritores considerados como precursores. Personajes del calibre de Ursula Le Guin y Kim Stanley Robinson están muy cerca de esta temática y de su peculiar sensibilidad. En *Los desposeídos* (1974), Ursula Le Guin describe un mundo —el planeta Anares— colonizado y adaptado a condiciones propicias para la vida humana

gracias al trabajo colectivo de un grupo de fugitivos políticos que fundaron una comunidad anárquica en función del rechazo de la propiedad y de la autoridad.

Kim Stanley Robinson, en la *Trilogía marciana* (1992-1996), narra la historia de un grupo de colonos terrestres que, luego de dejar la Tierra en 2027 y sortear incontables dificultades durante siglos, logran convertir al planeta rojo en un lugar habitable y abundante. Su obra más reciente, *El ministerio del futuro* (2020), relata la historia de cómo se terminó con los efectos del cambio climático en la Tierra mediante un nuevo ente internacional, nacido del Acuerdo de París, que tiene como fin la defensa de los derechos de las generaciones por venir.

El Solarpunk recupera esta tendencia utópica explícita, siempre presente en las tramas de la ciencia ficción, para hibridarla con elementos de crítica y resistencia. Sin embargo, como escribe Francesco Verso —autor de *I camminatori*, primera novela solarpunk italiana— no se trata de un «optimismo ciego, ingenuo e infantil», sino de una «reacción al cinismo y al pesimismo de las perspectivas sobre el futuro próximo que se nos imponen».

De este optimismo realista nacen escenarios híbridos, en los que las zonas agrícolas, surcadas por contradicciones laborales y climáticas, son el trasfondo en el que viven unos personajes empeñados en descubrir y aplicar nuevas técnicas de producción de alimen-



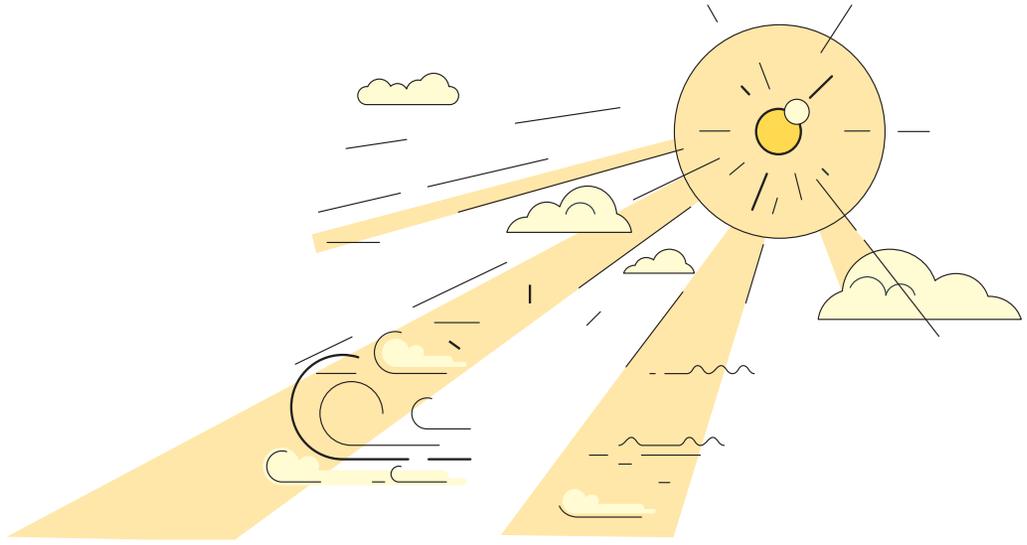
La toma de conciencia del cambio climático en curso es uno de los principales elementos políticos de la narrativa del Solarpunk.

tos, con el objetivo de proveer a una población cada vez más numerosa. Emergen nuevos sitios de vida y de producción, como la finca en espiral, una fábrica ecosustentable con *apps* y drones que se ocupan del ganado para producir energía y metano, o la bahía de energía autónoma, con esferas de refracción, paneles fotovoltaicos y plantas de desalinización que funcionan con la presión de los mares. La ciudad imaginada en este escenario adopta rasgos novedosos, que están vinculados en general con la reutilización en clave sostenible y redistributiva de todo lo que ya se ha construido. El equilibrio particular entre propuesta y reacción, utopía y distopía, está bien expresado en el carácter doble del término Solarpunk: el elemento «solar», es decir, la tendencia a imaginar futuros mejores y sostenibles, capaces de reutilizar y resignificar «los restos de lo insostenible» (expresión de Bruce Sterling), se conjuga con el elemento «punk», que representa el impulso a refutar y combatir la norma a través de la desobediencia y de la rebelión.

Es imposible que el Solarpunk logre sortear ese punto de referencia y confrontación tan pertinente que es el Cyberpunk, corriente nacida en los años 1980 y que pretendía —para servirnos de los términos de su principal teórico, a quien venimos de mencionar: Bruce Sterling— «un nuevo tipo de integración» entre dos reinos hasta entonces separados: «el reino de la *high tech* y el moderno pop *underground*».

En la construcción de sus escenarios, los escritores del Cyberpunk no ocultaban la naturaleza política de la crítica que dirigían a la sociedad de aquellos años. La realidad del período estaba definida por la parálisis política, el dominio de las multinacionales, la alienación creciente y el uso cada vez más invasivo de las nuevas tecnologías: todos factores que llevaban a presagiar escenarios distópicos en el horizonte. El Solarpunk no niega estos elementos de crítica y rebelión, sino que intenta partir de ellos para llegar a otros nuevos y transformar el pesimismo en optimismo. Se trata entonces de una continuación de la lucha iniciada por el Cyberpunk —aunque en escenarios no distópicos— para construir contranarraciones capaces de señalar alternativas concretas.

La toma de conciencia del cambio climático en curso es uno de los principales elementos políticos de la narrativa del Solarpunk. Para comprender el rol de la humanidad en el marco del Antropoceno y acceder a un futuro mejor es necesario «abrir los ojos a nuestro pecado climático, reconocer la gravedad del asunto y comenzar a reducir las emisiones», escribe Hudson. Al referirse al papel que puede desempeñar la literatura en la lucha contra el cambio climático, Donna Haraway considera su capacidad de desatar «un ciclo de retroalimentación suficientemente potente como para propiciar un cambio cualitativo en los sistemas discursivos político e ideológico»: la ciencia ficción,



en otras palabras, al imaginar futuros, puede influir en los saberes y en las narraciones y es capaz de provocar transformaciones en el presente. Amitav Gosh, en *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable*, también se refiere a esa capacidad de la ciencia ficción de pensar lo impensable, de dotar de forma e imágenes a eso para lo cual nos faltan las palabras.

El Solarpunk retoma todos estos elementos. Se apropia de las inquietudes de la ecología, aunque en su apropiación está implícita la reconsideración del concepto de naturaleza. Presta mucha atención a no caer en la trampa de fetichizar el ambiente natural, como si se tratara de un mundo sagrado y primigenio al cual deberíamos intentar retornar a toda costa. La solución proyectada en los escenarios del Solarpunk anticipa la hibridación de la tecnología con la naturaleza y con los restos de las grandes estructuras insostenibles del capitalismo, para alumbrar un nuevo tipo de infraestructura.

Un ejemplo concreto en este sentido, que se está construyendo en este momento en Shijiazhuang (China), es la Ciudad Bosque del arquitecto Stefano Boeri. Se trata de un ecosistema urbano de bajo consumo energético capaz de absorber CO₂, que imita la forma del carpelo de una flor. Cada pétalo alberga habitaciones para 20 000 personas y locales

comerciales, y el bulbo central es sede de hospitales, escuelas y servicios públicos. También está el proyecto Hyperions de Vincent Callebaut, un complejo de torres jardines gigantes de 36 pisos, construido casi exclusivamente de madera. Su estructura está inspirada en la de las secuoyas y los termiteros y son capaces de albergar, además de las habitaciones, todo un ecosistema energético y alimentario, con huertas urbanas, cúpulas bioclimáticas y extensiones de tierra cultivable. Arte, arquitectura e ingeniería son las disciplinas principales involucradas en las propuestas estéticas y políticas de las que se apropia el Solarpunk: su convicción, no solo literaria, es que tiene sentido buscar una síntesis entre la tecnología futurista, la reutilización de estructuras abandonadas y el respeto al medioambiente para construir una nueva ciudad biomimética, inspirada en las formas naturales, sin que esto implique el retorno a una época primitiva.

«Como sucedió con el Cyberpunk, el peligro es que el Solarpunk se reduzca a ser otra moda pasajera, que sea fagocitado por el consumismo y transformado en una nueva arma de entretenimiento y distracción de las masas», escribe Francesco Verso. Eso no quita que, ahora más que nunca, sea necesario minar el campo imaginativo que pesa sobre el presente para lograr pensar lo impensable: un futuro alternativo al mundo actual. ●



Películas para el fin del mundo

Una selección de películas que dista de ofrecer un panorama muy esperanzador, por lo que recomendamos una cuidadosa administración para no sumar depresión al encierro pandémico. En cualquier caso, la dosificación quedará a criterio personal.

Mientras la segunda ola de la epidemia de coronavirus se superpone con la tercera y en muchos países del mundo se fortalece el llamado a la ciudadanía a permanecer en sus hogares, las reflexiones sobre las premisas ambientales de la pandemia en general se soslayan.

Más allá de los imprescindibles debates teóricos, con frecuencia algunos productos artísticos ayudan a entrarle al tema. Los menos interesantes suelen ser aquellos en plan Scooby-Doo socialista, que se limitan a arrancarle la máscara al villano de turno para mostrar que detrás está el capitalismo. Sí, ya sabemos, pero con eso no avanzamos gran cosa. Lo interesante sucede cuando alguno de estos objetos artísticos de consumo popular ilumina un aspecto inesperado del problema, revela (intencionalmente o no) lógicas subyacentes o, como una suerte de «inconsciente social», ayuda a mostrar los temores y esperanzas de una sociedad en un momento dado.

Aquí van cinco ficciones y cinco documentales que creemos aportan en este sentido, buscando la mayor heterogeneidad posible entre películas *live action* y de animación, clásicas y modernas, productos de los países del Norte y de Nuestra América. También buscamos que todas sean accesibles *online*.

Ficciones



Hay infinidad de películas en la que una crisis ambiental más o menos apocalíptica aparece como telón de fondo de la historia en cuestión. Ahí están *Blade Runner*, la saga *Mad Max*, *Interestelar*, *Robocop*, *Hijos del hombre* (también con un poderosísimo discurso contra la xenofobia), *Waterworld*, *La carretera*, *Idiocracia* y muchas otras. Pero el espacio es tirano, así que vamos a las cinco elegidas.

LA PRINCESA MONONOKE (1997), de Hayao Miyazaki

La preocupación ambientalista está presente en casi todas las películas de Miyazaki (baste recordar la tremenda escena del espíritu del río en *El viaje de Chihiro*, entre muchas otras), pero en *La princesa Mononoke* es el tema compositivo principal de este. Este es su sexto largo en Estudio Ghibli y fue el primero en utilizar tecnología digital, con lo cual fue durante muchos años la película de animación más cara de la historia japonesa.

Se trata de un drama adulto ambientado en el Japón medieval del período Muromachi, cuando se talaron grandes superficies de bos-

ques para alimentar la fabricación de hierro. Buscando el origen de la brutal transformación del dios jabalí Nago que arrasa su aldea, el joven Ashitaka emprende un viaje hacia el origen de la corrupción, al final del que se encontrará en el medio de la guerra entre la ciudad de hierro de los hombres y los espíritus animales del bosque. Más allá de su belleza épica, resulta interesante que la resolución del conflicto no sea primitivista, proponiendo un imposible retorno al momento idílico de armonía con la naturaleza, sino una suerte de compromiso tenso en el que deben convivir el bosque y los desarrollos tecnológicos que transforman al mundo humano.



CUANDO EL DESTINO NOS ALCANCE

(1973), de Richard Fleischer

Esta distopía se basa en el libro de ciencia ficción *¡Hagan sitio, hagan sitio!*, de Harry Harrison, de 1966, un clásico que aborda las preocupaciones sesentistas sobre la amenaza de la sobrepoblación mundial (una central inquietud yanqui de entonces, motivada por el acelerado crecimiento demográfico de los países asiáticos en el marco de la Guerra Fría).

En una distópica Nueva York futurista de ¡2022!, 40 millones de personas luchan por sobrevivir en un contexto signado por el hacinamiento, la contaminación y el impacto del calentamiento global. Por supuesto, hay una élite política y económica que tiene acceso a una alimentación diversificada, pero la mayoría sobrevive en base a un único producto comestible, el «Soylent Green», que da nombre a la película en su versión original. El detective Robert Thorn que interpreta Charlton Heston se lanza a una investigación que terminará descubriendo un terrible secreto en torno al producto. Olvídense del famoso meme que cuenta el final.

EL SILENCIO DEL CAZADOR

(2021), de Martín Desalvo

Esta especie de western selvático nacional es una rareza en un cine argentino que no suele abordar demasiado la temática ambiental. Pablo Echarri encarna a un guardaparques que lucha contra los cazadores furtivos en una reserva misionera.

A lo largo de la película, que desarrolla el conflicto histórico entre el guardaparques y el hijo de uno de los terratenientes de la zona, con logrados apuntes clasistas, aparecen temáticas como la amenaza de la deforestación, el abandono secular de las comunidades indígenas, la explotación laboral de los peones de campo y otras. El marco tropical es un personaje más, con una notable presencia visual y auditiva. Tal vez lo menos interesante sea el clásico triángulo amoroso.

Como posdata a las producciones argentinas, sumamos *Soy tóxico* (2018), de Pablo Parés y Daniel de la Vega, una película posapocalíptica clase B que anticipó la llegada de la epidemia de coronavirus.



WALL-E

(2008), de Andrew Stanton

Un clásico de Pixar que sigue al robot de la línea Wall-E, diseñado para limpiar la basura que cubre a la Tierra después de ser destruida y abandonada por una humanidad que sobrevive engordando en lujosas naves espaciales/*shop-pings*. Mientras cumple su tarea, el robotito construye una historia de amor mecánico con EVA, una robot de combate enviada al planeta a buscar indicios de vida que habiliten una repoblación.

En *Realismo capitalista*, el siempre lúcido Mark Fisher alerta sobre las lógicas que habilitan estas críticas desde el mismo seno de las corporaciones: «Un film como Wall-E es ejemplar de lo que Robert Pfaller ha llamado ‘interpasividad’: la película exhibe nuestro anticapitalismo frente a nosotros mismos y nos permite seguir consumiéndolo con impunidad. [...] El estalinismo o el fascismo no pueden concebirse sin la propaganda, pero el capitalismo sí, y perfectamente: incluso, la propaganda suele sentarle mal y quizás el realismo capitalista funcione mejor cuando nadie lo defiende».

SNOWPIERCER

(2013), de Bong Joon-ho

Unos años antes de su genial *Parasite* (2019), el gran director coreano había plasmado sus reflexiones sobre la lucha de clases en una gran película de género basada en la novela gráfica francesa de Jacques Lob, Benjamin Legrand y Jean-Marc Rochette *Le Transperceneige*.

En el pasado ficcional de 2014, varios gobiernos intentaron aplicar un plan de geoingeniería del tipo de los que auspicia Bill Gates, soltando a la atmósfera un producto experimental que contribuiría a bajar la temperatura terrestre. Por supuesto, la movida sale mal y adviene una nueva era glacial a la que sobreviven apenas los pasajeros de un gigantesco tren rompenieves que está en circulación hace siete años, recorriendo un inhabitable mundo muerto y helado. Las clases del pasaje se transforman en auténticas clases sociales en una de las películas más *bolches* de los últimos años. ¡Pasajeros de clase turista, uníos para tomar la locomotora! Este año Netflix estrenó una serie sobre esta historia, pero no está ni cerca de la contundencia del film.





Hay cientos de documentales «ecologistas» que no cuestionan en absoluto las subyacentes lógicas del capitalismo ecocida, limitándose a predicar la importancia del «consumo responsable» o a denunciar tímidamente a las multinacionales responsables de los más severos daños al medio ambiente, como son los casos de *La última hora* (2007), producida y narrada por Leonardo Di Caprio, o *Una verdad incómoda* (2006), que sigue la campaña del exvicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore, haciendo foco en sus alertas sobre el calentamiento global. A otra cosa.

COMPRAR, TIRAR, COMPRAR (2010), de Cosima Dannoritzer

La realizadora alemana enfoca su documental en la enorme contaminación generada por el descarte de productos planeados para durar poco y ser rápidamente reemplazados por otros. La película arranca con la nimia falla de una impresora, luego de que el usuario que busca un repuesto para seguir usándola se encuentra con que en todos los negocios le recomiendan comprar una nueva.

Desde esta inicial prueba de la lógica de una «obsolescencia programada» de productos como apuesta a motorizar la producción y el consumo de infinidad de productos que, bajo una lógica diferente, podrían ser mucho más duraderos, el documental recorre distintos puntos de Alemania, Francia, España, EE. UU. y Ghana, un país africano que se convirtió en el vertedero ilegal de los miles de toneladas de «basura electrónica» que constantemente genera Occidente. La directora lanzó una continuación del film en 2014: *La tragedia electrónica*.

ANDRÉS CARRASCO, CIENCIA DISRUPTIVA (2019), de Valeria Tucci

La película se centra en la historia del médico e investigador argentino Andrés Carrasco, quien hasta el momento de su muerte en 2014 denunció y aportó pruebas contundentes sobre los efectos nefastos de los agrotóxicos en la salud.

Carrasco, que se especializó en biología molecular y del desarrollo y fue presidente del CONICET y del Laboratorio de Embriología de la Universidad de Buenos Aires, analizó específicamente el impacto del glifosato sobre la salud de ecosistemas y poblaciones. Sus estudios lo pusieron tanto en la mira de multinacionales de la talla de Monsanto, Dow Chemical y Syngenta como en la de sus socios y cómplices estatales, que por lo menos desde el menemismo vienen avalando sin solución de continuidad las más brutales lógicas extractivistas para la producción agrícola argentina.



PLANETA PLÁSTICO
(2009), de Werner Boote

Desde que en los años 60 el plástico comenzó a hacerse omnipresente en la vida cotidiana de la absoluta mayoría de los habitantes del planeta, se han comenzado a estudiar sus efectos nocivos sobre la salud. La producción mundial de plásticos pasó de 1 millón de toneladas en 1963 a 230 millones en 2010. El austriaco Werner Boote, nieto de uno de los pioneros de la industria plástica, trata de purgar la culpa familiar con este documental al que le dedicó una década de investigación.

Sin dudas es la película más «consumo responsable» de la lista, pero algunos datos que comparte son impactantes; más allá de que ya sabemos que un envase de yogur tarda 500 años en degradarse, logra que imágenes como la del continente plástico que flota en el Pacífico nos queden grabadas.



GUARDIANA DE LOS RÍOS
(2017), de Jennifer Ávila

El documental producido por Radio Progreso y Madre Tierra Producciones aborda el legado de la líder indígena y ambientalista hondureña Berta Cáceres, asesinada en 2016 por su oposición al desastroso impacto ambiental de una represa sobre el río Gualcarque, que empresas extranjeras comenzaron a construir sin respetar el Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales.

La periodista que dirige el documental iba a entrevistar a la activista ambientalista y feminista, vocera de las comunidades indígenas en lucha por la defensa del agua y del medioambiente, cuando ésta fue asesinada por sicarios a sueldo de las multinacionales. El asesinato de Cáceres, que generó un repudio universal, no ha sido el único, ya que según la ONG Global Witness, Honduras es el país más peligroso del mundo para los activistas ambientales. Otro documental que aborda el caso es *Berta vive* (2016), de Katia Lara.

**TIERRA SUBLEVADA:
ORO IMPURO**
(2009), de Pino Solanas

El recientemente fallecido Pino Solanas sintetizaba así su apuesta en este film: «En los años 90 las políticas neoliberales entregaron el petróleo y la minería a las corporaciones. Usando sustancias tóxicas y métodos extractivos depredadores, contaminaron las napas de agua y el medio ambiente. La tierra reaccionó frente al maltrato: los cortes de ruta y las asambleas de los ambientalistas hicieron nacer una nueva conciencia por la salvaguarda de la vida y la recuperación de los recursos minerales».

Más allá del excesivo protagonismo del director de *Los hijos de Fierro* y el poco original uso del *off*, la película presenta una serie de datos útiles y contundentes sobre las lógicas del extractivismo minero, un insumo importante en tiempos de resistencia ambientalista anti-gaminería.

**«NUESTRA ÚNICA
ESPERANZA ES UN
POPULISMO DE
IZQUIERDA QUE
EVOLUCIONE HACIA
EL SOCIALISMO»**



En sus últimos trabajos, Nancy Fraser desarrolla una «comprensión ampliada» del capitalismo. Centrada en analizar las precondiciones no mercantiles de la producción capitalista (los «talleres ocultos» del capital), esta perspectiva arroja nueva luz sobre problemáticas que están en el centro de los debates actuales: la reproducción social, el racismo, la crisis ecológica, la estrategia socialista.

ENTREVISTA CON
NANCY FRASER

POR MARTÍN MOSQUERA

TRADUCCIÓN
VALENTÍN HUARTE

ILUSTRACIONES
SAEL

MARTÍN MOSQUERA | Tus trabajos más recientes desarrollan un «concepto ampliado de capitalismo». Se trata de cuestionar la definición tradicional que se concentra de manera estrecha en el capitalismo como sistema económico, ¿es así?

NANCY FRASER | Efectivamente, la concepción ampliada del capitalismo es un intento de abandonar las interpretaciones inadecuadas y burdas de cierto marxismo que piensa en términos de base y superestructura, es decir, que afirma que el fundamento real de la sociedad es el sistema económico y que todo lo demás es una superestructura. En ese modelo, la causalidad fluye de manera unidireccional desde la base económica hacia la superestructura jurídico-política. En cambio, si hablamos de la relación entre el subsistema económico de la sociedad capitalista y las condiciones de posibilidad que constituyen su trasfondo necesario, la imagen de la base y la superestructura se complica. Afirmar que algo es una condición necesaria de la economía implica que las actividades que hacen al funcionamiento del sistema económico capitalista

—la producción de mercancías, la posibilidad de venderlas para obtener ganancias y acumular capital, la compra de la fuerza de trabajo y su utilización— no pueden desarrollarse a menos que otros elementos, que a veces se piensa que están fuera de la economía, se encuentren en su debido lugar.

En este sentido, por ejemplo, son necesarias las relaciones de parentesco que organizan los nacimientos, el cuidado, la socialización y la educación de las nuevas generaciones, que reponen la fuerza de los trabajadores adultos que deben alimentarse, bañarse, vestirse y descansar para poder retornar a sus trabajos al día siguiente. Creo que este es un argumento que los lectores de *Jacobin* conocen bien y que fue desarrollado en detalle por las feministas que trabajan en el marco de esa variante del feminismo marxista que se denomina Teoría de la Reproducción Social. Si tomamos el ejemplo de la reproducción social, percibimos inmediatamente que, de no realizarse adecuadamente esta condición de fondo, se estropea la producción. Esto implica que las posibilidades de acumular capital



por medio del sistema económico están limitadas por algunos rasgos de las relaciones de parentesco, como las tasas de nacimiento o las tasas de mortalidad. Por lo tanto, las condiciones de fondo tienen consecuencias importantes sobre todo el proceso. De esta manera, podemos construir una imagen más compleja de la causalidad.

Podríamos decir algo similar de las condiciones de fondo denominadas «naturales» o «ecológicas»: la producción capitalista y la acumulación de capital suponen que todas las cosas materiales que necesita el sistema están disponibles sin reservas y desde siempre en la naturaleza, que basta con elaborarlas en el proceso de producción. Pero las materias primas, las fuentes de energía y la posibilidad de eliminar los residuos —todas condiciones de fondo indispensables— no son necesariamente ilimitadas. Al mismo tiempo, está claro que las fallas en los ecosistemas esenciales (por ejemplo, el agotamiento de las fuentes de energía o la contaminación excesiva) también pueden estropear las industrias. El COVID-19 que,

al menos en un nivel, es resultado de una disfunción ecológica, nos brinda en este momento un ejemplo particularmente interesante de todo esto. Se trata de un derrame zoonótico, es decir, de la transmisión de un virus que, a través de algunas especies intermedias —probablemente los pangolines—, pasa de los murciélagos a los seres humanos y hace que todo el sistema económico se contraiga y cierre por la fuerza. En este sentido, podemos decir que el COVID-19 es un excelente ejemplo de una causalidad que avanza en la dirección contraria a la del esquema de la base y la superestructura.

MM | Quisiera saber algo más sobre el lugar que ocupa el subsistema económico en tu teoría. En tus términos, el capitalismo no es un sistema económico autónomo porque depende de «condiciones de fondo» que, en algún sentido, son parcialmente externas. Surgió el ejemplo de la naturaleza. Pero aun si todas estas esferas son relativamente autónomas, son «condiciones de fondo» del subsistema económico, el «primer plano» del capitalismo. ¿No continua siendo el subsistema económico, en tu enfoque, el elemento predominante, para decirlo de algún modo, «en última instancia»?

NF | Sí, efectivamente hay algo específico en la economía que le otorga un vigor causal particular, una fuerza real y una gran importancia: el imperativo de acumular y expandirse. Sabemos que la economía capitalista no se trata de individuos que ganan dinero y luego se tiran a descansar y a consumir lo que compraron en hogares lujosos. El capitalismo conlleva el imperativo de la reinversión continua, que genera cada vez más plusvalor, más ganancias y más capital. En las sociedades capitalistas, se trata de una fuerza realmente dinámica que históricamente dispuso del poder causal para torcer —en mayor o en menor medida— ciertas condiciones externas a voluntad del capital. No es un poder absoluto. Siempre corre el riesgo de retroceder frente a lo que recién mencionaste, de forma adecuada, como «esferas relativamente autónomas»: la naturaleza tiene sus propios tiempos y obedece a un tipo de reproducción que, a la larga, cae por fuera del control capitalista.

De todas formas, la dinámica capitalista es una compulsión bruta y ciega que está fuertemente anclada en el sistema y es mucho más poderosa que la voluntad de los seres humanos individuales que personifican al

capital, lo poseen y realizan su voluntad. El impulso es tan poderoso que, en algunos casos, es capaz de modificar las condiciones de fondo. Aunque probablemente siempre encontrará un límite. Lo que intento decir es que Marx y la mayoría de los marxistas tienen razón cuando insisten en el poder y en la fuerza transformadora que conlleva la dinámica de la acumulación. Aun así, no creo que esto necesariamente se traduzca a la imagen causal de la base y la superestructura. Existen toda clase de presiones porque las denominadas «condiciones de fondo» tienen una gramática de reproducción propia y valores normativos que influyen en las decisiones de la gente.

MM | Me gustaría centrarme ahora en tu concepto de «luchas de frontera». Se trata de las luchas por definir los límites entre la economía y la sociedad, la producción y la reproducción, etc., es decir, entre el «primer plano» y sus «condiciones de fondo». En algún punto, parecería que estas luchas de frontera son sinónimos de la lucha de clases. Al abordar las luchas sociales de esta forma, ¿no existe el riesgo de extraviar la especificidad de la lucha de clases? Si volvemos a leer tu respuesta a Butler en la *New Left Review*, podríamos preguntarnos si la Nancy Fraser de 2021 corrige a la Nancy Fraser de 1998. Te cito:

Butler pretende llegar a la conclusión de que las luchas de liberación sexual son económicas, pero esta conclusión se vuelve tautológica. Si las luchas en torno a la sexualidad son económicas por definición, entonces no son económicas en el mismo sentido en el que lo son las luchas en torno a la tasa de explotación. Llamar «económicas» a ambos tipos de lucha supone arriesgarse a hacer colapsar las diferencias, generando la falsa impresión de que entran en sinergia de manera automática y anulando nuestra capacidad de plantear y responder a cuestiones políticas complicadas, pero acuciantes, relativas a cómo hacerlas entrar en sinergia aunque, de hecho, sean divergentes o estén en conflicto.

No es solo que las luchas de frontera sean una alternativa a las luchas de clases. Es que las luchas de clases a veces toman la forma de luchas de frontera.

NF | En realidad, no. Creo que descubrí que podía expresar mejor lo que quería decir sirviéndome de otra terminología. Pienso que existen dos estrategias. Históricamente, al menos en el marxismo tradicional y en los principales movimientos obreros y socialistas, hubo una tendencia a pensar las luchas de clase en un sentido estrecho, como luchas en el campo de la producción que se desarrollan a partir de disputas por la tasa y la distribución del plusvalor que se extrae a los trabajadores asalariados por medio de la explotación en las fábricas. Y luego sí, por supuesto, se supone que esas luchas deben expandirse más allá de las puertas de la fábrica, desarrollar una dimensión política y asumir otras reivindicaciones más lejanas.

Pero sigo pensando que, en general, esta imagen de la lucha de clases como algo esencialmente relacionado con el trabajo asalariado en entornos industriales es una imagen muy poderosa.

Esa imagen ha llevado a mucha gente a intentar argumentar contra lo que Mouffe y Laclau llaman «esencialismo de clase». Estas personas argumentan que las luchas de clases no son las únicas que existen en las sociedades capitalistas y que no tienen la potestad absoluta para definir qué es una reivindicación justa o qué sería una sociedad justa. No tienen el monopolio sobre los nombres de la opresión y la injusticia. Y, de hecho, a lo largo de la historia, las sociedades capitalistas han sido espacios en los que se desarrollaron luchas enormes alrededor de la esclavitud y el trabajo forzado, el género y múltiples

ejes de opresión y dominación. Entonces, una estrategia consiste en decir: «Bien, las luchas de clases son esta cosa específica y, por lo tanto, debemos reconocer las luchas que no son luchas de clases, que son otra cosa».

Sin embargo, desde otra perspectiva, podríamos decir que el problema es la definición estrecha de lo que es una lucha de clases. Si analizamos la cuestión de una manera más sofisticada y con más detalle (y creo que esto es lo que quise decir cuando discutí con Butler) podemos afirmar que las otras también son luchas de clases, pero en un sentido diferente. Esto nos lleva de vuelta al inicio de nuestra conversación, cuando ha-

cías referencia a mi idea de un concepto ampliado del capitalismo. En la medida en que el capitalismo no es solo una economía, la clase no se define únicamente en el campo de la producción. Si comprendemos al capitalismo como una realidad que abarca todas estas condiciones de fondo, necesarias para que funcionen los sitios especializados en los que se acumula plusvalor a costa de la explotación del trabajo asalariado, comprendemos también que la reproducción social es un componente esencial del sistema y de la forma en la que sus partes encastran unas con otras. Si decimos lo mismo sobre la naturaleza, sobre los bienes públicos y las capacidades regulatorias, sobre las formas legales que consideramos políticas, si todo esto también es esencial, entonces podría darse el caso de que las luchas que se generan alrededor de estas realidades también sean luchas anticapitalistas, o al menos luchas en torno a componentes esenciales del sistema capitalista. También podemos decir que, si logran conjugarse de forma adecuada —y no siempre sucede así— estas luchas pueden ser comprendidas como luchas de clases.

A lo largo de la historia, las luchas alrededor de la reproducción social formaron parte de la lucha de clases. Esto es lo que está detrás de la poderosa reivindicación de un salario familiar defendida por el movimiento obrero. Se trata a la vez de una lucha por las condiciones de trabajo —en términos literales— y una lucha por las condiciones de la reproducción social y las actividades del hogar. Resultó ser una solución que no siempre favoreció a las mujeres ni a esas porciones de la clase trabajadora a las que no se consideraba idóneas para un salario familiar. Pero podemos percibir que rápidamente, dependiendo de cómo hablemos sobre la lucha clases, las cosas pueden volverse muy complicadas.

Pienso que en términos intelectuales, la mejor solución es redefinir la clase y la lucha de clases de una manera más amplia. Pero, al mismo tiempo, debemos tener mucho cuidado a la hora de precisar lo que significa que estas luchas sean luchas de clases. Lo digo teniendo en mente una cuestión en particular: ¿cuál

es la mejor manera de promover el tipo de alianzas amplias que necesitamos para enfrentar a los enormes poderes, profundamente arraigados, contra los que debemos luchar y a los que debemos desarmar? A primera vista, afirmar que se trata de luchas de clases parece abrir el campo de lo posible: estamos todos juntos y enfrentamos el mismo enemigo. Todos somos parte del mismo proyecto. Por otro lado, hay gente que suele interpretar este tipo de lenguaje en términos de disputa: «Tratan de hegemonizar nuestra lucha y niegan su especificidad».

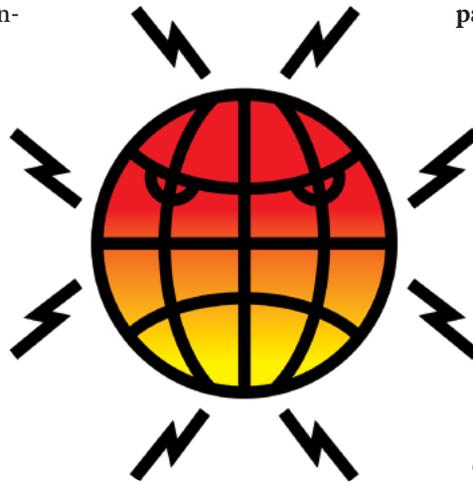
Si adoptamos una concepción ampliada del capitalismo y, por lo tanto, de la lucha de clases y de las luchas anticapitalistas, tenemos la obligación de definir con mucha precisión los motivos por los que estas luchas no armonizan inmediatamente. Pero esa es una tarea que compete a la política y, en efecto, una tarea difícil.

Por cierto, para explicar las luchas de frontera, suelo referirme a la perspectiva de Karl Polanyi. Sin utilizar el término, Polanyi estaba muy interesado en las luchas de frontera entre lo que denominaba el mercado autorregulado —podríamos decir, simplemente, la economía— y la sociedad. Este enfoque también enfrenta múltiples problemas sobre los cuales no voy a explayarme en este caso, pero lo interesante y fructífero es la idea de que la lucha no se desarrolla simplemente alrededor de la distribución del plusvalor. Se desarrolla más bien en torno a aquellos elementos que definirán la gramática de la vida. En una comunidad determinada, ¿se le dará carta blanca al capital o no? Esto suscita preguntas muy profundas sobre el poder y sobre quienes disponen del poder para moldear la gramática de la vida de una sociedad. Todas estas son cuestiones que, en las sociedades capitalistas, se eliminan subrepticamente de la agenda política y se le delegan sin nuestro consentimiento al capital y a quienes se encargan de la acumulación de capital.

Hablar de las luchas de fronteras en este sentido nos acerca a la pregunta que planteas. No es solo una cuestión de distribución, sino de la gramática de la

vida social. La clase tiende a hacernos pensar que se trata de «quién gana cuánto» y esto no es del todo adecuado. Lo que digo también suena un poco populista. La noción de luchas de fronteras nos indica que hay un problema fundamental a la hora de trazar la línea que separa a la sociedad de la naturaleza, y esto nos lleva de nuevo al coronavirus y al derrame zoonótico. Estas cuestiones se volvieron ineludibles en la actualidad y creo que la situación actual debería bastar para dejar atrás cualquier tipo de ingenuidad al respecto.

Se plantean problemas muy serios cuando se piensa en la relación entre el trabajo remunerado —que asumo que existirá, de alguna manera, en una sociedad socialista— y las otras actividades que realizamos en nuestras comunidades, las relaciones familiares, la crianza de los niños, etc. Estos problemas no desaparecerán y son precisamente a los que me refiero cuando hablo de luchas de frontera. Es probable que, en el momento en que nos involucramos en estas luchas, los intereses no estén del todo claros. Como socialista democrática, asumo que en una sociedad socialista deberá haber algún tipo de mercado. No creo que podamos seguir hablando de economías planificadas. Pero los problemas se plantean cuando nos preguntamos cuáles son las fronteras legítimas en el marco de las cuales deben funcionar los mercados o qué cosas es legítimo comprar y vender. Pienso que hablar de luchas de frontera implica asumir que debemos disputar todo esto en las sociedades capitalistas. No es solo que las luchas de frontera sean una alternativa a las luchas de clases. Es que las luchas de clases a veces toman la forma de luchas de frontera y las luchas de frontera —cuando son bien conducidas— a veces toman la forma de luchas de clases.



MM | En tu conversación con Rahel Jaeggi¹ rechazaste la idea de un capitalismo «posracista» o «post-sexista», pero en «¿Es el capitalismo necesariamente racista?»² tu conclusión es que tal vez nos dirigimos hacia una forma de acumulación capitalista en la que se diluirá «la base estructural del racismo», porque ya no se separará tajantemente la expropiación (que fundamentaba la opresión racista) de la explotación. ¿Podríamos decir lo mismo de la reproducción social y el patriarcado? No planteo esta cuestión para embarcarnos en «experimentos mentales»

sobre una eventual forma del capitalismo «indiferente al género», sino más bien para evaluar el significado y el estatus de los avances del movimiento feminista. Empujados por las luchas feministas, ¿asistimos a una despatriarcalización parcial del capitalismo?

NF | Personalmente, evito usar el término patriarcado porque tiene un sentido técnico que remite al dominio de hombres mayores y a una idea de dependencia que incluye tanto a hombres como a mujeres. Prefiero hablar de las formas específicamente capitalistas de dominación masculina. Y creo que estas formas de dominación remiten a algo que —hasta donde alcanza mi entendimiento— es específico de las sociedades capitalistas en tanto se oponen a las sociedades precapitalistas. Lo que es específico en las sociedades capitalistas es la diferenciación aguda entre la producción de mercancías, que se apoya en el

trabajo asalariado y en la acumulación de capital, y la reproducción social, que se apoya en gran medida en el trabajo no asalariado de la familia y de ciertos miembros

1. Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, *Capitalismo: una conversación desde la teoría crítica*, Madrid: Morata, 2019.

2. Nancy Fraser, *Los talleres ocultos del capital*, Madrid: Traficantes de sueños, 2020.

de las comunidades, especialmente las mujeres. Creo que la separación de estas dos funciones esenciales de la sociedad en función del género es específica del capitalismo, y si hay un eje estructural de las formas de dominación masculina, es ese.

Ahora bien, diría que no es posible superar completamente la dominación masculina sin modificar esa separación. Debemos imaginarnos de una forma completamente nueva la relación entre la producción y la reproducción, una forma que haga que sean mucho más porosas la una a la otra. Lo cierto es que estas esferas no pueden diferenciarse de manera categórica, tanto en términos de su relación con la acumulación de capital como en términos de las formas en las que se relacionan con el género. Es como el cambio climático y la idea de que en realidad la descarbonización es imposible. No se puede construir una sociedad sustentable sin descarbonizar. No se puede tener una sociedad realmente justa en términos de género sin meterse con esa división. En algún sentido, se trata de argumentos paralelos. Y agregaría que allí donde la raza está en juego, es imposible alcanzar la justicia racial sin meterse con la distinción entre explotación y expropiación, trabajo libre y trabajo injusto o forzado, que creo que es el fundamento de la cuestión racial.

Pero también agregaría lo que Hester Eisenstein denomina «relaciones peligrosas» entre el feminismo —o las formas del feminismo burgués liberal— y el capitalismo, que tiene que ver con el hecho de que muchas fuerzas que promueven el capitalismo también quieren desmontar estas relaciones tradicionales de género, estas jerarquías tradicionales que pueden representar en sí mismas obstáculos a la mercantilización, la capitalización y la financierización de las cosas a gran escala. Si no percibimos esto, seguiremos imaginando al capitalismo como un sistema conservador, aristocrático y paternalista. Este es también el motivo por el cual existe una extraña hostilidad entre las élites liberales (que incluyen a la feministas liberales, Wall Street, Hollywood, Silicon Valley y todos los sitios en los que existe un capitalismo neoliberal progresista)

y las comunidades evangélicas y aquellos sectores de lo que podríamos denominar el «mundo de Donald Trump», que están a favor de la familia tradicional.

Tenemos ahora una nueva jueza en la Corte Suprema de los Estados Unidos que representa esto a la perfección. Es la antítesis de Hillary Clinton. Estas dos figuras icónicas representan la oposición entre el feminismo liberal de Wall Street y los valores de la familia tradicional. Frente a esta situación, los movimientos feministas que, a falta de una palabra más adecuada, podemos definir como anticapitalistas, se encuentran entre la espada y la pared. Es necesario luchar contra ambos a la vez.

MM | Como mencionaste, la crisis del COVID-19 es un ejemplo impresionante de cómo las externalidades interactúan con el capitalismo de manera compleja y pueden conducir al tipo de crisis capitalistas que defines como «multidimensionales». En otra parte también afirmaste que, al menos desde 2008, la etapa actual de capitalismo financiarizado y neoliberal atraviesa una crisis —tal vez terminal— que podría implicar eventualmente el desplazamiento hacia una forma diferente de acumulación capitalista. ¿Qué se puede decir de la crisis actual?

NF | Me gustaría señalar algunos elementos en la forma en que planteas la pregunta. Uno es que debemos distinguir entre crisis sectoriales y crisis generales. Una crisis sectorial implica que, en un régimen capitalista de acumulación o en una fase de desarrollo capitalista, un área importante empieza a ser disfuncional, enfrenta algún obstáculo insuperable, desestabiliza el sistema, etc. Solemos pensar las crisis económicas de esta manera. Los historiadores pueden brindar ejemplos de estas crisis en una esfera o sector de la sociedad, en este caso, la economía.

No es lo mismo que una crisis general de todo el orden social. Los historiadores también utilizan este concepto de crisis general: una suerte de sobredeterminación de obstáculos y disfuncionalidades. De hecho, creo que esto es lo que estamos viviendo en este

momento. Es verdad que vivimos formas periódicas de crisis económica, como la de 2007-2008, que estuvo a punto de convertirse en un colapso financiero, aunque al parecer nuestros gobernantes encontraron la forma de resolver el problema. Pero pienso que ahora podemos comprender que este impulso hacia la financierización es una bomba de tiempo que está siempre a punto de explotar y que, en este sentido, la crisis no se resolvió.

Al mismo tiempo, tenemos el problema del calentamiento global y una crisis ecológica muy grave, tal vez catastrófica, que se estuvo gestando durante mucho tiempo y que ahora se volvió evidente. Cada vez más sectores de la población mundial, incluso aquellos que lograron mantenerse relativamente aislados de los efectos más nocivos, están empezando a comprender la magnitud de la crisis. También tenemos una crisis de la reproducción social, es decir, de todas aquellas actividades esenciales vinculadas al nacimiento y el cuidado de los seres humanos, que no siempre están directamente mercantilizadas: educación, salud, trabajo doméstico, trabajo de cuidados, etc. Este sector también está en crisis. Es muy interesante observar el activismo que se genera en torno a estos sectores, que en algunos casos albergan más actividad sindical que ciertas áreas de la industria.

Hasta aquí tenemos una crisis de la reproducción social y una crisis ecológica. Pero creo que también atravesamos una grave crisis política. Y la elección de Joe Biden en los Estados Unidos está lejos de ser una solución. Se trata en parte de una crisis de gobierno, con lo cual me refiero a que incluso los países más poderosos, como Estados Unidos, carecen en este momento de la capacidad de gestión para resolver los problemas que enfrentan. El poder corporativo los supera. Son incapaces de lidiar con una cuestión

como el cambio climático, que no es susceptible de ser contenida en los límites de una frontera jurisdiccional. La crisis de gobierno se está desarrollando a nivel estructural.

Sin embargo, también hay una crisis de hegemonía en el sentido gramsciano, un abandono generalizado de la «normalidad» política. La gente se aleja de los partidos políticos tradicionales y de las élites asociados con (y habría que añadir: deslegitimados o mancillados por) las políticas neoliberales. Todos estos elementos se suman y resultan en una crisis general.

Una buena metáfora para pensar la crisis es la metástasis: es posible forzar a un cáncer que surge en un lugar determinado a retroceder, pero luego puede irrumpir en otro lugar. En nuestro caso, puede tratarse tanto de un lugar geográfico como de uno sectorial. Pienso que esta crisis se está volviendo palpable y evidente para mucha gente. Sin embargo, esto no significa que nos estemos acercando a algún punto de colapso total o resolución revolucionaria

que nos llevará a tomar el Palacio de Invierno o algo por el estilo. Desafortunadamente, las crisis pueden desarrollarse durante mucho tiempo.

El hecho de que esta crisis sea particularmente aguda, multidimensional, sobredeterminada o metastásica no significa que podamos saber cuál será el resultado del juego ni cuándo se terminará. En la historia del capitalismo hubo crisis generales que se desarrollaron durante décadas. Podríamos decir que todo el siglo XX, hasta la derrota del fascismo y el final de la Segunda Guerra Mundial, fue solo el despliegue de la crisis general del capitalismo colonial liberal o de *laissez faire*. Tal vez quede un largo camino por andar.

MM | Las previsiones son siempre difíciles, sobre todo ante grandes eventos todavía en desarrollo.

Los movimientos feministas que, a falta de una palabra más adecuada, podemos definir como anticapitalistas, se encuentran entre la espada y la pared. Es necesario luchar contra el feminismo liberal y contra los sectores que defienden la «familia tradicional» a la vez.

Esta crisis se está volviendo palpable para mucha gente. Sin embargo, esto no significa que nos estemos acercando a algún punto de colapso total o resolución revolucionaria. Desafortunadamente, las crisis pueden desarrollarse durante mucho tiempo.

Sin embargo, quisiera insistir: ¿se perciben tendencias hacia un nuevo modo de acumulación o, para ponerlo en tus términos, hacia una redefinición de «las fronteras» que dieron forma a la fase actual del capitalismo?

NF | Diré algo sobre los escenarios posibles, pero quiero destacar que no son predicciones. En primer lugar, podemos imaginar que la crisis actual es lo que la Escuela de Binghamton denomina una «crisis de desarrollo», es decir, que no se trata de una crisis de época. Una crisis de desarrollo implica que lo que entra en crisis es un régimen específico de acumulación, una forma específica de organizar la naturaleza, la economía, la producción, la reproducción, la relación entre el Estado y el mercado, etc. Hay momentos en la historia del capitalismo en los que un régimen establecido y profundamente arraigado entra en crisis. Y la crisis se resuelve eventualmente mediante la reestructuración del sistema: una nueva manera —en el marco del capitalismo— de organizar la producción y la reproducción.

Podríamos pensar en la socialdemocracia o en el New Deal, en el caso de Estados Unidos, como formas de reorganizar la relación entre la producción y la reproducción. Los Estados asumieron una responsabilidad mucho más explícita a la hora de garantizar cierto equilibrio social y se comprometieron en la financiación o en la organización de algunos trabajos de cuidado sociales y reproductivos. En teoría, podemos imaginar una analogía ecológica en la actualidad: las organizaciones intergubernamentales probablemente podrían asumir la responsabilidad de internalizar estas externalidades, en el sentido de someterlas a la gestión y la regulación para prevenir que se salgan de control, por decirlo de alguna forma, o evitar que se vuelvan en su contra. Una crisis que termina así no es una crisis del capitalismo en sí mismo, es decir, una crisis ética en la que el capitalismo mismo cede el paso a una forma de organización social no capitalista o poscapitalista. Habrá sido, en cambio, una crisis de desarrollo

intrínseca al capitalismo, que hace que el capitalismo entre en una nueva fase de desarrollo.

Así sucedió a lo largo de toda la historia del capitalismo. Podríamos decir que nos sorprendieron su creatividad y su ingenio, su capacidad para encontrar nuevas maneras de reformarse a sí mismo. Estoy haciendo un juicio antropomórfico que en realidad debería evitar, porque son siempre actores sociales los que promueven estos proyectos de reforma y reestructuración. Pero la idea de la crisis de desarrollo es esta: luego de un largo andar en la crisis —durante el cual se despliegan muchas luchas hegemónicas para conformar nuevos bloques históricos— se presenta una alternativa y gana suficiente apoyo. El resultado es una nueva forma de capitalismo. Esto es lo que intentó hacer la socialdemocracia a nivel del Estado nación: garantizar algunas de las condiciones de fondo para que el capital se mantuviera en funcionamiento y salvaguardar la dinámica de la acumulación como eje impulsor mientras gestionaba algunas cosas en los márgenes. Es como Ulises que se ata al mástil para impedirle a sí mismo destruir sus propias condiciones de posibilidad.

Digo esto porque hay otra alternativa, que implicaría un punto de inflexión de tal magnitud que no seríamos capaces de resolver la crisis por medio de una nueva forma de capitalismo. Por ejemplo, es probable que el calentamiento global represente algo más que los límites de un régimen específico. Tal vez el calentamiento global le plantee un límite al capitalismo en sí mismo. Por supuesto, no lo sabemos, o al menos yo no creo poder decidir si esto es así o no, porque la historia de la creatividad del capitalismo siempre me da que pensar. Si resulta que se trata de una crisis ética del capitalismo en tanto tal, entonces existen distintas posibilidades. Algunas deseables, como por ejemplo alguna forma de socialismo democrático mundial. De nuevo, es muy difícil describir exactamente cómo sería, pero de alguna manera desmontaría la dinámica de la acumulación, la ley del valor, etc. Y luego, en el

otro extremo del espectro, tenemos toda una serie de resultados poscapitalistas o no capitalistas realmente terribles: escenarios dominados por caudillos militares autárquicos, guerras permanentes, regresión social o algún tipo de régimen mundial autoritario. Hay también, supongo, otra posibilidad, que es que la crisis no se resuelva, que simplemente se desarrolle una lenta canibalización de la sociedad humana, una especie de lento retroceso que nos devuelva a la mera lucha por la supervivencia.

Quiero volver a destacar que no estoy haciendo ninguna predicción. Pero creo que sería más justo decir, en los horizontes del presente, que los dos escenarios más alentadores giran en torno a un Green New Deal a nivel mundial en el marco del capitalismo o a alguna forma de socialismo democrático que vaya más allá del capitalismo. Tampoco estoy segura de si puede existir un Green New Deal a nivel mundial en el marco del capitalismo. Es probable que no sea posible alcanzar la reducción de carbono necesaria en los límites del capitalismo. En tal caso, esta alternativa no existiría en absoluto. Luego viene la solución del socialismo democrático a nivel mundial, que es aquella a favor de la cual me posiciono, al menos en teoría. Estos son los dos escenarios por los que considero que vale la pena luchar y que deberíamos intentar generar. Y es posible que un Green New Deal a nivel mundial, aun si no es sustentable en el largo plazo, sirva como una especie de programa transicional (como solían decir los trotskistas) que nos guíe hacia el socialismo democrático.

Por supuesto, nadie puede saber lo que sucederá, porque en realidad depende de las acciones de la gen-

te. En este sentido, lo que intento hacer con mi obra es aclarar la magnitud, la dinámica y la naturaleza de la crisis en sus múltiples dimensiones. Mi objetivo final es brindar una especie de mapa para la gente que está comprometida o que está pensando en comprometerse con alguna forma de activismo político. Esta gente tiene toda una serie de preocupaciones y de intereses que resultan apremiantes. Pero estos intereses son parciales por definición, y lo que quiero hacer es ayudar a que la gente perciba en dónde encajan en el mapa general de esta crisis y brindar una imagen de la situación de las fuerzas sociales, de forma tal que todas estas preocupaciones e intereses particulares puedan ser movilizados para producir una mejor solución a la crisis.



MM | Tu descripción se asemeja a una estrategia populista: la idea de que la sociedad está compuesta de intereses o demandas parciales y que el desafío es hacer que estos intereses diversos se fusionen en un agente político coherente. En ocasiones anteriores también hablaste favorablemente del populismo de izquierda. Sin embargo, los acontecimientos recientes parecen mostrar experiencias fallidas del populismo de izquierda, mientras que su variante de derecha parece exhibir un historial más exitoso. ¿Qué balance se puede extraer de esto?

NF | Empecé a pensar seriamente en el populismo luego de Occupy Wall Street. Me sorprendió mucho este lenguaje del 99% y el 1%. Desde mi punto de vista, este es el lenguaje del populismo por antonomasia. Tal vez carezca de la precisión y del rigor del análisis de clase, pero es inmediatamente comprensible y poderoso. Evoca una respuesta afectiva. Me sorprendió

Los dos escenarios por los que considero que vale la pena luchar son un Green New Deal a nivel mundial en el marco del capitalismo o alguna forma de socialismo democrático que vaya más allá del capitalismo.

mucho la velocidad con la que se comprendía este discurso, fue un momento de genialidad retórica de quienes lo inventaron. Al menos en el contexto de Estados Unidos, este lenguaje se popularizó con Bernie Sanders, que empezó a usar una palabra muy potente: «*rigged*» [arreglado, amañado], como cuando se dice que la economía está arreglada, que las elecciones están arregladas, que el sistema arreglado, etc. Trump tomó este lenguaje de Bernie Sanders y le dio un giro propio.

De nuevo, estoy pensando en Estados Unidos, aunque creo que lo que digo también es pertinente en otros países. En la época de Occupy Wall Street empecé a pensar en la cultura política estadounidense y en el período previo del activismo, que estuvo fuertemente centrado en lo que se denomina «políticas identitarias». El hecho de que la gente estuviese hablando de repente del 99% contra el 1% me hizo pensar que existía, al menos en potencia, una enorme fuerza de izquierda en Estados Unidos. Me pareció que este discurso lograba llegar a mucha gente que sentía, tal vez sin darse cuenta, que necesitaba un análisis capaz de explicar las conexiones y de armar una gran fuerza capaz de superar la fragmentación que tanto había debilitado a la izquierda. También me di cuenta de que podía distinguir el populismo de izquierda del populismo de derecha.

Básicamente, mi idea es que ambos brindan una especie de mapa que define quiénes están arriba y quiénes abajo, quiénes pisan las cabezas de quiénes. En el caso del populismo de izquierda, tal como muestra el 99% contra el 1%, se afirma que existe una oligarquía elitista o un pequeño grupo de gente que parasita a todo el resto. Entonces la idea es intentar movilizar a todo el mundo en contra de ese

pequeño grupo. El populismo de derecha no tiene esta estructura dual. Tiene una estructura tripartita. Hay una élite parasitaria y luego una clase baja parasitaria que «nos roba lo que es nuestro». En el populismo de derecha, al «pueblo» lo conforman quienes están atrapados en el medio. Por lo tanto, el populismo de derecha se alza contra el 1% pero también contra los inmigrantes, contra la gente de color, contra las minorías sexuales, etc. Es un cuadro muy diferente, un mapa muy diferente. Pienso que es importante enfatizar que el populismo de izquierda tiene una estructura distinta.

Una segunda diferencia es que el populismo de derecha define al enemigo en términos concretos, identitarios o sustantivos. Por lo tanto, cuando definen a quienes están arriba, siempre se trata de una conspiración internacional judía o, si están abajo, de inmigrantes sucios o negros vagos, etc. Son distinciones identitarias concretas que definen una categoría de persona —el enemigo— en términos de sus características culturales o sustantivas. En contraste, el populismo de izquierda como mucho define las características del enemigo, es decir, no define a nadie en términos de su cultura, su identidad ni nada concreto, sino en términos de la función que ocupa en el sistema. Cuando se dice «Wall Street», por ejemplo, comprendo que históricamente la frase puede desplazarse hacia los banqueros judíos. Es verdad que no hay una barrera absoluta entre los dos populismos. Pero desde mi punto de vista, la identificación del mundo de las finanzas con «el sistema» es correcta. Hoy existe una forma de capitalismo en la cual las finanzas juegan un rol muy importante, muy distinto del que jugaban en otras formas de capitalismo anteriores.

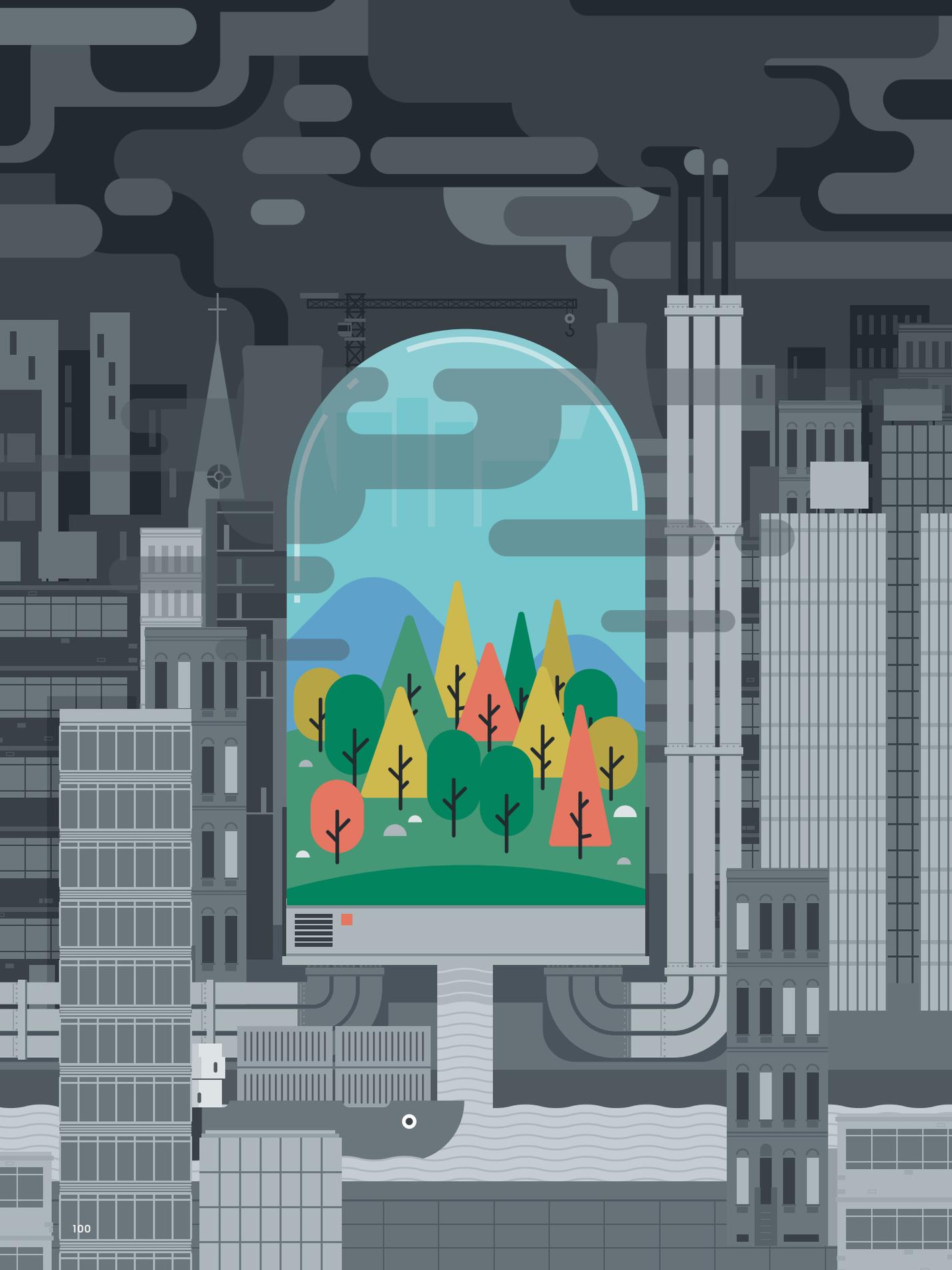
No podemos partir de que perdimos a las grandes mayorías contra la política de derecha. Si esto es así, entonces el juego está terminado. Debemos empezar por asumir que es posible recuperar a una porción significativa de los votantes de Trump en Estados Unidos, o de los de Bolsonaro en Brasil.

Luego hay que pensar si el populismo de izquierda así definido funciona como una especie de formación transicional capaz de conquistar victorias. Y no solo victorias. La cuestión es también saber si, en el curso de la lucha, este mismo populismo de izquierda puede enseñarles a las personas cosas nuevas, si puede ayudarlas a comprender el sistema y explicar lo que significa afirmar que el sistema esté arreglado. Arreglado, en el sentido del populismo de izquierda, no significa como dice Trump que alguna gente está *hackeando* las máquinas para votar y moviendo datos de una columna a otra. Como marxistas, sin importar la tendencia a la que pertenezcamos, deberíamos ser capaces de darle contenido a la afirmación y explicar qué significa que el sistema esté arreglado para funcionar en contra de los trabajadores. Tal vez las formaciones populistas de izquierda sean capaces de brindar una puerta de acceso a la lucha política que, a medida que se desarrolle, logre refinar el discurso y aclarar qué es el sistema y qué es lo que se necesita para cambiarlo.

Ahora bien, una vez dicho esto, acuerdo perfectamente contigo en que el historial del populismo de izquierda hasta el momento, si se lo compara con el de derecha, no es tan impactante, en el sentido de que el populismo de derecha tuvo mucho más éxito a la hora de ganar y sostener el apoyo de un gran número de personas. Pero añadiría que, en este caso, una parte del problema es el descrédito que afecta a la socialdemocracia en todo el mundo, es decir, el descrédito de los partidos socialdemócratas, muchos de los cuales se autodenominan socialistas. Hubo gente, que no provenía de la derecha dura, que tuvo una enorme responsabilidad en la institución del neoliberalismo: los Clinton en Estados Unidos, Blair en Gran Bretaña y Schröder en Alemania. Lo que intentaron hacer estas formas de populismo de izquierda

es ocupar una parte del espacio que solía pertenecerle a los partidos socialdemócratas, y lo hicieron utilizando un lenguaje diferente. Obviamente, existen puntos en los que la política socialdemócrata y el populismo de izquierda se superponen: si analizamos en detalle a Bernie Sanders, por ejemplo, sería difícil negar que es un socialdemócrata. Se trata de una ética distinta, de otra retórica.

En cualquier caso, no veo otra estrategia viable. Debemos disputar a los sectores que en este momento apoyan al populismo de derecha. Por supuesto, me refiero a aquellos que no pasaron de la raya, porque ciertamente hay algunos que son irre recuperables. Sea como sea, no podemos partir de que perdimos a las grandes mayorías contra la política de derecha. Si esto es así, entonces el juego está terminado. Debemos empezar por asumir que es posible recuperar a una porción significativa de los votantes de Trump en Estados Unidos, o de los de Bolsonaro en Brasil. Porque sabemos que no siempre fue así: mucha gente votó a Lula o a Dilma, del mismo modo en que alrededor de 8 millones de personas votaron por Obama. Creo que lo que hace el populismo de izquierda es reconocer, validar y defender los reclamos legítimos de las personas y brindarles, al mismo tiempo, una interpretación diferente de cuál es el problema: quién es exactamente el que está manipulando qué cosa, por qué el eje puesto en el desprecio a las clases bajas lleva a un callejón sin salida, por qué jamás será posible crear una coalición lo suficientemente grande como para derrotar a las fuerzas reales del capital global y de las finanzas mientras la clase trabajadora esté dividida, etc. En otras palabras, creo que en este punto nuestra única esperanza es un populismo de izquierda que sea capaz de evolucionar hacia algún tipo de movimiento socialista. ●



HACER LO QUE SEA NECESARIO

Necesitamos una perspectiva de reconstrucción ecológica amplia, y eso implica adoptar la geoingeniería como parte de nuestro proyecto.

Hace algunos años circuló por todo el mundo la noticia de la muerte de la Gran Barrera de Coral. Esta maravilla natural, situada en la costa de Australia, se extiende a lo largo de 2600 kilómetros. Fue construida y sostenida durante miles de años por millones de organismos diminutos, y es indispensable para el mantenimiento del ecosistema acuático.

Pero los arrecifes se convirtieron en otra víctima del cambio climático provocado por los seres humanos. El culpable en este caso es un fenómeno conocido como «blanqueo del coral» y es efecto del calentamiento de las aguas oceánicas. Los pólipos coralinos que generan el arrecife se recalientan y expulsan a las algas que viven en sus tejidos. Es esto lo que hace que se vuelvan blancos. Conforme avanza el tiempo, el proceso lleva a la muerte de los pólipos y, por lo tanto, a la muerte del ecosistema del arrecife.

El problema del blanqueo del coral se conoce desde hace un tiempo, pero estudios recientes descubrieron que el proceso está avanzando mucho más rápido de lo que se esperaba. Grandes zonas del arrecife ya están muertas. En un artículo del *New York Times* de marzo de 2017, un científico australiano informó que se topó con un nivel de destrucción que no se esperaba antes de los próximos treinta años.

Las reacciones a la historia obedecieron a la predecible narrativa ambientalista. A algunos les permitió

llevar agua para su molino de moralismo verde, es decir, se convirtió en otro testimonio del imperativo innegable de avanzar hacia un mundo con huella de carbono cero. Para otros fue un llamado desalentador al nihilismo. Después de todo, se trataba simplemente de la última demostración de que el cambio climático se está desarrollando a un ritmo mucho más acelerado del que los científicos preveían. En estas circunstancias, es fácil abandonar la expectativa de que las instituciones políticas serán capaces de abordar la crisis en el tiempo propicio.

Sin embargo, hubo otra historia sobre el arrecife de coral, que sugería un imaginario político diferente para responder a la crisis climática. Un grupo de investigadores de la Universidad de Sídney publicó un estudio en el cual proponían proteger el arrecife por medio de una técnica conocida como «blanqueamiento de nubes».

Aunque sus consecuencias ecológicas son radicales, la idea es fácil de describir. El objetivo consiste simplemente en lograr que las nubes reflejen más luz solar. Esto disminuye la cantidad de luz que llega a la superficie de la Tierra y, por lo tanto, la enfría. En una de las aplicaciones más comunes que está bajo consideración, el efecto se lograría mediante barcos que atraviesan el océano y convierten agua marina en partículas de sal para luego dispersarlas en la atmósfera.

Los científicos proponen una campaña local de blanqueamiento de nubes centrada exclusivamente en la protección del arrecife. Si se logran evitar tan solo unos grados de calentamiento, argumentan, es posible salvarlo.

Esto puede ser realista o no. De hecho, algunas investigaciones sugieren que el tiempo para salvar la Gran Barrera de Coral podría haberse agotado. Pero en la propuesta se sugería un abordaje de la crisis climática que se discutió a gran escala y que es extremadamente polémico en los círculos de personas que se preocupan por el colapso de los sistemas ecológicos que sostienen la civilización.

El mundo que hicimos

La geoingeniería, según la definición ofrecida por el programa de geoingeniería de la Universidad de Oxford, es «la intervención deliberada y a gran escala en los sistemas naturales de la Tierra para contrarrestar el cambio climático». El blanqueamiento de nubes es solo un elemento en la agenda. Estas propuestas implican, o bien una reducción de la cantidad de energía solar que llega a la Tierra, como en el caso del blanqueamiento de nubes, o bien la eliminación activa de dióxido de carbono de la atmósfera a través de algún mecanismo de captura y extracción. Estas ideas atrajeron el interés de inversores ricos como Bill Gates y Elon Musk.

En este punto mucha gente de izquierda abandona el barco. La geoingeniería puede ser fácilmente descartada como una fantasía, como la más absurda reiteración del delirio prometeico según el cual podemos ejercer un dominio completo sobre el mundo natural. Pero aun si se acepta que estas obras son posibles, es perturbador pensar que es nuestra actual clase dominante la que las implementará exhibiendo su típica combinación de pensamiento cortoplacista desmedidamente soberbio y desconsideración por los trabaja-

dores. También están quienes piensan simplemente que es aborrecible alterar la naturaleza y perturbar el proceso metabólico de la Tierra de esta manera.

Esta última objeción es la más fácil de rebatir, aunque quizás sea también la más importante. Debemos reconocer que somos —y hemos sido durante mucho tiempo— manipuladores y administradores de la naturaleza. Aun aquellos que están dispuestos a reconocer esto inmediatamente, recurren luego a metáforas como «reducir la huella de carbono», sugiriendo que

tal vez podríamos simplemente suavizar nuestras pisadas y permitir que la naturaleza se repare a sí misma.

Esta es, paradójicamente, una de las posiciones *más* antropocéntricas que puedan imaginarse, dado que presupone que el estado natural y eterno del mundo implica condiciones habitables para los seres humanos. Pero Dios no creó el mundo específicamente para nosotros. La historia natural es indiferente a los humanos y a cualquier otro ser viviente, y se caracteriza por los cambios caóticos y las extinciones masivas, no por el balance homeostático.

Además, ya transformamos irreversiblemente el mundo natural, y muchas veces lo hicimos en detrimento nuestro. «Si

lo rompe, lo compra», reza la expresión. Y lo cierto es que rompimos casi todo.

Esto es lo que dice el periodista científico Oliver Morton en su declaración a favor de la geoingeniería de 2015, titulada *The Planet Remade*. Allí retoma la popular idea del «Antropoceno». El término fue acuñado por geólogos que postulan que dejamos atrás el período del Holoceno y estamos en una etapa de la historia de la Tierra que se caracteriza específicamente por la transformación humana del ecosistema.

Cualquier sociedad que le siga al capitalismo heredará el mundo creado por las sociedades previas, y



lo cierto es que transformamos nuestras condiciones de existencia durante bastante más tiempo del que mucha gente cree. El libro de Morton lo ilustra a través de una intervención en la naturaleza a la que se le presta mucha menos atención que al ciclo del carbono que alimenta el calentamiento global: el ciclo del nitrógeno.

El nitrógeno es esencial para la vida y abunda en la atmósfera. Pero para que sea utilizable en el proceso de crecimiento de las plantas, los átomos inertes del nitrógeno deben «fijarse» a otro elemento, un proceso que durante millones de años realizaron casi exclusivamente las bacterias de la tierra.

Así fue hasta que llegó el capitalismo industrial.

Todo es una mierda

La historia de la gestión humana del ciclo del nitrógeno es literalmente una historia de mierda. Nuestra historia comienza en la Europa del siglo XIX, con el químico alemán Justus von Liebig. Fue él quien descubrió la importancia del nitrógeno en el proceso de crecimiento de las plantas y, por lo tanto, en la provisión de alimentos. Además, destacó el modo particular en el que la industrialización capitalista había perturbado el tradicional ciclo del nitrógeno.

En una sociedad agraria, la comida se consume en el mismo lugar en el que se la produce, y los deshechos, que toman la forma de estiércol y abono, retornan a la tierra. Pero en la Inglaterra victoriana este ciclo se vio perturbado por la industrialización, que lanzó a grandes cantidades de gente a las ciudades. Allí consumían alimentos producidos en el campo. En vez de retornar a la tierra, los deshechos desembocaban en las calles de Londres, lo que esparcía la mugre por la ciudad y disminuía la fertilidad del suelo en el campo. Karl Marx, con una expresión que luego popularizó el sociólogo John Bellamy Foster, denominó a esta disyunción en el ecosistema la «fractura metabólica» del capitalismo.

Esto obligó a Gran Bretaña a enfrentar un problema geopolítico urgente: el insuficiente suministro de mierda. En la costa de Perú se descubrió que las aves, durante miles de años, habían depositado sus excrementos en las islas, donde se acumulaban enormes cantidades de una sustancia rica en hidrógeno conocida como guano. Esta podía utilizarse como fertilizante, como un sustituto del nitrógeno perdido en las economías urbanizadas y como un medio de escapar a cualquier límite malthusiano a la capacidad de un determinado territorio para alimentar a una población cada vez más grande. Durante el período del «imperialismo del guano» se pelearon guerras para garantizarse este suministro. Pero hacia fines del siglo XIX, las reservas estaban prácticamente agotadas.

Fue en este punto que las sociedades capitalistas dieron un salto decisivo en la gestión humana del ciclo de nitrógeno. En 1909, el químico alemán Fritz Haber desarrolló un proceso para fijar artificialmente el nitrógeno al amoníaco, proceso que todavía se utiliza para producir fertilizantes comerciales. Entonces era posible escapar a la dependencia de la mierda, pero había que pagar los costos: el proceso era extremadamente demandante en términos energéticos. Volvemos así a la crisis climática. En la medida en que la generación de energía dependa de los combustibles fósiles, toda comida es, en lo esencial, un producto petrolífero.

**«Si lo rompe,
lo compra»,
reza la expresión.
Y lo cierto
es que rompimos
casi todo.**

Décadas después, vivimos en un mundo en el cual se fija más nitrógeno en las fábricas que en la tierra, gracias a lo cual podemos mantener a una población mundial de más de siete mil millones de personas. Es verdad que podríamos mantener a esa población de manera más eficiente si nos liberáramos de la escasez artificial y del despilfarro que nos impone el capitalismo. Y es cierto que la producción de nitrógeno en exceso —al igual que la emisión de carbono en exceso— tiene impactos medioambientales serios en cuya solución los científicos todavía están trabajando. Pero es difícil pensar que podríamos abandonar completamente la fijación industrial de nitrógeno, ese primer gran proyecto de geoingeniería de la humanidad.

Planificando la naturaleza

Sin embargo, en vez de buscar formas de mitigar y adaptarse a los efectos del cambio climático, la retórica de la izquierda sigue limitándose a la reducción de las emisiones. Tomemos, por ejemplo, *Esto lo cambia todo*, de Naomi Klein, que plantea a la vez la urgencia de la crisis climática y la incapacidad del capitalismo para abordarla. Klein observa de manera adecuada que, tanto las reivindicaciones de redistribución y justicia, como el debate serio sobre los valores sociales y económicos que nos orientan, son prerequisites para llegar a soluciones reales frente al cambio climático. De ahí la sugerencia de que luchar por un ingreso mínimo garantizado podría ser más urgente que aplicar políticas tecnocráticas como el impuesto sobre el carbono. Pero la autora también incluye un capítulo sobre geoingeniería, en el cual aborda la cuestión con el rechazo, la perturbación y el disgusto típicos de las respuestas de izquierda.

El subtítulo del capítulo pregunta con sorna si «la solución a la contaminación es... ¿más contaminación?». Por lo tanto, la actitud despectiva frente al tema se anuncia desde el comienzo. Algo similar sucede con la cita de William James que abre el capítulo: «Nuestra ciencia es una gota; nuestra ignorancia, un mar».

Bastante cierto. Pero como vimos, nuestra ignorancia, nos guste o no, nos hizo llegar a los tropiezos al punto en el que nos convertimos en administradores de todo el ecosistema. De la misma manera en la que no hay vuelta atrás de la fijación industrial de nitrógeno, es difícil visualizar un modo de escapar a nuestra dependencia del sistema de carbono, que parece ser cada vez mayor. Esto es aún *más* cierto si tomamos en serio la insistencia de Klein —y de muchos científicos— en que es probable que el cambio climático se desarrolle a un ritmo más rápido y sea más grave de lo que anticipábamos no hace tantos años. Es decir, aun si lográramos reducir las emisiones de carbono a cero el día de mañana, el carbono que se emitió hasta el momento llegó para quedarse y tendrá importantes consecuencias.

Klein considera que las discusiones sobre geoingeniería son perturbadoras por el mismo motivo por el que lo hacen muchos ambientalistas de izquierda: corremos el riesgo de que sean una distracción de la tarea de transformar nuestros sistemas económicos, políticos y energéticos. Señala que el más popular entre los agresivos planes de la geoingeniería «no contribuye en lo más mínimo a cambiar la causa subyacente del cambio climático, que es la acumulación de gases que absorben calor». No cabe ninguna duda de que esto es así.

Dejando de lado a los embusteros como Newt Gingrich, nadie cree que la geoingeniería sea una *alternativa* a un sistema energético capaz de reducir las emisiones de carbono a cero. En cambio, puede ser parte de una estrategia «inclusiva», que combine la mitigación y la adaptación con la descarbonización. Pero lo más preocupante

**Si no
desarrollamos una
visión amplia de la
reconstrucción ecológica,
no es descabellado pensar
que la clase dominante
impondrá la suya por
la fuerza.**

en términos políticos es que cuando se discute la manipulación activa del cambio climático suele aludirse solo a aquellos personajes que podrían utilizar estos esquemas como una excusa para que el capitalismo de combustibles fósiles continúe funcionando como siempre. Así las cosas, alguna gente en la izquierda se pregunta: ¿no podemos dejar todo esto para después de la revolución ecosocialista?

Pero posponer este tema solo beneficiaría a nuestros enemigos (y a nuestros amigos ocasionales). Después de todo, no fueron solo los pícaros emprendedores los que abrieron el camino hacia la manipulación del clima. El aparato de gobierno neoliberal también tiene en la mira a la geoingeniería.

Considérese, por ejemplo, la iniciativa C2G2. Se trata de un proyecto del Consejo Carnegie de Ética en Asuntos Internacionales, una organización sin fines de lucro cuyos orígenes se remontan a Andrew Carnegie, el «barón ladrón». La C2G2 toma una posición cautelosa frente a la geoingeniería. Declara que, a pesar de que no están «a favor ni en contra de la investigación, las pruebas y el uso potencial de las tecnologías de geoingeniería climática», perciben la necesidad de «un debate más amplio, en el que

participe toda la sociedad, acerca de los riesgos, los potenciales beneficios y los desafíos éticos y políticos que plantea la geoingeniería climática».

En principio, parece una perspectiva sensata, incluso loable. Sin duda es mejor que depositar nuestra fe en irresponsables agentes privados. Pero la C2G2 es una creación del orden capitalista transnacional. Su dirección está repleta de funcionarios de las Naciones Unidas y de oenegés. Si sigue su curso natural, el «debate» sobre el la manipulación climática en el que «participe toda la sociedad» involucrará a las mismas élites que nos dieron cuerpos de gobierno transnacionales como la Organización Mundial del Comercio y la Unión Europea.

Por eso la izquierda no puede ignorar estos debates. La verdad es que la geoingeniería no es tan distinta de todo un rango de temas que nos apremian en la actualidad. Hay que decir también que, aunque nuestros movimientos conservan en general su carácter local, este es otro de esos los problemas que se plantean a nivel mundial. Es necesario forjar un movimiento de solidaridad internacional para proponer alternativas frente a las perspectivas tecnoutópicas y «oenegeístas» liberales de la política climática.

Este es un motivo para que la izquierda discuta abiertamente sobre geoingeniería: si no lo hacemos, la burguesía simplemente continuará sus actividades sin nosotros. Pero hay también otro motivo. Por más alarmante que sea la posibilidad de que la geoingeniería termine siendo una distracción de la urgencia de ponerle fin a los combustibles fósiles, deberíamos ser conscientes de una trampa que nos espera en la dirección opuesta. Para decirlo en términos sencillos, aquellos que quieren enfatizar la gravedad de la crisis climática se encuentran atrapados entre dos imperativos contradictorios.

Por un lado, la necesidad de convencer a la gente de que, tal como dice el título del libro de Klein, esto lo cambia *todo*. La aceleración del cambio climático es una realidad y el capitalismo solo puede responder de maneras que oscilan entre la ineptitud y el salvajismo. Desde esta perspectiva, hablar de cualquier cosa que no sea la inmediata necesidad de reducir las emisiones de carbono a cero es alimentar los argumentos hipócritas y delirantes de aquellos que dicen que no necesitamos transformar mucho las cosas y que podemos conformarnos con algunos ajustes técnicos para resolver el problema.

Pero el énfasis en la dimensión apocalíptica del asunto enfrenta graves inconvenientes. La periodista Sasha Lilley advierte los peligros del «catastrofismo». Argumenta que «darse cuenta de la escala o de la gravedad de la catástrofe no implica avanzar ineluctablemente por el camino de la política radical». En cambio, puede fomentar la pasividad y la inactividad. Estas a su vez pueden tomar la forma pesimista de anticipar la destrucción inevitable, o la convicción optimista en que el sistema actual necesariamente caerá y será reemplazado por algo mejor. Ninguna versión motiva la acción política.

Este es el propósito de plantear la posibilidad de la geoingeniería en un contexto de izquierda: no como un sustituto de la descarbonización, sino como parte de un retrato más amplio del ecosocialismo. Dibujar este retrato es importante porque la izquierda siempre encuentra la motivación para las luchas inmediatas en las perspectivas de un mundo mejor que vendrá en el futuro. Y para que esta visión sea a la vez realista y atractiva en la actualidad, debe incluir el imperativo de acabar con los combustibles fósiles y de intervenir activamente en el clima. De otra manera nos queda la representación de un futuro definido, en el mejor de los casos, por la austeridad y



la autocontención, y, en el peor, por la extinción lisa y llana.

La naturaleza específica de estas intervenciones es todavía objeto de debate científico, aunque hay una en particular que se está volviendo cada vez más urgente. Morton se inclina por un programa que plantea rociar partículas de aerosol en la atmósfera superior, con lo cual se reduciría la cantidad de energía solar que llega a la Tierra y se contrarrestaría el efecto invernadero del dióxido de carbono. Otras propuestas plantean remover activamente el CO₂ de la atmósfera y enterrarlo para siempre. Lo cierto es que hasta la plantación masiva de árboles, que absorben CO₂, puede ser considerada una forma de geoingeniería.

Hay quienes se oponen a todo esto —y Klein se cuenta en este grupo— con el argumento de que implicaría comprometernos permanentemente con un proyecto de planificación ecológica humanamente controlada, «apartando aún más nuestros ecosistemas de la autorregulación». Pero el capitalismo nos puso en esta vía hace mucho tiempo. A Klein también le preocupa el correlato ecológico de su famosa doctrina del *shock*, en el cual, frente a la aguda crisis medioambiental, «toda oposición prudente y sensata a las que hasta entonces nos parecían conductas de alto riesgo se viene abajo y estas pasan a resultarnos temporalmente aceptables».

La comparación es sincera, pero no el sentido que Klein pretende. El neoliberalismo de la doctrina del *shock* fue una respuesta a una crisis real del capitalismo de bienestar de la posguerra, una crisis que encontró a la izquierda completamente desprevenida. Y si no desarrollamos una visión amplia de la reconstrucción ecológica, no es descabellado pensar que la clase dominante —sean las élites de las empresas tecnológicas, como Bill Gates, o los burócratas del C2G2— impondrá la suya por la fuerza.

Pues al fin y al cabo importan menos las técnicas de geoingeniería que la forma en la que se implementan y quiénes lo hacen. En este sentido, la geoingeniería se parece a los organismos genéticamente modificados: no se trata de algo intrínsecamente inaceptable, pero es potencialmente monstruoso cuando se desarrolla en el marco del agronegocio capitalista con el propósito de maximizar las ganancias.

Para responder a las acusaciones de orgullo desmedido y prometeísmo, es importante también enfatizar que, a pesar de aceptar que intentar «planificar» la naturaleza es algo inevitable, el proyecto socialista no apunta a *controlar* la naturaleza. La naturaleza nunca estará bajo nuestro control y siempre habrá consecuencias inintencionadas.

Pero, de la misma manera en la que no podemos confiar en el mercado ni en una élite política para que genere automáticamente resultados económicos justos, no podemos asumir que una naturaleza abandonada a sus propias determinaciones nos brindará un mundo más abundante y seguro en el cual vivir, sea en este sistema social o en cualquier otro.

Y, por lo tanto, en el proceso de alcanzar ese orden posescaz que el biólogo marxista David Schwartzman denomina «comunismo solar», debemos hacernos cargo de limpiar el desastre que dejó el capitalismo y crear un Antropoceno más racional, democrático e igualitario que este en el que vivimos.

Tal vez no tendrá importancia. Tal vez el cambio climático avanzó demasiado, y la geoingeniería no es más que un sueño imposible, o peor, algo que creará efectos colaterales inintencionados que solo acelerarán nuestra extinción. Pero la única alternativa que tenemos a la esperanza de algo mejor es resignarnos a lo peor. El proyecto socialista se enuncia con el deseo emancipatorio de que, en palabras de la Internacional, «el mundo va a cambiar de base». Pero si esto es así, no lo hará a menos que pongamos manos a la obra. ●

Debemos hacernos cargo de limpiar el desastre que dejó el capitalismo y crear un Antropoceno más racional, democrático e igualitario que este en el que vivimos.

La Guillotina

¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!



El peligro del fascismo fósil

Ya se trate de negacionistas o ecofascistas, el medio ambiente ocupa un lugar central en las perspectivas de la extrema derecha global. Pero ninguna derecha es capaz de abordar el problema de la crisis ecológica desde sus raíces: la desenfrenada e incontrolablemente destructiva acumulación de capital. Solo una izquierda radical puede atacar las fuentes de la catástrofe.

En un mundo cada vez más turbulento y revuelto, dos cosas parecen constantes: el aumento de las temperaturas y el crecimiento de la extrema derecha. ¿Qué sucede cuando estas dos tendencias globales se encuentran y se cruzan? Esta es la cuestión que tratamos en *White Skin, Black Fuel: The Danger of Fossil Fascism*, publicado por Verso en mayo de 2021. Analizando las palabras y los actos de la extrema derecha en Europa y en Estados Unidos, procuramos comprender cómo el medio ambiente se ha convertido en un verdadero «espíritu impulsor» para las formaciones reaccionarias en auge.

Este esfuerzo de comprensión, cuya mira estuvo dirigida originalmente hacia Europa, es también válido para América Latina. Con Bolsonaro al frente del país más grande de la región, la convergencia de la extrema derecha y la crisis climática parece haber alcanzado una «síntesis mayor». Ahora, la crisis climática se ha acelerado bajo un gobierno que niega su propia

existencia. Por primera vez, uno de los países más importantes del Sur Global y una de las naciones con mayor importancia para el sistema de la Tierra en su conjunto ha caído en manos de la extrema derecha negacionista. Brasil se ha convertido así en la triste vanguardia sureña de una reacción negacionista cuyos orígenes se encuentran en el Norte. Allí, la extrema derecha promueve un tipo de nacionalismo blanco profundamente ligado a las tecnologías basadas en combustibles fósiles, una alianza que se vuelve más estrecha a medida que se agrava la crisis ambiental.

Esta posición tiene profundas raíces históricas y se remonta a la época colonial: las máquinas de combustión fósil, en particular los barcos de vapor y los ferrocarriles, fueron fundamentales para el desarrollo del imperialismo en el siglo XIX, cuando se estableció un primer vínculo entre la supremacía blanca y tales tecnologías. Pero el uso ampliado de combustibles fósiles también jugó un papel importante en el fascismo



clásico de los años de entreguerras, con la adoración por los aviones y los automóviles y la combustión de carbón que caracterizó tanto a la Italia de Mussolini como a la Alemania de Hitler.

Hoy día, la extrema derecha ha asumido el manto de esta tradición al combinar el nacionalismo blanco con la promoción de la producción y el consumo de combustibles fósiles contra cualquier intento de mitigar el cambio climático. Al comienzo de la tercera década del milenio, esta sigue siendo la posición predominante en la extrema derecha, desde la Alternative für Deutschland (AfD) alemana, pasando por los republicanos estadounidenses, hasta Bolsonaro y más allá.

El negacionismo climático, por su parte, se lanzó en los años ochenta y noventa como una campaña sistemática de desinformación por parte de las empresas de combustibles fósiles. Más tarde, cuando un nuevo consenso climático comenzó a marginar el negacio-

nismo corporativo oficial, vivió un segundo impulso a través del ascenso de la extrema derecha. En Estados Unidos, el Partido Republicano, cada vez más esclavo del nacionalismo blanco, encontró su punto cúlmine en la presidencia de Donald Trump; mientras tanto, en Europa, partidos ultraderechistas como Vox en España han abrazado por completo el negacionismo climático y han hecho todo lo posible para acelerar la utilización de combustibles fósiles. A través de un discurso nacionalista, la negación climática se ha convertido en parte de la ideología mayoritaria de la extrema derecha.

La cumbre de la negación

Bolsonaro ha acelerado masivamente la extracción de yacimientos de petróleo del presal, ubicados en las profundidades del océano frente a la costa brasileña. Sin embargo, por muy terrible que sea esto, lo cierto es que palidece en comparación con la total destruc-

Se ha prestado poca atención a la conexión entre la extrema derecha en auge y el medio ambiente.

ción del Amazonas que está teniendo lugar bajo su presidencia. En solo tres años, la extrema derecha brasileña ha roto todas las barreras de conservación que quedaban desde el primer gobierno de Lula, abriendo la selva tropical a una explotación intensificada.

Pero Bolsonaro representa, además, la punta de lanza de un realineamiento de la extrema derecha en toda la región. En 2018, Brasil fue sede de la Cumbre Conservadora de las Américas, cuyo objetivo era construir un frente común y una identidad de derecha compartida en toda América Latina. La cumbre reunió al mandatario brasileño, a José Antonio Kast (Chile), a Fidel Zavala (Paraguay), a Roderick Navarro y a Eduardo Bittar (Venezuela), entre otras personalidades de extrema derecha de la región.

A pesar de que los imitadores bolsonaristas proliferan por todo el continente, se ha prestado poca atención a la conexión entre la extrema derecha en auge y el medio ambiente. Esta tendencia negacionista, con toda probabilidad, adquirirá contornos más definidos en los años venideros, a medida que la crisis climática se profundice y precipite todo tipo de conflictos en torno a recursos y privilegios. Pero todavía hay tiempo para detener su avance.

Los minions de Bolsonaro

En Bolivia, Luis Fernando Camacho, el «Bolsonaro boliviano», llamó la atención a nivel internacional por su papel central en el golpe de Estado que derrocó a Evo Morales tras las elecciones de 2019. Siendo actualmente gobernador de Santa Cruz, la política de Camacho se caracteriza por el neoliberalismo, el racismo contra los pueblos indígenas y el fanatismo religioso. En una entrevista previa a las elecciones de

mayo de 2020, Camacho afirmó que planeaba des-carbonizar la economía boliviana e impulsar la movilidad eléctrica, así como invertir en energías renovables. Sin embargo, está estrechamente ligado con (y defiende el) modelo agroindustrial de exportación de soja, cuyos vínculos con la deforestación y el calentamiento global están bien documentados.

Como sucede en el caso de Camacho, el negacionismo latinoamericano se manifiesta a menudo de forma implícita. El líder chileno de Acción Republicana, José Antonio Kast, ha mostrado tendencias conservacionistas mientras que, en su momento, se opuso firmemente a que Chile fuera anfitrión de la Conferencia de Cambio Climático de la ONU, denunciando lo que denominó como «populismo ambiental».

Otros miembros de Acción Republicana, como Ignacio Urrutia, directamente negaron de cuajo la existencia de cualquier cambio climático inducido por la acción humana, burlándose de manera pública de la joven activista Greta Thunberg. El presidente chileno de la Fundación para el Progreso, Axel Kaiser, también ha vuelto sus lanzas contra la joven activista climática, acusandola de querer imponer una «religión del cambio climático». Kaiser, que es abogado, argumenta que solo reforzando la propiedad privada y protegiendo las «libertades individuales» se puede proteger la naturaleza.

En Perú, Rafael López Aliaga, del Partido Solidaridad Nacional, también ha sido comparado con Jair Bolsonaro. Uno de sus pilares de campaña en marzo de 2021 fue reducir los precios del gas por medio de la renegociación de los contratos con Pluspetrol, de Argentina, y la importación de gas más barato de Bolivia mediante la construcción de un gasoducto. El NSP de

Recientemente se ha observado un giro hacia la ecología por parte de ciertas formaciones de derecha, generalmente como parte de un impulso más amplio por defender las fronteras nacionales.

López Aliaga incluyó el gas en su lista de «energías renovables» y escribió en su propuesta de campaña electoral: «Priorizar fuentes de energía limpia, como la hidráulica, la eólica y la solar. Expansión de distribución de gas de Camisea e impulso a proyectos de irrigación costeros que usen gas natural».

Keiko Fujimori —líder del partido de extrema derecha Fuerza Popular e hija del infame dictador— no niega el cambio climático y en su programa electoral incluso prometió: «Cambiar, progresivamente, la matriz energética a fuentes de energía renovables y el transporte sistemas a combustible eléctrico». Tras bambalinas, sin embargo, las cosas son distintas: Fujimori cuenta con un fuerte respaldo de la industria minera transnacional y prometió preservar la economía extractiva heredada del régimen de su padre.

Finalmente, Nayib Bukele, el autoritario presidente de El Salvador, se ha negado a firmar el Acuerdo de Escazú, un tratado ambiental regional destinado a proteger los derechos humanos de los defensores del medio ambiente y brindar acceso público a la información. El gobierno de Bukele ha recortado drásticamente los fondos para el Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales (MARN) y ha reducido las restricciones para los permisos ambientales.

Liaisons dangereuses

Debido a que muchas economías de la región dependen de manera abrumadora de la extracción de minerales y de la producción de combustibles fósiles pesados, existe una clara tendencia hacia el consenso en todo el espectro político en lo que respecta al medio ambiente. En otras palabras, no existe una amenaza comparable para las industrias de combustibles fósiles

como la que existe en el Norte y, por lo tanto, no existe una respuesta reaccionaria unida todavía.

Debemos prestar mucha atención a las incipientes alianzas de la derecha entre el Norte y el Sur. Así como Bolsonaro obtuvo el apoyo de las redes de derecha en Estados Unidos, las Américas de habla hispana —Bolivia y Chile, en particular— están mirando al otro lado del Atlántico, donde Vox las recibe con los brazos abiertos. Según Vox, existe un patrimonio cultural compartido entre todos los países de la «Iberósfera», un término acuñado por Abascal para reunir la península ibérica con sus antiguas colonias en América Latina en torno a una identidad blanca común. Para mostrar su compromiso con este propósito, Vox hizo circular la Carta de Madrid, entre cuyos firmantes se encontraban varios destacados políticos latinoamericanos: Juan Antonio Kast (Chile), Vanessa Kaiser (también de Chile, hermana de Axel Kaiser), Arturo Murillo (Bolivia) y Eduardo Bolsonaro (Brasil, hijo de Jair).

Si Bolsonaro y Vox tuvieran éxito en la expansión de sus políticas en toda América Latina, el negacionismo climático no tardaría en instalarse. Además, a medida que se intensifique la crisis climática —lo que seguramente sucederá más temprano que tarde—, la producción y el consumo de combustibles fósiles comenzará a pesar cada vez más en la agenda política. Mientras eso pasa, la misión de la extrema derecha se volverá cada vez más patente: defender los privilegios y ganancias existentes a costa del medio ambiente.

Sangre y tierra

Si bien el negacionismo sigue siendo la posición predominante entre el conservadurismo, más reciente-

Los próximos años serán una batalla en dos frentes: contra una extrema derecha que se niega a reconocer que el mundo está en llamas y contra otra que hace un uso espurio de esa evidencia básica para sus propios fines.

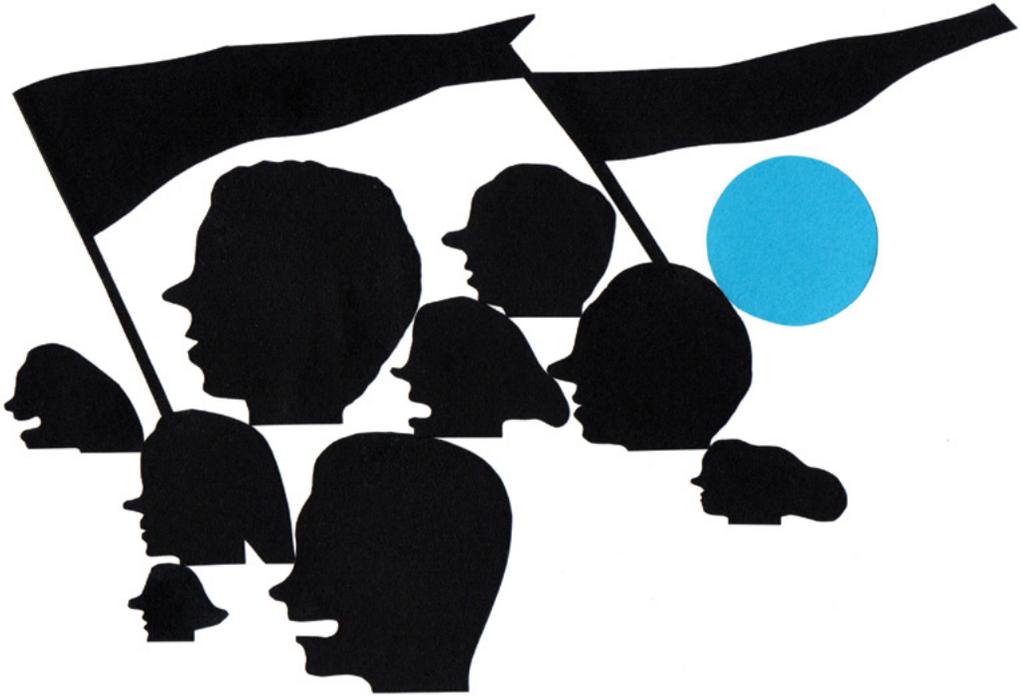
mente se ha observado un giro hacia la ecología por parte de ciertas formaciones de derecha, generalmente como parte de un impulso más amplio por defender las fronteras nacionales. La preocupación por el medio ambiente en la extrema derecha europea ha tomado la forma de un «nacionalismo verde», concepto que designa una tendencia en la cual el clima y las cuestiones raciales están cada vez más entrelazados. Para los nacionalistas verdes, la naturaleza como tal es la explicación de las razones por las que las personas ocupan posiciones distintas en la jerarquía «natural» de la sociedad, y la protección del medio ambiente justifica el cierre de fronteras a los extranjeros.

Estas formaciones a menudo se basan en argumentos maltusianos: la superpoblación es una amenaza para el planeta y para el «medio ambiente nacional»; por lo tanto, los inmigrantes, considerados parásitos o especies invasoras, deben ser rechazados. Proponen tomar medidas a escala global para combatir la superpoblación aunque, casualmente, pasan por alto el impacto ambiental de las poblaciones blancas. En Europa, la incubadora de este giro fue la extrema derecha francesa, que ahora quiere establecer una «civilización ecológica europea». Para ello, la protección de la identidad y del medio ambiente van de la mano a través del antiglobalismo y el arraigo en un territorio delimitado.

Al igual que el negacionismo, América Latina tiene sus propias versiones incipientes del ambientalismo de derecha que, aunque aún están en su infancia, deben ser monitoreadas con atención. El ultraconservador y mesiánico Frente Popular Agrícola FIA del Perú (FREPOP) ha incursionado en la política peruana autoproclamándose como un partido «teocrático, nacionalista, Tahuantinsuyano, revolucionario, agrario-ecologista» y defensor de «la verdad y el Estado de derecho». En relación a asuntos ambientales, el FREPOP ha abogado por las energías renovables y, de forma contundente, por el desarrollo de la industria agropecuaria con miras a hacer de Perú un país eminentemente agrario, erradicando la dependencia alimentaria y promoviendo una «economía social de mercado justa».

Ahora bien, el FREPOP es el ala política de la Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal (AEMINPU), organización que ha llamado a sus miembros a poblar la selva profunda del Amazonas cerca de la frontera con Colombia y Brasil, región que consideran la tierra prometida «sin mal». Utilizando un lenguaje ecologista, la AEMINPU ha fundado varias colonias, devastando hectáreas de selva tropical. También hay evidencia de que mantienen una relación hostil con las comunidades indígenas amazónicas. La retórica ambientalista, la idea de una mítica tierra prometida y la creación del Proyecto de Integración Territorial Sudamericano de Fronteras Vivas del Perú por parte su fundador, Ezequiel Ataucusi Gamonal, bien podrían representar una variación latinoamericana de la ecología de la ultraderecha europea, desenvolviéndose en estas latitudes bajo la forma de un colonialismo mesiánico.

En Ecuador se puede observar otra versión peculiar del ecologismo neoliberal, si bien no de extrema derecha. Durante las recientes elecciones en el país, el abogado indígena Yaku Pérez se definió como el candidato «anticorreísta» y como un defensor de la conservación y de los derechos indígenas. En su programa electoral, Pérez habló del biocentrismo y de la necesidad de que Ecuador se convierta en una «potencia ecológica». Sin embargo, las medidas ambientales que propuso fueron notablemente modestas e inocuas, como plantar más árboles y crear ciudades amigables para las bicicletas.



Pérez también se ha manifestado en contra del extractivismo petrolero, expresando que pediría una votación popular sobre si terminar la minería en ciertos territorios. Sin embargo, no habló del cambio climático ni una sola vez, lo que representa una omisión cuando menos llamativa. En el discurso de Pérez, son la naturaleza y el medio ambiente local los que debe protegerse. Afirmando estar «más allá de la política de izquierda y de derecha», su apertura a los acuerdos comerciales y su voluntad de adaptarse a los poderes corporativos sugiere que su proyecto permitiría que los grupos indígenas se integren a la lógica del mercado.

Poner el cambio climático en el centro

Grupos teocráticos cristianos que abogan por las energías renovables y neoliberales indígenas que hablan con retórica ambientalista: es de esperar que estas y otras variantes proliferen a medida que la crisis climática se abra paso en la agenda pública latinoamericana. Como argumentamos en *White Skin, Black Fuel*, una crisis climática cada vez más profunda probablemente generará formas inéditas de nacionalismo verde. La extrema derecha bien puede asimilar las

preocupaciones ecológicas en sus proyectos centrales, pero estos siempre se chocarán con fuertes límites.

Ningún nacionalismo verde es capaz de abordar el problema de la crisis ecológica desde sus raíces: la desenfadada e incontrolablemente destructiva acumulación de capital. Esto es cierto desde Francia hasta Perú. Solo una izquierda radical puede abordar realmente las fuentes de la catástrofe.

Pero esa izquierda radical siempre se encontrará con un oponente de extrema derecha. En el contexto climático, los próximos años serán una batalla en dos frentes: contra una extrema derecha que se niega a reconocer que el mundo está en llamas (el modelo de Bolsonaro) y contra otra extrema derecha que hace un uso espurio de esa evidencia básica para sus propios fines (el modelo de la AEMINPU). Para que la izquierda tenga éxito en las luchas que se avecinan, tendrá que comenzar por hacer de la mitigación del cambio climático un componente mucho más central de su política del que fue durante las últimas décadas. Y a medida que aumentan las temperaturas globales, deberá prepararse para enfrentar a una envalentonada extrema derecha. ¿Cómo? Con un programa de masas ecosocialista. ●

¿La vieja historia del capitalismo verde?

Un Green New Deal más ambicioso —verdaderamente popular— es factible. Pero para luchar por él debemos tener en claro si nuestros objetivos se enmarcarán en el plano de lo posible, que hoy gira en torno al capitalismo verde, o en lo realmente necesario: una ruptura sistémica de carácter ecosocialista.

La concatenación de crisis económicas y de salud pública que afectan al sistema-mundo al menos desde 2008 no ha activado alternativas políticas anticapitalistas que convoquen imaginarios sociales compartidos a nivel global. La capacidad del realismo capitalista para neutralizar la apertura de futuros posibles es persistente. Incluso una dimensión tan difícil de asimilar en términos materiales, como la dinámica de colapso ecológico, que debería forzar a que un paradigma económico basado en el crecimiento perpetuo se haga cargo de los límites biofísicos del planeta, es reconvertida en diseño de nuevos modos de vida mediante las estrategias de *greenwashing*.

Pero al margen de esta redefinición «ecológica» del modelo de consumo dominante —con la distinción social de los hábitos que trae aparejada—, es interesante observar el modo en que el capitalismo verde pretende prolongar tanto las cosmovisiones hegemónicas en torno al progreso tecnológico como las políticas puestas en práctica en el pasado a la hora de atajar crisis ecológicas coyunturales. Este artículo aborda esa problemática y discute de qué modo el Green New Deal podría politizar la crítica de esa inercia histórica.

La aplicación de las lecciones de la economía ecológica a la historia de la tecnología ha sido explorada por autores como Alf Hornborg, quien plantea que la constitución material de nuestros entornos tecnológicos reproduce las dinámicas económicas de intercambio desigual que caracterizan al sistema-mundo capitalista. Las «máquinas» representan una condensación de relaciones de poder asimétricas a escala internacional y con un impacto ecológico incuestionable. Los minerales y los *inputs* energéticos concentrados por el desarrollo tecnológico han impulsado la dominación imperialista, colonial y neocolonial durante la modernidad industrial, prolongando un expolio y saqueo de los recursos naturales que se remonta a la conquista de América. En esto, las tecnologías «verdes» de la digitalización y de las energías renovables no presentan una alternativa real. Es más, podrían dar lugar a una acentuación en el corto y medio plazo del extractivismo y las tensiones geopolíticas, especialmente si esa transición «ecológica» no va acompañada de transformaciones sociales, culturales y estéticas profundas.

Los efectos políticos de la pugna por el litio (esencial para las baterías de los coches eléctricos) en Bolivia, los desproporcionados consumos energéticos de los



centros de datos o de las redes de 5G (cuya implantación es fundamental para el crecimiento exponencial de la economía digital) o la ventaja estratégica que la concentración en su territorio de «tierras raras» —vitales para la matriz tecnológica de las energías renovables— otorga a China en la carrera por la llamada «neutralidad climática» dibujan un panorama sumamente inquietante para las relaciones internacionales durante las próximas décadas del siglo XXI. Antes que una novedad, ese panorama muestra una relación de continuidad respecto a las luchas por los recursos (en particular, el petróleo) que caracterizaron a la segunda mitad del siglo XX.

Por supuesto, no se trata de condenar como un todo a la tecnología, renunciando de partida a las aplicaciones posibles que esta pueda tener en el contexto de la crisis ecológica. Lo que parece indispensable es desconectar sus usos sociales del carácter tecnocrático que ha acompañado a los imaginarios del desarrollo desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Durante la edad de oro del capitalismo, la necesidad de embriagar al libre mercado para garantizar la reproducción social condujo a una integración parcial y geográficamente desigual de las demandas populares de bienestar: retorno sobre los salarios de los incrementos de

la productividad, extensión de los sistemas sanitarios y educativos de titularidad estatal, ampliación de los servicios públicos, estabilidad en el empleo a través de la negociación sindical, seguro de desempleo y de pensiones, etc.

Esta «revolución pasiva» (en términos de Gramsci) buscó contener la polarización ideológica de los años treinta y relanzar los beneficios capitalistas. En ese campo de juego, el keynesianismo alimentó concepciones tecnocráticas de la política, incluso la posibilidad de una convergencia entre socialismo y liberalismo que acabara con la dinámica de bloques de la Guerra Fría. En Occidente, la paz social quedó relativamente asegurada a través del acceso al consumo y la mejora de los niveles de vida, externalizando sobre la naturaleza y los países dependientes los efectos nocivos del desarrollo.

Fue durante ese período cuando se dispararon en forma de palo de hockey las diversas variables de la crisis medioambiental. La gran aceleración antropocénica coincidió en el contexto de la Guerra Fría con la consolidación del neocolonialismo. La articulación entre crecimiento, fosilismo y democracia en el Norte Global tuvo su contracara en un Sur geopolítico convertido en

yacimiento de energía y materiales y en sumidero donde externalizar las consecuencias socioecológicas del «capitalismo con rostro humano». En estas geografías, las políticas desarrollistas (cuando fueron implementadas) tuvieron un alcance social mucho más limitado.

Tras el ocaso de las políticas keynesianas durante la década de los setenta y el triunfo y crisis del neoliberalismo, lo que observamos hoy es una suerte de «devenir Sur» de diversas áreas del Norte Global, un fenómeno en cuya estela se sitúa la aparición de las nuevas derechas iliberales. La respuesta progresista del reformismo verde se está articulando en torno al paraguas simbólico del Green New Deal (GND), cuyas versiones en los diferentes países son sumamente variopintas: desde aquellas que proponen de modo descarado una prolongación del neoliberalismo por medios «ecológicos» hasta aquellas que entremezclan realismo coyuntural con perspectivas rupturistas más ambiciosas. Entre estas últimas, destaca el referente constituido en Estados Unidos por la izquierda del partido socialdemócrata, encabezada por el senador Bernie Sanders y por figuras emergentes como Alexandria Ocasio-Cortez.

Pese a lo que tiene de reedición verde del New Deal de los años treinta, lo que parecen obviar los partidarios del GND es que su antecedente histórico no solo fue la respuesta a las consecuencias sociales del *crack* de 1929 y de la Gran Depresión económica. En realidad, el New Deal original ya fue un GND, una huida hacia delante de la agroindustria capitalista, que hubo de contener la crisis socioecológica detonada por las tormentas de arena (Dust Bowls) en las Grandes Llanuras del sur de Estados Unidos. La colisión entre la erosión de los suelos, las sequías sobrevenidas y las Dust Bowls hizo que hasta tres millones de granjeros emigraran de sus granjas, generando una caída de la producción agrícola que provocó cerca de cinco millones de muertes.

El Estado hubo de reaccionar mediante la activación de un plan de emergencia que remediara la situación y evitara posibles crisis futuras. Las reformas sociales impulsadas por una administración Roosevelt crecientemente presionada por la fuerza sindical de la clase trabajadora nacional y por la amenaza —más o menos plausible— de la extensión occidental del comunismo, tuvieron su correlato verde. Según ha analizado Hannah Holleman en *Dust Bowls of Empire*, su

propósito principal consistió en paliar la pérdida de fertilidad de los suelos sin perjudicar la rentabilidad capitalista.

A las dos fases que tradicionalmente se distinguen en el desarrollo del New Deal de los años treinta habría que sumar una tercera que no se llegó a concretar. Esta se relacionaba con los informes que apuntaban hacia los efectos beneficiosos que para la sostenibilidad de la producción agrícola tendría una distribución de las tierras entre los pequeños propietarios.

Frente a ese modelo, se apostó por soluciones de tipo técnico que, incentivando recursos como la aplicación de nuevos fertilizantes, pesticidas y herbicidas (entre ellos, el famoso DDT), relegaban la importancia de la cuestión social. Fue esa política agraria la que a la larga generaría nuevos desequilibrios ecosistémicos (por ejemplo, la contaminación de las aguas superficiales), según se encargaron de señalar voces pioneras del ecosocialismo como Barry Commoner a principios de la década de los setenta. En oposición a las explicaciones neomalthusianas, Commoner apuntaba en su libro *El círculo que se cierra* al «factor tecnológico» (y, en particular, al empleo masivo de la química agrícola de acuerdo a criterios productivistas) como el elemento detonante de la crisis medioambiental, contra la que por entonces se revolvía el nuevo movimiento ecologista en diversas regiones de los Estados Unidos.

A su vez, Holleman destaca que las tormentas de arena de los años treinta habían sido una consecuencia de la erosión sufrida por los terrenos agrícolas a lo largo de las décadas que van desde los años setenta del siglo XIX hasta la Gran Depresión de los años treinta del siglo XX. La autora subraya que durante ese período el nuevo imperialismo globalizó las prácticas de colonialismo blanco de asentamiento [white settle colonialism], intrínsecas a la fundación y extensión occidental de los Estados Unidos, cuyo componente genocida ha sido descrito por Roxanne Dunbar-Ortiz.

En Estados Unidos, ese primer «capitalismo verde» acabó con los métodos indígenas de producción, menos propensos a agotar la fertilidad de la tierra, profundizando la «fractura metabólica» que asociamos con el despliegue de la modernidad industrial.⁴ Las Dust Bowls de los años treinta volverían contra los más vulnerables —desde los pequeños propietarios de



granjas hasta la población negra e indígena del Sur del país— los efectos de la confluencia entre colonialismo de frontera, esclavismo de las plantaciones y expropiación de recursos naturales que la sacrosanta propiedad privada había extendido durante los siglos precedentes. De hecho, uno de los estados más afectados por las tormentas, Oklahoma, había sido denominado anteriormente «Territorio de indios», al ser forzada a instalarse allí la población nativa desplazada de las regiones situadas al este de los Apalaches.

Volviendo al presente, parece algo más que una casualidad histórica el hecho de que algunas de las luchas ecologistas contemporáneas más radicales estén siendo protagonizadas por pueblos indígenas. Desde las revueltas mapuches en el sur de Chile contra las centrales hidroeléctricas hasta los indios Sioux, que se oponen en Standing Rock al oleoducto que ha de atravesar su reserva, el «ecologismo» indígena se asocia mucho antes con la defensa del territorio y de tradiciones de vida comunitaria que con los imaginarios verdes sobre los que se suele construir la agencia discursiva del GND.

En verdad, el principal problema de esos imaginarios es que dejan intacta una cuestión central en el origen

categorial e histórico de la crisis ecológica. Me refiero al modo en que la modernidad occidental construyó teóricamente el concepto de propiedad, y a su aplicación en la extensión mundial del colonialismo y el imperialismo. Esa concepción de la propiedad es difícilmente dissociable de los procesos de mercantilización que han acompañado a ambos fenómenos históricos. En este sentido, resulta curioso que una de las fuentes de inspiración de las versiones del GND situadas más a la izquierda sea la obra de Karl Polanyi. Polanyi denunció el modo en que el libre mercado convierte artificialmente en mercancías una serie de factores productivos que en ningún caso han sido creados para la compra-venta. En particular, definió el carácter de mercancías ficticias de la fuerza de trabajo, la tierra y el dinero. Lo que hicieron las políticas keynesianas de posguerra fue desmercantilizar (aunque sea parcialmente) el primero de ellos —la fuerza de trabajo—, dejando intacta la consideración de la tierra como un «recurso» monetizable más.

La propiedad representa así el inconsciente oscuro de las luminosas promesas del reformismo capitalista, también en su versión verde. O, más bien, el inconsciente *negro*: la relación entre propiedad, raza, esclavitud, geología y productividad de la tierra se sitúa en

Parece algo más que una casualidad histórica el hecho de que algunas de las luchas ecologistas contemporáneas más radicales estén siendo protagonizadas por pueblos indígenas.

la génesis misma de la modernidad antropocénica. Solo un pensamiento crítico y una acción política que ataquen esa dimensión de la propiedad de la tierra, hoy más sujeta que nunca a factores como la especulación bursátil, podrá dar soluciones realistas a la crisis ecológica. Este es el plano en el que el ecosocialismo tensiona a las variantes más ambiciosas del reformismo verde.

El problema no es tanto convenir si nos hallamos ante un momento polanyiano de intervención institucional, que pueda articular políticas redistributivas en lo social y una agenda de transición ecológica. Eso lo compartimos con algunos defensores del GND. La cuestión es qué grado de radicalidad otorgamos a esa intervención, de qué manera nos permite avanzar hacia el socialismo. Más allá de los debates nominalistas e identitarios, tácticos y estratégicos, debemos asumir ese horizonte común de transformación. Y, al mismo tiempo, ser capaces de aterrizarlo en medidas concretas que políticamente combatan el malestar y la desigualdad, de modo que la impugnación de las relaciones de propiedad no se convierta en una consigna abstracta, sin contenido político real.

Lo que propondría, por tanto, es un desplazamiento del GND desde las perspectivas tecnológicas y tecnocráticas hacia la politización de las relaciones sociales. Con frecuencia, la proyección tecnológica de las expectativas emancipatorias no es más que una suspensión imaginaria de los conflictos de clase. Una ideología consensual. Mi propuesta se sitúa en la estela de lo sugerido por interpretaciones del GND como la de Max Ajl, quien destaca en *A People's Green New Deal* al tecnofetichismo y a la ausencia de una crítica anticolonialista como dos de los grandes déficits del GND. En relación a este último aspecto, un abordaje materialista que rastree y desmonte la cadena global de producción de valor, con

las repercusiones ecosociales que trae aparejadas, se hace imprescindible. Si consideramos que el GND es un significante político en disputa, esta debe ser la orientación de su declinación ecosocialista.

Por otra parte, desde Ocasio-Cortez a Más País (el partido encabezado por Íñigo Errejón en España), las versiones progresistas del GND se siguen basando en un modelo de colaboración público-privada que fía su posibilidad de expansión a los retornos sobre el Estado de parte de los beneficios resultantes de la inversión pública en el sector privado (por ejemplo, los derivados de la investigación en el campo de transición ecológica). Lo que no queda claro es de qué modo esa política permitirá generar un antagonismo con el capital que redefina las relaciones de poder.

Sin necesidad de desmerecer la implementación de reformas, Ajl defiende que un proyecto de GND más ambicioso —un GND verdaderamente popular— es factible. Pero un reformismo revolucionario que avance en la desmercantilización del metabolismo socioambiental y de la esfera pública tiene que tener claras cuáles son sus prioridades (aunque no resulten mutuamente excluyentes): ¿las baterías de litio para coches eléctricos o el acceso universal a la energía renovable y al agua? ¿Una economía basada en los ciclos cerrados de reciclaje o el pago de la deuda ecológica a los países del Sur? ¿La sustitución de la energía fósil por la nuclear y por megaparques eólicos o fotovoltaicos o la soberanía energética y alimentaria? ¿La socialización relativa de los réditos de la inversión verde o una actualización ecológica de la democracia industrial?

Los primeros elementos de cada uno de estos interrogantes son perfectamente asumibles por el capitalismo verde. Los segundos implican la ruptura ecosocialista a la que debemos aspirar. ●

Excedente

PARA LA REPRODUCCIÓN AMPLIADA

Un mundo por ganar

La tendencia antindustrial del ecosocialismo es «no científica»: su visión del futuro se apoya sobre la negación —romántica más que revolucionaria— de las condiciones materiales en las que vivimos. El futuro emancipatorio solo puede construirse a partir de los sistemas industriales y no en contra de ellos.

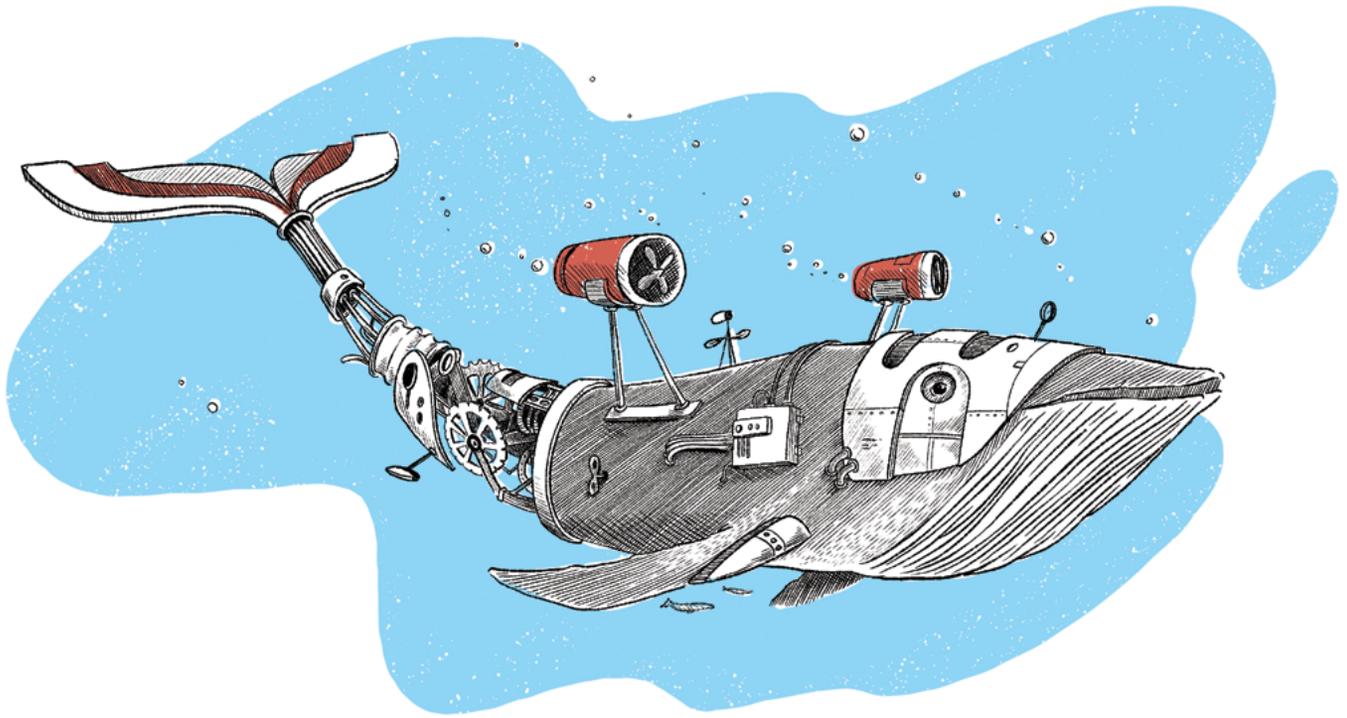
La política ecosocialista suele hacer hincapié en una visión «distópica» del futuro que nos espera en caso de que no logremos reemplazar al capitalismo. El género de escritura ecosocialista preferido comienza señalando lo que dice la ciencia sobre el colapso ecológico actual: el cambio climático, la extinción masiva, las zonas muertas a causa del nitrógeno, etc. Sin embargo, la estrategia socialista también debe apuntar a convencer a los trabajadores de que un futuro mejor es posible. Y para convencer a la gente de que un futuro mejor es posible, debemos ser capaces de mostrarles que, además de predecir nuestra muerte inminente, la ciencia sirve para otras cosas.

Hace poco, en el grupo de lectura socialista en el que participo leímos el clásico de Friedrich Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Según Engels, el socialismo «científico» está basado en un análisis del tipo de sociedad que es posible construir dadas ciertas condiciones materiales e históricas. Engels enfatiza que los socialistas utópicos imaginan una sociedad ideal inventada por «tal o cual intelecto de genio», pero no logran articular en términos realistas la manera en que sería posible construir el socialismo a partir del presente. En este ensayo sostengo algo similar. La visión distópica del futuro que define a una

parte considerable de la izquierda verde no permite explicar cómo es posible construir el socialismo a partir de las condiciones materiales en las que vivimos. Los ecosocialistas utilizan con frecuencia y de manera impactante a las ciencias naturales para proyectar un futuro distópico, pero no es esta la «ciencia» a la que se refería Engels, y que se deja definir mejor como materialismo histórico.

Se concibe al futuro distópico como el resultado de la civilización industrial. Para muchos ecosocialistas y pensadores de la izquierda verde, las predicciones científicas son tan funestas que la única opción que queda es abandonar completamente el industrialismo. Me gustaría argumentar que esto conduce a ciertas ideas fantasiosas (utópicas, incluso) del futuro.

Pensadores del decrecimiento sugieren que debería efectuarse un «desplazamiento hacia economías locales con ciclos de producción y consumo cortos». Richard Smith, por su parte, argumenta a favor de un programa socialista de «desindustrialización controlada», aunque no explica exactamente qué significa esto. En 2018, Troy Vettese sostuvo en las páginas de la *New Left Review* una posición a favor de la austeridad (en realidad, a favor de algo que él denominó



«ecoausteridad igualitaria»); el programa incluye el racionamiento energético, el veganismo compulsivo y la transformación de cerca de la mitad del planeta en un área de naturaleza salvaje. Su argumento se apoya sobre las tesis del reaccionario sociobiólogo E. O. Wilson. Buena parte de estos pensadores se opone a la más mínima insinuación de una tecnología industrial (o lo que ellos denominan, en términos peyorativos, una «solución técnica») y al ecomodernismo.

Marx, Engels y todos los socialistas clásicos percibían a la industrialización como un proceso capaz de aportar capacidades materiales históricamente inéditas susceptibles de garantizar la abundancia, abolir la pobreza y liberarnos del trabajo. Engels lo dijo con claridad:

Gracias precisamente a esta revolución industrial, la fuerza productiva del trabajo humano ha alcanzado tal nivel que, con una división racional del trabajo entre todos, existe la posibilidad —por primera vez desde que hay hombres— de producir lo suficiente, no solo para asegurar un abundante consumo a cada miembro de la sociedad y constituir un abundante fondo de reserva, sino también para que todos tengan además suficientes

ocios, de modo que todo cuanto ofrece un valor verdadero en la cultura legada por la historia — ciencia, arte, formas de trato social, etc.— pueda ser no solamente conservado, sino transformado de monopolio de la clase dominante en un bien común de toda la sociedad.

Puesto en términos simples, el capitalismo industrial hace posibles la emancipación y la libertad de toda la sociedad. Este enfoque de la libertad garantizada por el control social de la abundancia industrial es clave a la hora de movilizar a las masas a la lucha socialista. No obstante, la mayoría de los ecosocialistas acuerda en que es este mismo sistema de industrialización el que llevó al planeta al borde del colapso. De esta manera, se abre una brecha entre dos tendencias entre las cuales prácticamente no existen puntos medios: el «comunismo de lujo totalmente automatizado» y el decrecimiento.

La pregunta fundamental es: dadas las condiciones materiales actuales, ¿es realista la política que rechaza el industrialismo? ¿Es científica en el sentido de Engels? Argumentaré que la tendencia antindustrial del ecosocialismo es «no científica»: su visión del futuro se apoya sobre la negación —romántica más que

revolucionaria— de las condiciones materiales en las que vivimos. Está claro que el ecosocialismo deberá lidiar con una perspectiva de la emancipación sensata en términos ecológicos, pero un enfoque científico nos muestra que la historia de la industrialización nos ofrece solo un conjunto limitado de futuros (positivos) posibles. El futuro emancipatorio solo puede construirse a partir de los sistemas industriales y no en contra de ellos. Para comprender esto desde una perspectiva «científica» (y ecológica), debemos considerar las relaciones históricas específicas que existen entre la industrialización y lo que Marx denominaba «el reino de la libertad».

Socialismo, maquinaria y reino de la libertad

Mi tesis central es que la perspectiva de Engels del socialismo científico es simplemente una visión realista de lo que es materialmente posible dadas ciertas condiciones históricas. En términos ecológicos, la novedad del capitalismo es que aliena al grueso de la población de sus condiciones naturales de existencia, es decir, de la tierra. Por primera vez, se arranca a la gran mayoría de las personas de la dependencia directa de la tierra y se la fuerza a proveerse el sustento en el marco de relaciones mercantiles (en general, aunque no exclusivamente, a través del trabajo asalariado). Los capitalistas explotan a este proletariado sin tierra para acumular capital y plusvalor. Una de las palancas principales de la acumulación es la tendencia incesante a invertir en máquinas que mejoran la productividad del trabajo. De esta manera, el capitalismo industrial expande enormemente las capacidades productivas de la sociedad a tal punto que logra superar antiguos límites biológicos y espaciales al crecimiento.

Marx creía que el modo en que el capitalismo desarrolla la automatización y la maquinaria era capaz de reducir enormemente el trabajo necesario para la reproducción social básica, a la que denominaba el «reino de la necesidad». Si la maquinaria fuese puesta bajo un control socializado que no tuviese como objetivo la ganancia privada, argumentaba, toda la sociedad podría gozar de un «reino de la libertad» ampliado, es decir, de tiempo libre que no se define en función de la urgencia para satisfacer las necesidades básicas de la sociedad. A pesar de que George Orwell sugirió que la falta de trabajo manual podría

crear «un paraíso de gorditos», no debe concebirse necesariamente al tiempo libre como una forma de holgazanería. En realidad, podría incluir toda una serie de actividades colectivas y personales (desde la producción artesanal hasta la jardinería, siempre y cuando se las disfrute).

En su célebre cita sobre el «reino de la libertad», Marx menciona que el reino de la necesidad debería llevar aparejado «el mínimo empleo de fuerzas», de forma tal que el reino de la libertad sea capaz de propiciar «el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo». La cuestión de la energía es fundamental aquí y es un tema que tanto el ecosocialismo distópico como el comunismo de lujo totalmente automatizado ignoran con demasiada frecuencia. Al centrarnos en la energía y en el trabajo, tenemos una imagen más clara de las condiciones históricas que generó la industrialización (y los futuros posibles que podemos construir a partir de ella).

Para despejar cualquier duda, ni Marx ni ningún socialista afirmarían que el reino de la necesidad puede ser completamente automatizado. Tal como argumentó recientemente Aaron Benanav, un proyecto socialista implica compartir el trabajo necesario para reproducir la sociedad:

El reconocimiento de la dignidad esencial de estas más de 7000 millones de personas [...] implica que dejemos de contentarnos con la idea de relegar a algunos a una vida monótona para que otros puedan ser libres. Esto significa que debemos compartir todo el trabajo necesario en una sociedad tecnológicamente avanzada.

La ecología de la industrialización: energía, tierra y trabajo

La crisis climática surge de nuestra relación con la energía: específicamente, del uso de combustibles fósiles para alimentar máquinas y procesos industriales. Tal como deja en claro Michael Löwy, el ecosocialismo «antes que nada [...] implica una revolución del sistema energético». No obstante, no se reflexiona lo suficiente sobre el sistema energético que había antes de la industrialización. En los sistemas energéticos preindustriales, casi todo el «trabajo» era realizado por el poder de los seres humanos y los músculos de

los animales. Una enorme proporción de este trabajo estaba dedicado a la agricultura. De esta manera, el poder social era equivalente al control social de los cuerpos animales y humanos (es decir, la esclavitud). Esto también implicaba que la gran mayoría de la sociedad estaba condenada a labores agrarias brutales.

Aziz Rana explica que, prácticamente desde sus inicios, el colonialismo de los pobladores estadounidenses blancos estuvo marcado por «una división básica entre trabajo libre y trabajo no libre [...]. La naturaleza de la vida agraria implicaba [...] que era necesario que hubiese otros que participaran de formas de trabajo que se percibían desde hacía mucho tiempo como degradantes». En este contexto, el poder político y la libertad implicaban la exclusión de este trabajo; la esclavitud era vista «o bien como un mal necesario, o bien como una práctica social legítima».

¿De qué manera la industrialización transformó estas dinámicas? La industrialización implicó en gran medida el reemplazo del poder de los músculos por la maquinaria automática. Comenzó en la producción textil, pero rápidamente se propagó a la fabricación masiva de todos los productos —desde viviendas hasta libros— que antes eran fabricados por mentes y manos humanas (hoy los algoritmos pueden reemplazar incluso la toma de decisiones humana). En el siglo XX, un pequeño sector de la clase trabajadora ganó acceso a máquinas automáticas en el reino de la reproducción social (por ejemplo, lavavajillas, electrodomésticos, etc.).

El nivel de dependencia de la energía y la maquinaria llegó a un punto en el que, de acuerdo con el historiador Bob Johnson, el consumo de energía per cápita en Estados Unidos es equivalente a «cerca de ochenta y nueve cuerpos humanos que trabajaran día y noche para cada uno de nosotros».

En esta fase industrial temprana, la esclavitud no fue desplazada por la maquinaria, sino que se trató más bien de una relación de complementariedad. Tal como escribió Marx: «Lo mismo que las máquinas, el crédito, etc., la esclavitud directa es la base de la industria burguesa. Sin esclavitud no habría algodón; sin algodón no habría industria moderna». Sin embargo, no solemos considerar el rol del combustible fósil en la «liberación» de una parte de la sociedad del trabajo



El capitalismo industrial expande enormemente las capacidades productivas de la sociedad a tal punto que logra superar antiguos límites biológicos y espaciales al crecimiento.

La industrialización reinventó completamente el mundo. Convirtió una economía fundada en el músculo y la tierra en una sociedad de la abundancia que depende casi completamente de la energía automatizada.

muscular y el alcance que tiene a nivel de la sociedad considerada en su conjunto. A medida que la mecanización se propagó a todas las formas de producción, la necesidad social de la esclavitud empezó a dispersarse lentamente (aun si persiste hasta el día de hoy).

En este contexto, el poder social empezó a emanar menos del control sobre los cuerpos humanos (esclavos) que del control de las máquinas, fábricas y otros «medios de producción». Los capitalistas que poseían estas máquinas hicieron enormes inversiones en capital fijo, y esto flexibilizó la necesidad de mano de obra. Tal como ilustra Andreas Malm, el combustible fósil —especialmente el poder del vapor generado con carbón— planteó al capital la necesidad de controlar la energía, las máquinas y la fuerza de trabajo explotable para ponerlas al servicio de la acumulación. A diferencia del agua utilizada en las áreas rurales, el vapor era móvil y podía concentrarse en distritos urbanos industriales en los que «era fácil procurarse trabajo».

El otro aspecto material decisivo de las relaciones energéticas preindustriales es la tierra. Toda la energía preindustrial provenía de la tierra: la comida para los músculos, las fibras para la vestimenta y los bosques para el combustible. En este sistema territorialmente extensivo, quienes controlaban la tierra —la Iglesia, la corona y la aristocracia— tenían un poder social inmenso. De repente, las necesidades energéticas de la producción se desplazaron de las grandes porciones de tierra a pequeños «huecos» a través de los cuales se accedía a las reservas subterráneas de combustible fósil. El capitalismo puede ser concebido como un proceso histórico que les quitó el poder a los

que controlaban la tierra (los terratenientes) y se lo dio a los capitalistas que controlaban la energía, las máquinas y, por supuesto, el dinero (la burguesía).

Como sucede con el trabajo, no solemos pensar, en términos del uso de la tierra, en las enormes transformaciones materiales que hicieron posible esta transición. Los combustibles fósiles expandieron el acceso de la sociedad a la energía térmica, no solo para calentar los hogares, sino para hacer funcionar procesos industriales basados en el calor como la fabricación de ladrillos, acero, vidrio y cerveza. E. A. Wrigley muestra que, antes de que se generalizara el uso del carbón, la fundición de hierro era espacialmente extensiva: «10 000 toneladas de hierro implicaban talar más de 40 000 hectáreas de bosque». El medio urbano construido de acero, concreto y ladrillos requiere relativamente poca tierra en términos de consumo energético. Es difícil imaginar un entorno futuro construido exclusivamente con energía y materiales orgánicos.

Nada de esto hubiese sido posible sin que mediaran transformaciones drásticas en la agricultura que liberaron trabajo. Fue el arado en acero y finalmente el tractor los que hicieron que disminuyera drásticamente la necesidad de mano de obra en las granjas. Hoy, casi todo *input* de la agricultura industrial ahorra trabajo. Se ara y se siembra con tractores y los químicos hacen el «trabajo» de desmalezamiento, matan a los bichos y fertilizan el suelo. En Estados Unidos, la historia de este desarrollo es impactante: en 1790, el 90% de la población, incluyendo a los esclavos, trabajaba en granjas. En 1910, esta proporción había bajado a 35%. Hoy es menos del 1,5%. Connor Kilpatrick y Adaner Usmani afirman que «Al menos en Occidente, la cuestión agraria se resolvió (gracias al capitalismo)». Hasta el Sur Global vive un proceso masivo de «descampesinización», aunque se estima que 1500 millones de personas en el mundo todavía practican la agricultura a pequeña escala.

La industrialización reinventó completamente el mundo. Convirtió una economía fundada en el músculo y la tierra en una sociedad de la abundancia que depende casi completamente de la energía automatizada. Los socialistas siempre argumentaron que esto posibilita una «libertad» más amplia del trabajo, pero suelen ignorar el fundamento energético de estas relaciones. Muchos críticos ecologistas argumentan

La abundancia industrial del capitalismo no conllevó la ampliación del tiempo de ocio de la mayoría de la población. Pero ese no es un problema tecnológico, sino de clase.

que las máquinas están habitadas por la lógica capitalista. El uso capitalista de la maquinaria no alivió el esfuerzo de los trabajadores y debemos abandonar la idea de que lo hará en algún momento. Considérese, por ejemplo, este informe de Corner House sobre «Energía, trabajo y finanzas»: «Cada vez que se introdujo una energía capaz de “ahorrar trabajo” en la industria, en general el resultado fue un nuevo tipo de exigencia laboral». Dije antes que la industrialización efectivamente llevó a que se utilice menos trabajo en la agricultura. Sin embargo, los autores están en lo cierto cuando afirman que, bajo el capitalismo, la abundancia industrial no conllevó la ampliación del tiempo de ocio de la mayoría de la población.

Con todo, no se trata, en lo fundamental, de un problema tecnológico. Se trata de un problema de clase. Responde a la apropiación privada de la riqueza y a la generación de ganancias por medio de la maquinaria automatizada que pone en marcha el capital.

La cuestión «científica» clave para los ecosocialistas debe ser: ¿cómo podemos crear una sociedad ecológica y emancipada a partir de las formas industriales de producción que en la actualidad estructuran las vidas de miles de millones de personas? Algunos ecosocialistas señalan que deberíamos volver a una sociedad agraria en la que se trabaje más intensivamente. Fred Magdoff y Chris Williams sugieren que una agricultura ecológica «podría implicar granjas más pequeñas en las que trabaje más gente», aunque admiten que será necesario desarrollar las máquinas para disminuir el tiempo de trabajo necesario. El provocativo ensayo de Jasper Berne, titulado «The Belly of the

Revolution» [La panza de la revolución] proyecta un futuro comunista en el que la agricultura del mundo desarrollado es más «intensiva en términos de esfuerzo» y «casi todos deberían meter algo de mano en la producción del alimento que consumen».

Más grave es la promoción explícita de la agricultura que hace uso intensivo de la mano de obra. Tony Weis, uno de los críticos más destacados de la agricultura industrial, afirma que «Los sistemas agrarios deben ser biodiversos y fundarse en una mano de obra mucho más intensiva, en el conocimiento agrario descentralizado y en una gestión prudente y apasionada». Naomi Klein explica los beneficios de la agricultura sustentable: «Otro beneficio extra: este tipo de agricultura es mucho más intensiva que la agricultura industrial en términos de mano de obra, lo que significa que estas actividades podrán convertirse de nuevo en una importante fuente de empleo».

Pero seamos realistas, o «científicos». Al menos en Estados Unidos, donde solo el 1,5% de las personas trabaja en granjas (a nivel mundial se trata de alrededor del 26% de la población), no vamos a ganar a las masas trabajadoras con un programa socialista fundado en lo que Leigh Phillips denomina «trabajo arduo para todos». El capitalismo produjo la primera sociedad en la que la gran mayoría de las personas no debe trabajar en la agricultura. Revertir esta situación no es deseable ni posible en términos políticos. No podemos construir el ecosocialismo a partir de un vaciamiento masivo de las ciudades en el marco del cual millones de personas deben migrar para trabajar de manera forzada en granjas.

A pesar de la popularidad de los jardines urbanos y de la agricultura a pequeña escala, no podemos ponernos nostálgicos con el trabajo agrario «apasionado». Dado que el trabajo agrario es en muchos casos intolerable, las sociedades encuentran formas de coaccionar a otros para que lo hagan en beneficio de las élites. Como dijo hace poco el genio (y «socialista libertario») Noam Chomsky, la eliminación de este tipo de trabajo debería ser un principio socialista fundamental: «Todo trabajo pesado, aburrido, destructivo y peligroso debería ser automatizado hasta el punto en que sea posible». Eso libera a la gente para abocarse a trabajos mejores, más creativos, más satisfactorios y más seguros. Ciertas formas de trabajo

agrario caen invariablemente en las categorías de lo pesado y lo aburrido.

En cualquier caso, debemos apoyar a los movimientos que intentan controlar la tierra en tanto «medio de producción» fundamental. Me refiero, por ejemplo, a movimientos campesinos como el Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST) y Vía Campesina. Sin embargo, los socialistas deben mantener el foco en el principal resultado del capitalismo que mencionamos antes: la proletarización masiva o los miles de millones de personas que fueron separadas de la tierra. En beneficio de las masas proletarizadas, deben desarrollar un plan que permita crear un sistema agrario de alimentación y sacar ventaja de las formas industriales de tecnología que permiten ahorrar trabajo, pero que a su vez limite la devastación ecológica que define a la agricultura industrial capitalista. Este programa podría denominarse agroecología industrial.

Impulsar la abundancia ecosocialista

El industrialismo fundado en los combustibles fósiles conlleva altos niveles de desechos y de polución en todas sus etapas: extracción, producción y consumo. El capitalismo obliga a las empresas a externalizar estos costos ecológicos en la sociedad a modo de estrategia competitiva. A lo largo de la historia, el socialismo de Estado también apuntó a una industrialización rápida sin considerar las consecuencias ecológicas. No obstante, a diferencia de lo que sucedía en los años 1920, hoy tenemos una base mucho más amplia de conocimiento ecológico para definir la organización de la producción. Este es el corazón del socialismo: someter la producción al debate democrático de las necesidades sociales (y ecológicas). Entre nuestras necesidades sociales se cuenta todavía el tiempo libre que posibilita la automatización. Pero también debemos explorar formas ecológicas de producción automatizada.

La cuestión ecológica que plantea la automatización gira en torno a la energía. Dado que no podemos tomar una sociedad mundial de más de siete mil millones de personas cuyos procesos de producción se fundan en la maquinaria automatizada y convertirla en una sociedad agraria artesanal, la clave del futuro ecosocialista pasa por encontrar una forma de re-

¿Cómo podemos crear una sociedad ecológica y emancipada a partir de las formas industriales de producción que en la actualidad estructuran las vidas de miles de millones de personas?

producir, por medio de energías no contaminantes, aquellos aspectos de la economía fósil que permiten ahorrar trabajo.

Algunos límites científicos al socialismo renovable

David Schwartzman argumenta que debemos proyectar una transición al socialismo como una transición energética hacia ese abundante recurso conocido como el sol. Denomina a esto «comunismo solar». La energía solar encaja perfectamente con la perspectiva socialista de la abundancia. Schwartzman explica: «una hora de la luz solar que llega a la tierra brinda la misma cantidad de energía que la sociedad consume a nivel mundial en un año».

Por supuesto, el problema con la energía solar es su intermitencia. Pero bajo el socialismo, si la producción estuviese orientada hacia las necesidades ecológicas y humanas, sería posible dedicar una gran porción del conocimiento que produce la ingeniería a resolver el problema de los límites de las energías renovables. Considerada a nivel histórico, esta transición representaría una especie de retorno en términos energéticos. El 99% de la historia humana se



funda en la energía solar directa, especialmente en la fotosíntesis necesaria para la comida, el combustible y la fibra. El uso de combustibles fósiles (o luz solar enterrada) podría terminar siendo un corto «puente» hacia el recomienzo de una sociedad fundada en la copiosa la luz solar.

Las energías renovables no solo son abundantes. Sucede también que sus propiedades materiales son en algún sentido perjudiciales para la rentabilidad capitalista. Malm señala que, una vez creada la infraestructura, la energía circula libremente y no es fácil privatizarla. Este es un problema para los «capitalistas verdes», pero es una bendición para cualquier sociedad socialista. Además, las energías renovables proveen energía libre y abundante que requiere poco trabajo para aprovecharla una vez construidas las infraestructuras.

Con todo, quedan algunas dudas acerca de las capacidades que tiene la energía renovable para impulsar un futuro de abundancia. Debemos reconocer que la infraestructura que requieren las energías renovables implica prácticas extractivas: acero, cemento, metales extraños, etc. El hecho de que todavía no dispongamos de una solución de largo plazo para almacenar

energía cuando el sol no brilla y el viento no sopla está llevando a una peculiar «fiebre del litio» —especialmente en América Latina— sobre la dudosa premisa de que, de alguna manera, este bache puede cubrirse con la fabricación de millones de baterías. Este proceso será muy destructivo en términos ecológicos. Para muchos ecoizquierdistas, este hecho basta para rechazarlo (¡hay que reconocer que las energías renovables bajo el capitalismo son bastante desagradables!). Con todo, imaginar un mundo sin «extracción» representa la cima del ecosocialismo no científico. Efectivamente, debemos evitar las formas antidemocráticas de desposesión que involucra la extracción capitalista y (neo)colonial. Una extracción socialista, en cambio, debería ser profundamente democrática y considerar tanto las necesidades de las comunidades locales de disponer de suelo y agua limpios como las necesidades más amplias de la sociedad. Esto implica, según Thea Riofrancos, «ampliar» la democracia de forma tal que sea posible equilibrar la relación entre los movimientos de izquierda que están en contra del extractivismo y los sectores que luchan para mejorar los estándares de vida a nivel social.

La clave de las energías renovables es que no se trata de un producto extraíble: es una fuente que fluye de

manera inagotable. Una vez que hayamos extraído todos los materiales necesarios que se necesitan para la infraestructura energética, al menos seremos capaces de prescindir de la extracción destructiva de combustibles fósiles a la hora de seguir generando energía. Un crítico de las energías renovables señala en términos negativos que un molino de viento «solo tiene una vida útil de entre 30 y 40 años». Sin embargo, debe decirse que eso es mucho más que el milisegundo que dura el petróleo/gas/carbón luego de quemarse en una cámara de combustión.

Por otra parte, a diferencia de los combustibles fósiles, la energía renovable requiere actualmente de enormes extensiones de tierra para garantizar los niveles de consumo que necesitamos. Esto puede resolverse en parte a través de la utilización del viento de altamar (que a la vez es menos intermitente), pero no cabe duda acerca de que un futuro de energías renovables devolverá las luchas sociales por la tierra —especialmente en las áreas rurales— al lugar histórico que ocupaban en las economías energéticas preindustriales.

Está claro que, al igual que en el caso del proyecto de la agricultura fundada en una mano de obra intensiva, existe el riesgo de ser demasiado románticos cuando se trata de las energías renovables. Sin embargo, el debate científico sobre la posible transición a las energías renovables está en curso. Mark Jacobson y sus colegas generaron mucho entusiasmo con una investigación que demostró que esta transición es 100% posible. No obstante, esta conclusión fue recientemente destrozada por un importante grupo de científicos (principalmente a causa de las predicciones exageradamente optimistas acerca de las capacidades de la energía hidroeléctrica). La crítica se topó finalmente con una denuncia legal iniciada por Jacobson.

El problema no se soluciona simplemente al acomodar algunos números. Están en juego límites materiales reales. Las energías renovables intermitentes, como la solar y la eólica, todavía no son capaces de reproducir los niveles de generación de energía que define a los sistemas de electricidad modernos. Una parte de esto podría resolverse a través de una red de transmisión más integrada —capaz de transportar flujos de energía renovable intermitentes cada vez

El capitalismo produjo la primera sociedad en la que la gran mayoría de las personas no debe trabajar en la agricultura. Revertir esta situación no es deseable ni posible en términos políticos.

que están disponibles— pero aun así es improbable que logren equiparar la fiabilidad que necesitamos.

Por lo tanto, el impulso socialista hacia el comunismo solar debe considerar seriamente la utilización de fuentes complementarias de energía, como la geotérmica o la hidroeléctrica. Quiero ser claro: el aprovechamiento de la abundancia energética no es un intento de reproducir el consumismo inútil del capitalismo (es decir, la basura plástica barata), sino más bien de definir (y debatir) lo que la sociedad realmente necesita sobre la premisa de una energía abundante. De nuevo, el socialismo implica la democratización de la producción. Si la meta es transformar las relaciones de producción, surgirán necesariamente relaciones de consumo nuevas y emancipadas. El objetivo socialista de diseñar una política de producción no es un intento de mantener los mismos niveles de consumo, sino de crear instituciones democráticas que logren abordar las cuestiones sociales que nos plantea inevitablemente el reino de la necesidad. Son los mercados capitalistas los que separan la producción y el consumo (y, sobre todo, los que nos hacen sentir que solo somos «libres de elegir» en el mercado de consumo, mientras que la «morada oculta» de la producción está vedada a la política). Una política ecosocialista de producción debe evitar también la típica acusación moralista de «sobreconsumo» (especialmente todo en una sociedad desigual en la que tanta gente vive en condiciones de subconsumo).

No podemos conquistar el ecosocialismo mediante la mera difusión de los últimos descubrimientos de la ciencia del clima, a la espera de que las masas reconozcan la necesidad de un cambio.

La abundancia ecosocialista en general no trata solamente de la «abundancia» de las cosas, sino de la abundancia del tiempo y de las relaciones humanas reales. De nuevo, Marx percibió en la maquinaria capaz de ahorrar trabajo un medio fundamental para garantizar el incremento del tiempo libre. Por su parte, el ecosocialismo debe apuntar también a la abundancia ecológica, es decir, a la abundancia de ecologías vivientes no humanas. Y, mientras el capitalismo devalúa y explota el trabajo reproductivo y el trabajo de cuidados, un sistema de producción ecosocialista convertiría a la «reproducción» y al «cuidado» en los únicos propósitos de toda la producción (es decir, colocaría la satisfacción de necesidades como su motor específico). Una sociedad ecosocialista debería resolver de qué forma producir comida y vestimenta (e incluso cosas como acero), pero también debería tomarse en serio la construcción de viviendas y la provisión de educación, salud, guarderías y otras necesidades de reproducción social.

...

Debo decir que la perspectiva distópica de un colapso civilizatorio catastrófico es susceptible de volverse «científica» si el capitalismo sigue su rumbo. En estas condiciones, la pequeña minoría de propietarios privados seguirá construyendo enclaves que garantizan su seguridad mientras el mundo arde en llamas. Como dijo Marx, «El capital [...] no tiene en cuenta la salud ni la duración de la vida del obrero, salvo cuando la sociedad lo obliga a tomarlas en conside-

ración». Esto aplica también al planeta. Si realmente queremos un cambio sistémico y no uno meramente climático, es mejor que profundicemos nuestro conocimiento de la historia y de las formas en las que se producen los cambios sociales. Los sistemas de energía establecidos —como el capital fósil— solo cederán frente a una enorme presión política desde abajo.

No podemos conquistar el ecosocialismo mediante la mera difusión de los últimos descubrimientos de la ciencia del clima, a la espera de que las masas reconozcan entonces la necesidad de un cambio. Todos los movimientos populares masivos disponen también de visiones positivas y emancipatorias de un futuro por el que vale la pena luchar. El socialismo de Marx y de Engels articuló un tipo de análisis —el materialismo histórico— que intentó popularizar una explicación de las formas en que era posible impulsar la liberación humana a partir del capitalismo. Los ecosocialistas no solo necesitan una versión convincente de este mismo argumento; también necesitan un programa político positivo capaz de ganarse a las masas trabajadoras. La premisa básica debería ser: los humanos son seres ecológicos que enfrentan necesidades básicas a la hora de reproducir sus vidas (comida, energía, vivienda, salud, cuidado, amor, ocio). Una política ecosocialista debe construirse en función de la desmercantilización y el acceso universal a la satisfacción de estas necesidades, pero también debe plantear una forma más radical y democrática de organizar la producción, que integre los conocimientos y los principios ecológicos. Literalmente, tenemos un mundo por ganar. ●

La palabra enseña, pero el ejemplo guía

En los últimos años, la crisis ambiental se ha convertido en un tema insoslayable que solo una pequeña minoría se atreve a negar. Pero el cambio climático no se combate con declaraciones de buenas intenciones. Hacen falta acciones concretas, y Cuba —otra vez— sirve de ejemplo.

La cuestión ambiental adquiere cada vez más centralidad entre los temas que preocupan a los políticos y a la población a nivel mundial. Logra movilizar a un amplio espectro de actores que abarca desde autoridades gubernamentales hasta organizaciones de la sociedad civil. Los activistas que manifiestan su insatisfacción con las posturas negacionistas y rapaces de las grandes empresas y Estados nacionales son heterogéneos: celebridades mediáticas ecocapitalistas, ecopopulistas de izquierda y *liberal-radicals*. La comunidad científica y las entidades como Greenpeace y WWF también se involucran en este tema candente (y urgente) que cada día suscita más reacciones (y presiones) de oenegés de todo el mundo contra la degradación acelerada de la naturaleza.

Sin duda, todos estos actores actúan como una caja de resonancia de las denuncias cotidianas contra la condición crítica en la que se encuentra el planeta. Señalan problemas que incluyen el cambio climático, el desmonte, los incendios, la contaminación de los ríos, el aumento de la polución en las grandes ciudades, la extinción de especies animales, el avance del agronegocio, de la minería ilegal y de las madereras, la utilización desenfrenada de pesticidas en el campo, el desmantelamiento de las instituciones encargadas de cuidar las selvas y los bosques y la falta de una

política decidida en favor del medioambiente. Por cierto, estos individuos y grupos tienen su relevancia y otorgan visibilidad a la causa ecológica en la escena internacional, aun cuando sus ideas y acciones son limitadas y reformistas. De hecho, en ninguno de estos casos se discute con seriedad alternativas o propuestas «socialistas».

Pero en Cuba la historia es distinta. La crisis ambiental es una cuestión de vida o muerte para la isla. Los huracanes, las sequías prolongadas y el aumento del nivel del mar son solo algunos de los elementos que preocupan a las autoridades cubanas. En este sentido, el esfuerzo de La Habana para lidiar con el cambio climático es ejemplar. Pocos países desempeñaron un rol tan resuelto y eficiente como Cuba en cuanto a la preservación de la naturaleza.

Castro en la ONU

Si bien durante los años 1970 se creó la Comisión Nacional para la Protección del Medio Ambiente y la Conservación de los Recursos Naturales, y durante la década siguiente se promulgó la Ley 33 del 10 de enero de 1981, que profundizaba las tareas de este órgano, fue sobre todo a partir de 1992 cuando la cuestión ecológica ganó un fuerte impulso en el país.



«Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre».

El Decreto-Ley 118 de 1990, que estructuraba, organizaba y definía el funcionamiento del Sistema Nacional de Protección del Medio Ambiente, también fue un elemento importante en este sentido. Pero es probable que el parteaguas haya sido la decisiva intervención de Fidel Castro en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (conocida también como ECO 92 o Cumbre de la Tierra).

En su discurso en aquel evento, que se celebró en Río de Janeiro a comienzos de 1992, Castro indicó que las sociedades de los países del capitalismo avanzado —antiguas metrópolis coloniales cuyas políticas imperiales provocaron, en última instancia, el atraso y la pobreza que asola a la mayor parte de la humanidad— eran las principales responsables de la destrucción de la naturaleza. Fue enfático al afirmar que, «con apenas el 20% de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer». Además, recordaba que «los bosques desaparecen, los desiertos se extienden, miles de millones de toneladas de tierra fértil van a parar cada año al mar. Numerosas especies se extinguen. La presión poblacional y la pobreza conducen a esfuerzos desesperados para sobrevivir, aun a costa de la naturaleza».

Sin embargo, según Castro no se podía privar a los países periféricos del derecho a desarrollarse social y económicamente. Después de todo, la culpa de la degradación del planeta no debía imputárseles a ellos,

pueblos históricamente explotados y saqueados por un orden económico mundial injusto: «el intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medioambiente». Entonces, concluía: «Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y las tecnologías disponibles en el planeta. [...] Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre».

La crítica de Fidel mete el dedo en la llaga. Según el dirigente, el capitalismo y la ecología no caminan de la mano. Y, en un mundo en el que las personas y la naturaleza convivan en equilibrio, el hombre deberá ser el eje central de las preocupaciones. La preservación del ecosistema y la garantía de una vida digna para la humanidad deben ser partes integrales de un mismo proyecto civilizatorio mundial.

Una Estrategia Ambiental Nacional

Desde ese año aumentaron los esfuerzos para lidiar con este problema. En 1994 se fundaron el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (que se convirtió en el «organismo de la administración central del Estado encargado de proponer la política ambiental y de dirigir su ejecución sobre la base de la coordinación y del control de la gestión ambiental del país») y el Departamento de Agricultura Urbana. Luego, en 1997, el parlamento cubano aprobó la Ley 81 (principal reglamentación ecológica de la isla), con el objetivo de elaborar la denominada Estrategia Ambiental Nacional. En este marco se pusieron en marcha una serie de instrumentos jurídicos para tra-

tar el asunto, y uno de los objetivos principales fue «promover la participación ciudadana en la protección del medioambiente y el desarrollo sustentable», además de «propiciar el cuidado de la salud humana, la elevación de la calidad de vida y el mejoramiento del medioambiente en general».

Los principales problemas que las autoridades constataron en aquel momento fueron la degradación de los suelos (que incluía aspectos vinculados a la salinidad, la erosión y a un drenaje insuficiente), el deterioro del saneamiento, las condiciones de los asentamientos humanos, la contaminación de las aguas terrestres y marinas (se concluyó que el 3% de los arrecifes y el 30% de los manglares habían sido afectados de alguna forma y que la mayor parte de la región costera presentaba algún grado de desgaste), el desmonte y la pérdida de la diversidad biológica.

En 1997, el 21% del territorio estaba cubierto por junglas, distribuidas en 652 cuencas hidrográficas. Entre estas, se consideraban de «interés nacional» unos 15 000 km², en donde vivía el 40% de la población y se registraba el 60% de la actividad económica nacional. El potencial de la cobertura boscosa del país se estimaba entonces en 28%. Cabe recordar que la superficie boscosa en 1959 era de 14% y que aumentó a 19,5% en 1991, a 19,8% en 1995 y alcanzó el mencionado 21% en 1997. El proceso de reforestación se aceleró a partir de 1998 y se superaron las metas planteadas: hoy las zonas boscosas representan el 30,6% de la superficie del país.

Más allá de eso, a los especialistas cubanos les preocupaban en aquel momento las cuestiones relacionadas con las alteraciones o con la fragmentación de

los hábitats y con la contaminación de los suelos, del agua y del aire. También les inquietaba la introducción de especies extranjeras capaces de generar un desequilibrio en la fauna local. Los sectores que hacían sonar las alarmas de los gobernantes en términos de contaminación atmosférica eran los de la región minera de Moa y Nicaro, la industria del cemento de Mariel y Nuevitas, las industrias eléctrica y alimentaria de Santa Cruz del Norte y la alta concentración de actividades económicas en La Habana. Cabe recordar que en el año 2000, las provincias que presentaban el suelo menos productivo eran Pinar del Río, Granma, Santiago de Cuba, Guantánamo y Holguín. Con todo, entre 2001 y 2010, los proyectos agroecológicos de combate a la degradación de la tierra lograron recuperar aproximadamente mil hectáreas en diferentes partes del país.

Profundizar el modelo cubano

Con el tiempo, se mejoró la legislación. La Ley 85, por ejemplo, promulgada el 21 de julio de 1998, se consolidó como la principal normativa sobre bosques. Su objetivo era establecer principios y regulaciones generales para la protección, el incremento y el desarrollo sustentable del patrimonio forestal del país, el control de los recursos naturales, el incentivo y la promoción de la reforestación, la conservación de la diversidad biológica de los ecosistemas locales, la protección de las zonas boscosas de la destrucción humana (como la que produce el avance de la ganadería), las plagas naturales y la sistematización de la gestión de la madera y su aprovechamiento.

Es importante señalar que en 1999, Cuba presentaba una cobertura de saneamiento urbano de 97,1% y

Cuba es pionera de la agroecología a nivel mundial. La mayor parte de sus cultivos proviene de cooperativas que producen alimentos generalmente sin utilizar pesticidas químicos, fertilizantes ni semillas genéticamente modificadas.

rural de 87,1%, mientras que la de agua potable en las ciudades era de 98,9% y en el campo era de 85,2%, cifras sin duda envidiables para cualquier país del planeta, que por sí mismas colocaban a la isla a la vanguardia internacional en calidad de vida y respeto al Holoceno. Ese año logró disminuir la «carga contaminante», que era de 6,9%. En 2000 la reducción fue todavía mayor y alcanzó el 9,7%. Hay quienes interpretaron esto último como un efecto de la recesión económica, pero lo cierto es que parece haber sido el resultado del esfuerzo deliberado y eficiente de combate contra la contaminación.

Además, el Acuerdo N°3880 del 1° de febrero de 2001, aprobado por el Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros, estableció 32 áreas protegidas en la isla, entre las cuales se cuentan siete parques nacionales, dos reservas ecológicas, un «elemento natural destacado», seis reservas selváticas, doce refugios de fauna, un paisaje natural y tres zonas de recursos gestionados. Con los años, estos números crecieron y en la actualidad el CECM está a cargo de 45 áreas. Los instrumentos de control y gestión fueron considerados como un elemento fundamental de la estrategia. Se generaron programas técnico-científicos y sistemas de inspección en todo el territorio. Los especialistas cubanos tuvieron que lidiar entonces con el tratamiento de residuos, el uso de recursos naturales y la ausencia de indicadores ambientales que afectaba a los planes técnico-económicos.

Cuba, que tiene uno de los litorales mejor preservados de todo el planeta —además de poseer la mayor biodiversidad de las Antillas—, protege el 25% de sus

hábitats marinos (mucho más, en términos proporcionales, que países como los Estados Unidos, donde las áreas resguardadas representan solamente entre el 3 y el 5%). Se destacan en el programa ecológico de la isla las seis reservas de la biósfera de la UNESCO (Península de Guanahacabibes, Sierra del Rosario, Cuchillas del Toa, Baconao, Buena Vista y Ciénaga de Zapata, esta última la más grande de todas, con 628171 hectáreas), constituidas gradualmente a partir de mediados de la década de 1980 (las dos más recientes son del año 2000). Cabe recordar también el Parque Natural Topes de Collantes (en la Sierra de Escambray), el Parque Nacional Desembarco del *Granma* y el Parque Nacional La Guira (en la Sierra de los Órganos), todas áreas reconocidas nacionalmente por su preservación.

Un líder mundial

La exigencia de autorizaciones legales de impacto ambiental se tornó cada vez más frecuente. Este mecanismo puede ser considerado como una forma de analizar los proyectos y los efectos que tendrán en la naturaleza, con el objetivo de garantizar que el desarrollo y la preservación sean considerados dos variables en permanente diálogo, y de asegurar también el respeto a las normas jurídicas y a la integridad del medio físico. Por eso, los Ministerios de Turismo, Industria Básica y Agricultura solicitaron, en 1998, 717 licencias; 915 en 1999 y 1098 en 2000.

La educación ambiental fue otra estrategia adoptada por el gobierno para impulsar la concientización popular sobre el tema. Lo logró a través de convenios



con sectores clave de la economía, una política informativa y de divulgación de la Agencia del Medio Ambiente, la elaboración de una serie de estudios vinculados a la cuestión, la formación y capacitación de recursos humanos (incluso a nivel superior) y la constitución del Sistema de Reconocimiento Ambiental (SNRA). La formación ecológica se expandió y fue llevada a distintos espacios institucionales hasta volverse un tema que está presente en la formación académica desde la infancia hasta la universidad.

Además de todo eso, Cuba es signataria de distintos acuerdos internacionales muy importantes. La lista es representativa. Entre los diferentes tratados firmados se cuentan el Convenio sobre la Diversidad Biológica (que surgió de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992), la Convención Marco de la ONU sobre Cambio Climático (1994), la Convención de Esto-

colmo sobre Contaminantes Orgánicos Persistentes (2001), el Protocolo de Kioto (a partir de 2002), el Marco de Acción de Hyōgo (entre 2005 y 2015), el Acuerdo de París y, finalmente, el Diálogo Político y de Cooperación con la Unión Europea (estos dos últimos firmados en 2016), en el cual se establecen directrices y medios de apoyo para el desarrollo sustentable, la prevención de desastres naturales y la preservación ambiental.

Un modelo para el siglo XXI

El siglo XXI dejó en claro que Cuba sigue comprometida con la protección de la naturaleza. Las autoridades del gobierno aprobaron en 2007 el Programa Nacional de Enfrentamiento al Cambio Climático; en 2011 fue el turno de las Directivas para la Implementación del Macroproyecto Peligros y Vulnerabilidad

Cuba es un permanente recordatorio de que existe otra forma de hacer las cosas.

Costera (2050-2100); un año más tarde, se puso en marcha la Política Nacional de Agua y, en 2017, el Plan de Estado para el Enfrentamiento al Cambio Climático (Tarea Vida), que pone el énfasis en la protección de los asentamientos costeros y en la adaptación y compatibilidad de las tareas agropecuarias con el medio ambiente.

Al mismo tiempo, Cuba debe ser considerada pionera de la agroecología a nivel mundial. La mayor parte de sus cultivos proviene de cooperativas que producen alimentos generalmente sin utilizar pesticidas químicos, fertilizantes ni semillas genéticamente modificadas (en los últimos veinte años, la isla redujo en un 75% el uso de agrotóxicos). Para hacerse una idea del proceso, debe recordarse que en 1989 apenas el 15% de las tierras eran trabajadas en cooperativas y en 2019 esa cifra llegó a más del 70%, lo que muestra un avance considerable de esta modalidad de trabajo en la isla. El país también posee más de 30 centros de investigación dedicados a desarrollar soluciones económica y ecológicamente viables para los pequeños productores. Es decir que la agricultura sustentable es una prioridad de los gobernantes.

Nunca está de más destacar que Cuba fue el primer país del planeta en utilizar ampliamente fertilizantes orgánicos y biopesticidas, y que sus cultivos urbanos (por ejemplo, los llamados «organopónicos») están muy difundidos y demostraron ser muy eficientes a la hora de aprovechar racionalmente los espacios metropolitanos disponibles y garantizarles a los municipios una parte de autoabastecimiento. Al menos la mitad de las frutas y vegetales consumidos localmente se producen de esa forma. El programa agrícola urbano, desarrollado por el Ministerio de Agricultura, es responsable, según algunos autores, de la generación de aproximadamente 300 000

puestos de trabajo, de los cuales el 50% son ocupados por mujeres.

Por último, no puede dejar de mencionarse que el país tiene como objetivo generar el 24% de toda su producción energética por medio de matrices renovables para el año 2030. La mayor parte de la energía será generada mediante la biomasa de caña de azúcar, aunque también aprovechará otras formas: torres eólicas (como las que se encuentran en las *wind farms* de Las Tunas, «Herradura 1», con 34 aerogeneradores de 1,5 MW y «Herradura 2», con 20 turbinas de 2,5 MW); energía solar (como la que ya se utiliza en la fábrica de Guantánamo, en los parques fotovoltaicos de Cárdenas I, en la ZED de Mariel y en el complejo Pinar 220 A 1) y, por último, una fracción menor será generada mediante hidroeléctricas.

Otras medidas que implementará el gobierno son un proceso de sustitución gradual de lámparas convencionales por tubos o focos de diodo emisor de luz (conocidos popularmente como LED) y la implementación de un sistema de transporte público no contaminante (colectivos eléctricos, por ejemplo) en las principales ciudades cubanas. Para terminar, la nueva Constitución, promulgada en 2019 luego de un intenso debate en toda la isla, consolida también la preocupación por el medio ambiente y amplía y refuerza las herramientas legales para la preservación de la naturaleza y el desarrollo humano en el país.

Estamos acostumbrados a que distintos indicadores sociales posicionen a Cuba en un lugar destacado a nivel mundial. La isla se convierte de esta manera en un permanente recordatorio de que existe otra forma de hacer las cosas. Su política medioambiental es un ejemplo que debería servirnos de guía a la hora de abordar el colapso ecológico que enfrentamos. ●



nuestro norte es el sur



democracia



feminismos



sindicalismo



ecosocialismo



rosalux-ba.org



rosalux_conosur



@rosalux_conosur



@rosalux_conosur

J

Que “las cosas continúen así” es la catástrofe.

WALTER BENJAMIN

ISSN: 2718- 6466



7 798362 370017 >